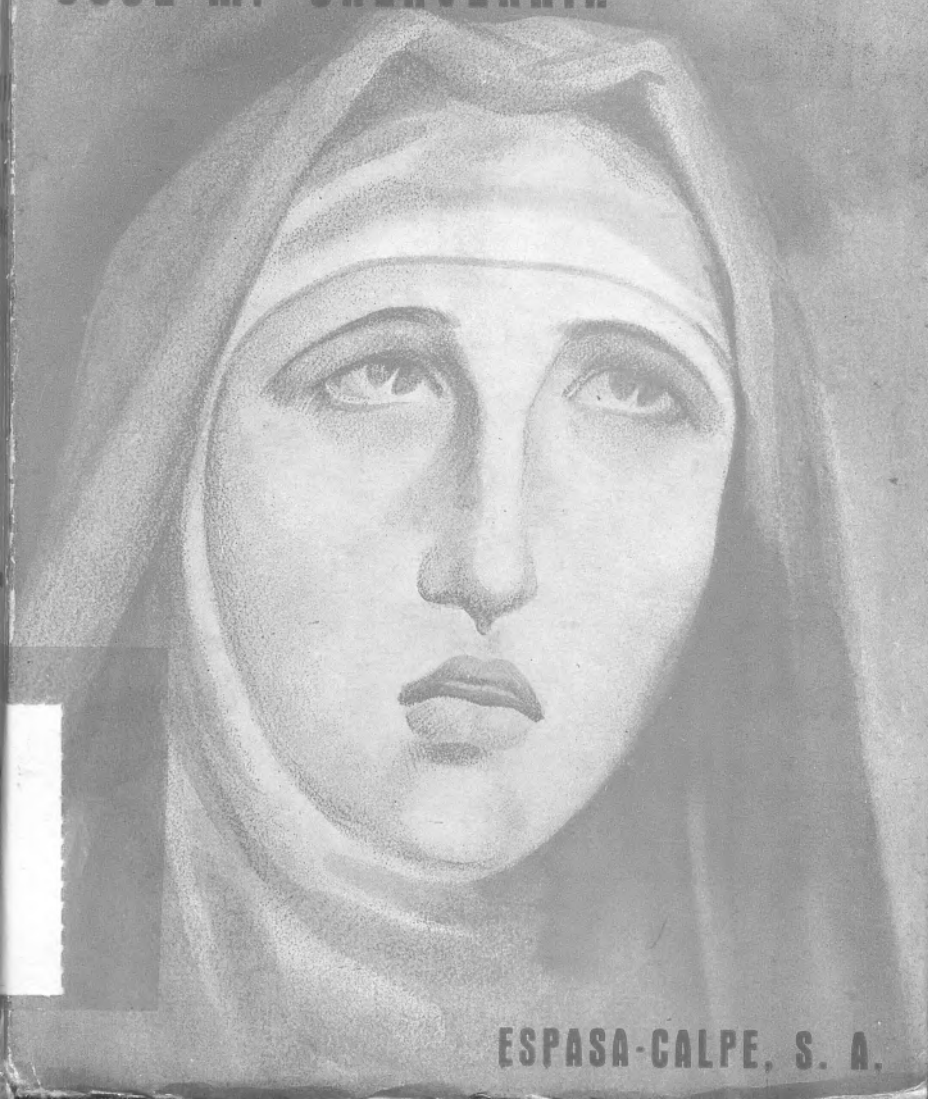


# RETRATO DE S<sup>TA.</sup> TERESA

POR

JOSÉ M.<sup>A</sup> SALAUERRÍA



ESPASA-CALPE, S. A.



C. 111672





RETRATO DE SANTA TERESA

# OBRAS DEL AUTOR

---

## ENSAYOS

El perro negro.  
Espíritu ambulante.  
La intimidación literaria.  
La afirmación española.  
En la vorágine.  
Los conquistadores.  
Los fantasmas del Museo.  
El muchacho español.  
Los paladines iluminados.  
Instantes.  
El instante dramático.

## NOVELAS

La Virgen de Aránzazu.  
El Rey Nicéforo.  
Viajero de amor.  
El oculto pecado.  
El muñeco de trapo.  
El libro de las narraciones.

## VIAJES

Vieja España (prólogo de Galdós).  
Paisajes argentinos.  
Cuadros europeos.  
Alma vasca.  
Sevilla y el andalucismo.  
Viaje a Mallorca.

## BIOGRAFÍAS

Y

## CRÍTICA LITERARIA

Retrato de Santa Teresa.  
Íñigo de Loyola.  
Bolívar.  
Iparraguirre.  
Vida de Martín Fierro.  
Retratos.  
Nuevos retratos.

## TEATRO

Guerra de mujeres (drama en tres actos).

JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA

# RETRATO

DE

# SANTA TERESA



ESPASA-CALPE, S. A.  
MADRID

1939





ES PROPIEDAD  
Madrid, 1939  
Published in Spain

Talleres ESPASA-CALPE, S. A., Ríos Rosas, 26. — MADRID

# INDICE

---

	<u>Páginas</u>
I.—El espectro guerrero y santo.....	11
II.—Primavera en Castilla.....	19
III.—Retratos de familia.....	29
IV.—Los pecados de una santa.....	49
V.—El alma indecisa.....	61
VI.—Camino de perfección.....	71
VII.—El acento de una raza.....	81
VIII.—La gracia.....	101
IX.—El estilo.....	117
X.—Trazos expresivos de la personalidad...	131
XI.—En el umbral de la santidad.....	161
XII.—La unión mística con Dios.....	177
XIII.—Beato fin.....	193
XIV.—Reflexiones finales.....	201
APÉNDICE.....	213



*Este libro es una refundición del SANTA TERESA DE JESÚS, publicado en 1920. El autor ha añadido capítulos y variado la forma y el sentido de varios pasajes, lo que le hace ser, en cierto modo, una obra diferente de la primitiva. En cambio, no han variado ni el espíritu ni el acento fervoroso con que el autor ve siempre la figura de la Santa de Avila, milagrosa flor en la primavera de Castilla.*





## El espectro guerrero y santo

La gran línea ferroviaria que une el centro de Europa con Madrid afecta en Medina del Campo (la ciudad de Isabel la Católica) una imprevista bifurcación: uno de los brazos de la línea va por Segovia, la del Alcázar altanero, y el otro se dirige por Avila, la de los muros indemnes. En ambos casos el tren necesita jadedar de firme, porque se trata de salvar la aspereza y altura de la sierra de Guadarrama. El expreso europeo escogía antes la vía de Segovia; pero, por motivos sin duda razonables de la dirección técnica, hoy se dirige por Avila. De este modo los extranjeros que marchan a Madrid se encuentran de pronto, en la monotonía del largo viaje, con la visión más extraña e impresionante; algo como si al asomarse a la ventanilla del

vagón vieran surgir ante sus ojos el espectro más real y sugestivo de la profunda Edad Media.

El tren recorre inmensas extensiones de terrenos baldíos donde apenas se ve asomar un trozo de fértil agricultura. Encinares no muy frondosos entre rocas dispersas, y, más hacia el interior de la sierra, pinares. Pero esta desolación queda explicada al momento que nos detenemos a leer las cotas de altitud que están marcadas en las estaciones. Algunas pasan de 1.300 metros, y a la ciudad de Avila le corresponde la cota de 1.150. En esa latitud y a semejante altura sobre el nivel del mar no pueden existir frondosidades ni fértiles cultivos. Los hombres que habitan la extensión de esa tierra ingrata no pueden hacer más; hacen seguramente demasiado, porque sólo con habitarla y trabajarla cumplen una auténtica función de heroísmo. Y cuando el viajero curioso quiera preguntar qué es lo que produce la tierra de Avila, habrá que responderle con el viejo adagio: "Cantos y santos". Grandes piedras limadas por las intemperies es lo que se ve sobre la superfi-

cie; dentro, en la hondura de la raza, lo que se siente es la llama de la santidad. Y la más santa de todas sus criaturas es Teresa de Jesús, la misma que ha hecho que Avila sea inmortal.

Acariciada por la aurora, en el aire frágil y niño de la dulce mañana, Avila aparece de pronto como un sueño antiguo que se hubiera hecho realidad. Los ojos quedan prendidos en la magia de ese milagro de piedra que acaba de consumarse. Y es tan delicada la aparición, tiene la masa de piedra tal ingravidez de canto que ora y que ríe, que el alma del viajero sólo acierta a expresarse por exclamaciones. ¡Oh, cómo se eleva en la pura atmósfera matinal la estrofa lírica de la vetusta ciudad de los santos!

Es el instante en que el tren expreso ha conseguido traspasar el largo túnel de la noche. Y al salir al campo abierto del día, cuando parecía que tornaba el reino de la realidad y de las comprobables evidencias actuales, el fantasma histórico de Avila surge enfrente como una rectificación inesperada del pensamiento. Los sueños y las apariciones fan-

tasmales no estaban en la noche, sino en la claridad del día. ¡Con qué audacia de convicción, decantada por los siglos, se levanta la torre maciza, y, sin embargo, ligera y aérea, de la Catedral!

Los ojos y el alma del viajero traen las imágenes de otros paisajes y de otras aglomeraciones urbanas. Conservan todavía la impresión verde del Norte, la grosura mimosa de las tierras de Francia, el mar y la espesura del Cantábrico. No se han borrado aún de la mente el trajín afanado de los puertos, el humo y el tumulto de las factorías industriales, la sensualidad y el entusiasmo de vivir de las enormes urbes europeas. Y al despertar en medio de la llanura, dilatada como en un desmesurado anhelo de infinito, he ahí que aparece, fantástica y real aparición, la sorpresa de Avila.

Va hacia ella el tren como titubeante. Toda la fanfarronería de progresista y de nuevo rico que arrastra siempre consigo un tren expreso, a la presencia de esa inspirada aparición diríase que se intimidase. El gesto religioso y guerrero de la vetusta ciudad envuel-

ta en luz de aurora intimidada, en efecto, al tren, que se detiene a distancia. La locomotora emite un silbido corto. Calla. Todas las ventanillas que dan sobre el lado de la ciudad se llenan de rostros estupefactos.

Hay un extraño contraste entre la vejez y la inactualidad de la noble ciudad de los Caballeros, y el infantilismo y la fresca risa mañanera con que se expresa su alegría de despertar. Una alegría de cosa nutrida de siglos, ahondada en el tiempo, y que conserva, sin embargo, la gracia suelta y espontánea del júbilo aññado. ¡Qué serenamente ríe la ciudad, qué sin violencia ni gesticulación! Los humos de los hogares se alzan lentos en el aire fino. Y allá abajo, hacia el Adaja, se desarrolla la teoría de los torreones del cinto fortificado. El sol ciñe de oro las inútiles almenas.

Torres, almenas, conventos chiquitos de campanas tintineantes: ¡qué distanciado está todo eso de los afanes y los gustos de los viajeros que se asoman sorprendidos a las ventanillas! En las mentes de los viajeros anidan otras ideas: traen visiones y ansias de otra vida apresurada, sensual, luchadora y nego-

ciante. Sus ojos miran con extrañeza la figura que hace la almenada ciudad junto al valle labrado y frente a las montañas que azulean en la lejanía; pero no osan insinuar ni un asomo de desdén. Tal es la firme convicción con que Avila del Rey, Avila de los Caballeros, Avila de los Leales pronuncia su gesto, que se compone de tan fuertes excelencias: serenidad, nobleza, bella y religiosa compostura. Haber hallado la actitud decisiva y acertada, inexpugnable al choque de los años baldíos; haber llegado a la verdad, y tener un ademán que por su esencial virtud nunca podrá ser ni mofado ni superado: he ahí el orgullo legítimo de las creaciones que nacieron para contar su vida por centurias consecutivas.

De nuevo el tren arranca a escape, jadeando y silbando hacia la sierra. Y en las ventanillas de los vagones se asoman aún, curiosos, los ojos de los viajeros. Quieren contemplar todavía el gesto noble y bello que hacen en la atmósfera matinal las torres, los templos, las almenas, mientras el tren vuelve la espalda con impaciencia y huye. Aun puede

alcanzarse a ver el corte entre guerrero y religioso de la gran torre de la Catedral, que se alza más alta y expresiva cuanto más se aleja. Especie de espectro antiguo, mitad eclesiástico y mitad guerrero, como los que se ponían de guardia en las fronteras cuando los mejores europeos no guerreaban por estímulos económicos ni por la competencia de los mercados comerciales, sino por otros motivos ideales que hace ya tiempo pasaron de moda.

Radio y gramófono; millares de automóviles disparados por las inmensas avenidas; los guiños y la policromía de los anuncios luminosos haciendo palpar las noches de las ciudades como en una pesadilla orgiástica; cinematógrafos y *cabarets*, alcohol y música negra; alegría estimulada por cócteles bonitos y cautivadores; revistas espectaculares con masas ordenadas de jovencitas casi desnudas; música de *jazz* en bailes ébrios; *maillots* innumerables sobre playas rumorosas de risas; muchedumbres corriendo afanadas por las calles a la busca del negocio oportunista, para correr en seguida a desparramar el dinero en la universal francachela de apetitos;

celeridad, precipitación, impulso dinámico exaltado hasta el frenesí. Todo ese profundo y dramático concierto de ansias y pasiones parecía haberse exhalado del tren y como que hubiera azotado en una ráfaga de llamada el cerco amurallado de la antigua ciudad.

¿Quién podía contestarle? Alguna vez, con aire de un poco mal humor, habían llamado a Teresa de Jesús "fémina inquieta y vagabunda". Así fué, verdaderamente. Era la mujer intranquila que nunca sabía decir basta. Era el ser en constante viaje y en continua actividad por todos los caminos del mundo, dándose al trabajo con un afán que el más diligente de los especuladores de Wall Street no superaría. Pero ella buscaba otra índole especial de ganancias. Tenía un refrán siempre en los labios que lo explicaba todo: "Y tan alta vida espero, que muero porque no muero..." Es natural que el tren que venía de las metrópolis sobrecargadas de ansias de vivir esta vida terrena y espesa se alejase sin hallar contestación del fondo de la fortaleza mística, donde el espíritu de Teresa se obstinaba en soñar sueños de eternidad.



## II

### Primavera en Castilla

Algunas ciudades antiguas tienen el encanto misterioso de un arca olorosa que nosotros destapamos, ayudados por los sentidos ideales de la imaginación; sentimos que la atmósfera está impregnada de hálitos añejos, y que los rumores y las palabras de otras edades no se han desvanecido del todo, y que las personas pretéritas conservan actualmente alguna especie de vida y andan aún de alguna manera por las calles silenciosas. En Avila es particularmente posible este modo de introspección histórica; están preparadas las cosas como por un sagaz escenógrafo para los más eficaces efectos, desde las murallas impresionantes con sus torres caballerías hasta esos callejones torcidos y solitarios en que se señala el blasón de una casa abolenga o el muro

de un huerto conventual. El aire trasciende a siglos. Y la ciudad permanece quieta y ensimismada, como si ya hubiese terminado de cumplir todo su objeto, el único fin de su existencia: crear a Teresa de Jesús.

Campanarios, torreones, casas nobiliarias y plazuelas silenciosas, todo en la ciudad parece estar en trance de conclusión y ensimismamiento religioso. Los mismos torreones marciales no quitan interés a este efecto religioso. Nada tan noble como su apostura; nada tan caballeresco y medieval, tan cristiano. No fueron levantadas para el despotismo y la soberbia del hombre, sino para servir a la fe. Se levantaron contra los enemigos de Dios y para cerrar las puertas a las invasiones mahometanas. Son murallas y torres a estilo bíblico, como las de Sión. Torreones como caballeros cruzados. Guerreros de piedra que sirven bajo los estandartes del Señor. Nobles también ellas, las murallas y las torres, en la ciudad que tuvo diferentes motes y todos nobiliarios: Avila del Rey, Avila de los Leales, Avila de los Caballeros.

Son tantas las torres, tan ingentes, que ter-

minan por obsesionarnos. Las vemos levantarse en la alta colina y sobresalir por todas partes. Están dondequiera, y verdaderamente son las personas esenciales de la ciudad y el sujeto único, protagonista del panorama. Son personas y no meras aglomeraciones de granito. Personas investidas de un alma y un carácter, que a los cambios de luz y de hora se transforman con una fina y vaga sensibilidad. Personajes tácitos, puestos en fila sobre la muralla, como una tropa de soldados que ha distribuido tácticamente el capitán. Por encima de todos, la torre de la Catedral es el guerrero más alto, el más vigilante y pensativo.

Nunca olvidaré la tarde de abril, fervorosa como un himno, en que el espíritu de la ciudad de Avila se introdujo en mi ser y lo llenó todo, por gracia y milagro de aquel crepúsculo inefable. Era en el claustro de San Vicente, adonde había acudido a sentarme, y la sensación de reposo físico se corroboró con la sensación de augusta calma moral. Si siempre escoge el crepúsculo las galas más conmovedoras, en aquella soledad y prominencia

de Avila tenía la hora trascendente una hondura decisiva. El aire fino de abril pasaba ligero, purificando la atmósfera hasta hacerla divinamente clara e ideal. Sentíase la impresión de las grandes altiplanicies, y sin necesidad de consultar los manuales geográficos, se conocía de cierto la extraordinaria altitud del país sobre el nivel del mar. La paz y el silencio convertían el vetusto claustro de San Vicente en una cosa sensible, capaz de recibir y comprender las voces, las sugericiones más vagas. La Catedral, allí enfrente, enviaba al cielo su almenada torre.

De pronto rompió el silencio una voz, una campana, y fué como si el aire calmo se quebrase materialmente. ¿De qué substancias raras, y con qué arte difícil o misterioso puede labrarse una campana que llegue a poder sonar así, tan certeramente dirigida al fondo en que duermen nuestras emociones más íntimas?

Tenía aquella voz un timbre atiplado, y era casta como un rezo monjil. Era de veras una palabra partida en dos notas, cortada en dos sílabas que repetíanse monótonamente y con

segura rapidez, igual que una plegaria simple. Bajo el cielo purísimo, apenas cruzado por unas nubecillas blancas, en la colina llena de torreones, ¡qué profunda sonaba la voz de aquel bronce místico! Parecía salir del fondo del tiempo, idéntica a sí misma desde los siglos remotos, sin cambio ni interrupción en medio de las convulsiones históricas. Como quien acertó con la verdad, *su verdad*, y no quiere saber ya nada, porque el resto es vanidad y quimera. Después se oyó, a la manera de un bordón ritual, otra campana gruesa y jadeante, seguida de otras más tenues. Callaron todas. La plegaria de los broncees había concluído. El silencio crepuscular quedó entonces como atravesado por la indefinible ansiedad religiosa.

Y entonces, al levantarme para seguir mi paseo, vi que las torres de la muralla adquirirían un positivo aire de personas que están contemplando algo prodigioso y antiguo en el pálido cielo. Sugestionado por la expresión ensimismada de las torres, pasé a lo largo de la cintura murada y pronto alcancé el paseo

de ronda, en forma de balcón, que da sobre el valle y el río.

Una luna amarillenta subía del seno de las montañas, mientras la vaga tonalidad del último claror del día empañaba melancólicamente el espacio. Brillaba como plata el Adaja. El abierto y liso valle verdeaba con un verde más tierno y primaveral que en pleno día, por virtud de la luz fina y tenue y melancólica del crepúsculo. Lejos, cerrando el horizonte, la sierra era un ampo de incomparable blancura. En fila sobre la muralla, los torreones estaban indudablemente presenciando, sin abandonar la guardia, esa función sublime que hacían en el profundo silencio de la primera noche la luna, el río, la sierra, el religioso aire de Avila.

Y al avanzar por la cornisa de ronda, por la muralla adelante, di con un portalón. Transponiéndolo, allí se veía la iglesia de Santa Teresa de Jesús, erigida sobre el solar de su casa natal. ¡Cuántas veces, desde las almenas de la muralla, en un momento semejante y al claror de la poética luna, la niña predestinada mostraría su rostro blanco al beso

del infinito! ¡Cuántas veces su alma pura interrogaría al cielo, al valle primaveral y a la nevada sierra, pidiéndoles la explicación de esos enigmas que llaman numerosos e inquietantes en los seres de precoz inteligencia!

Otras veces era en la gloria matinal de la primavera. En esos días incomparables en que el sublime, encantador abril opera un inaudito milagro de escamoteo en la faz adusta de la planicie castellana. Allá cuando la inquietud neurótica del cielo de marzo ha sido superada, y se consuma el fenómeno más profundo, fugaz y delicado: la primavera en Castilla.

No hay ejemplo de una transmutación tan honda y radical operada en un paisaje; parece que unos espíritus pensantes, y no las fuerzas inconscientes de la Naturaleza, han intervenido con su voluntad en el milagro. Es un cambio repentino y como absurdo el que se opera en los bastidores, y cuando volvemos los ojos a la escena, descubrimos que el telón se ha transfigurado fantásticamente. La llanura parda, gris, pajiza y adusta, he ahí de repente de qué imponderables colores

se ha vestido. Bajo la infinita bóveda de cristal se desmadeja una oleada de verdes, de rojos, de ocres encendidos. Los verdes se deslizan a todo lo largo del color integral, desde el amarillo de los chopos nacientes y el azulado de los densos trigales hasta la sombra metálica de las encinas y los pinos. Cantan las virginales amarilleces de los jaramagos; brilla la plata de los cardos; blanquean las margaritas y las manzanillas; las amapolas se rompen en brasas, que los pistilos negros hacen todavía más ardientes. Distante, en la limpia atmósfera, sube como en éxtasis la cordillera, y la nieve más limpia y más alta ha logrado fundirse en un beso con el azul.

¿Podrá un alma torpe aproximarse a ese espectáculo y comprenderlo? Que busque otros países más fácilmente inteligibles, más totalmente abarcables. El universo abunda en tierras fáciles y lógicas, tan perfectas como una teoría de manual o como un concepto de academia. Allí se corresponden y armonizan los objetos y los seres, sin temor a las interrupciones y perplejidades; allí la ciudad tiene al lado las aldeas, los suburbios fabriles,



el río ancho, el puerto, el lago; allí, como en una proposición académica, junto al prado está el bosque, al margen del bosque está la granja, frente a la granja pastorea el novillo, los patos vadean el arroyo. Todo está allí previsto, ordenado, lleno; todo es lógico allí y académico; llueve con orden, hace sol a su turno; la atmósfera está igualmente domesticada. Un espíritu demasiado doméstico que aprecie ante todo la regla y la abundancia, frente al paisaje de Castilla no tiene nada que hacer. Pero quien ame lo distinto, y la fuerza del contraste, y la intensidad rara en la expresión, éste sabrá extraer de la lisa llanura inacabables sugerencias. Ninguna cosa está sobrante allí, como en el mejor cálculo económico de una inteligente sobriedad. Una torre en la línea del horizonte vacío nos sugiere de una vez todo el sentido de la civilización heroica y caballeresca; un árbol en la planicie despejada lo vemos como una suma del encanto idílico, y aquel solo árbol reconcentra en su fronda todo el espíritu humano del paisaje.

Así es de bella la tardía y fugaz primavera

de Castilla. Regalo de los ojos, más amado por inesperado. Dulzura de abril, como una sonrisa en un rostro severo. Como un amor caliente y tierno en una virginidad que parecía insensible.

### Retratos de familia

En la historia de su vida, que Santa Teresa escribe, hay unas páginas conmovedoras y hondamente humanas que tienen el raro valor literario de pintar, como de pasada y sin proponérselo, verdaderos retratos de personas. Son aquellas primeras páginas en que Teresa describe sus años infantiles, su vida en el hogar paterno.

No necesitamos muchas más eruditas referencias para saber cómo estaba formada una familia noble en la España del siglo XVI. Teresa de Cepeda nos hace penetrar en el portal de su casa y nos introduce en la intimidad de sus hermanos, todos valerosos, todos buenos creyentes, alguno de ellos santo, y más de uno heroico en las guerras y aventuras de las Indias. Nos presenta a sus honradas herma-

nas, al tío que acabó siendo fraile, y en primer lugar a la madre, nimbada con un collar de filiales, breves y fervorosas palabras.

“Mi madre tenía muchas virtudes, y pasó la vida con grandes enfermedades. Grandísima honestidad. Con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasión a que ella haría caso de ella.”

Nada precisaríamos ya para conocer a la dama abolenga, llena de virtudes y de decoro, que preside las labores del hogar en la grave ciudad provinciana. Ordena a los criados, lleva nota de la hacienda familiar, reza a la tarde a la luz tranquila del velón, con los hijos y los servidores en torno. Sabemos que es bella, sin duda con una belleza blanca y digna que impone respeto tanto como inspira dulce atractivo. Pero la hija añade aún: “Con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad, muy apacible y de harto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasaron el tiempo que vivió. Murió muy cristianamente...”

He aquí trazado el retrato perfecto de una hijodalga española. Pronto se nos representa

el escenario de la ciudad castellana, ceñida de torreones, cuyo más alto y hermoso torreón es el campanario viejo de la catedral. Vemos ahí, al punto, señalarse la silueta de la señora. ¿Anduvo de niña en los prados de sobre el río; vistió galas de seda; presenció las justas y los toros cuando las solemnes festividades?

Si alguna vez se iluminó su rostro blanco con la gracia de las frescas risas, todo aquello hubo de acabar para siempre. Ahora está casada. Un hombre fuerte y honrado es su esposo. Le han enseñado la ciencia difícil para otros, para ella fácil, de la obediencia en la ternura. El índice de sus conocimientos, o sea el espacio de su cultura, haría sonreír a una mujer andariega y libre de nuestro tiempo. La limitación: este es el plan de su sabiduría. Sabe leer, escribir y contar, y ya es bastante. Unos libros devotos, acaso unas novelas de caballerías. Muy poco, ciertamente.

Pero después que podamos sobrepasar la superstición de la cultura enciclopédica y universitaria al uso moderno, ¡qué ancho y profundo se nos muestra el espacio cultural de

esta mujer castellana! La cultura no ha ido a ella externamente; se ha insinuado, se ha infiltrado en su ser por intermedio de eso que llamamos tradición. Y es indudable que conoce íntima e intensamente las más ricas esencias de varias civilizaciones, puesto que a través del cristianismo embebió la cultura filosófica de diversas edades, y por la tradición familiar ha embebido la sabiduría civil de incontables siglos, de numerosos pueblos, de varias civilizaciones. Avila, en el corazón de Castilla y en el apogeo del siglo XVI, es el cauce adonde afluyen las olas de una cultura integral, armónica, porque reúne las excelencias ideales y prácticas y porque atiende lo mismo a reglar el uso del rezo y las normas del cariño, como a enseñar el arte de la cocina, el tono del saludo, el matiz de la compostura ante las diferentes personas; toda la cultura, en fin, de un ser noble que se obliga a recoger el peso de una densa tradición para servir a Dios y a su patria.

La madre, pues, murió joven. Contenta y amorosamente dió al mundo numerosos hijos. Su rostro blanco se apagó como una suave

llama. Y entonces el padre de Santa Teresa se ve asediado por cargas penosas, por duras preocupaciones. Su amor conyugal está roto para siempre. La educación de los hijos, el cuidado y defensa de sus hijas le reclaman; la hacienda exige además una dedicación absorbente.

Si reconcentramos la mirada del espíritu, aproximadamente podremos ver la imagen de un hombre alto, enjuto, serio el mirar, sencillo y aristocrático el porte, la barba corrida, al cinto la espada de lujo cuando se dirige a las ceremonias públicas; un buen tipo de hombre que podría, teniendo un poco menos edad, parecerse al “caballero de la espada”, del Greco.

Su hija nos completará el retrato con palabras tiernas y justas:

“Era mi padre aficionado a leer buenos libros, y así los tenía de romance para que leyesen sus hijos. Ayudábame no ver en mis padres favor sino para la virtud. Tenían ranchas. Era mi padre hombre...” (Esta palabra, *hombre*, pronunciada por una mujer que se ha distinguido entre todas por su energía

y su voluntad, y que al mismo tiempo era como una síntesis de lo femenino y de la gracia virtuosa del sexo, tiene aquí una particular emoción; es la trascendental palabra que llena la boca y el alma de la mujer, con la tierna y admiradora servidumbre de la mujer cuando nombra al *hombre*, ¡ese concepto de la virilidad que si en la amada es temblor de deseo y como de voluntario y cariñoso vasallaje, en la hija es una admiración, un contento, un orgullo imponderables de ser acariciada castamente entre los brazos robustos y mimosos, y de sentirse, en aquella castidad del padre, casi iniciada en los misterios de la masculinidad!)

“Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos, y también con los criados; tanta, que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos, porque los había gran piedad; y estando una vez en casa una (esclava) de un su hermano, la regalaba como a sus hijos... Era de gran verdad; jamás nadie le oyó jurar ni murmurar. Muy honesto en gran manera.”

Efectivamente, los rasgos esenciales del ca-



rácter los tenemos ahí. El hidalgo español del siglo XVI, el hidalgo-tipo, está ya retratado. ¿Para qué exigiríamos más detalles? El resto es accesorio, complementario y, en suma, inevitable. Existiendo esas virtudes constructivas y soportadoras del edificio moral, es ocioso que nos digan, por ejemplo, que era limpio en el vestir, sensato y oportuno en el hablar, generoso sin despilfarro, incapaz de perfidia, consecuente en las amistades, de buen consejo, de clara inteligencia. Todo esto se deriva lógicamente de aquellas virtudes fundamentales que la hija refiere.

“Tenía muchas”, confiesa la hija. Pero, con todo, podríamos sospechar que el amor filial añadiera, a la distancia de tantos años, méritos de comprobación imprecisa. No es éste el caso, porque la buena hija define una grande, una definitiva virtud, que no consiste precisamente en la costumbre de dar limosnas, acto que con frecuencia es automático, formal y hasta egoísta; lo difícil, y lo que es virtud de veras, consiste en tener piedad, dí-gase amor, con los criados y los humildes, con nuestros auxiliares mejor que servidores.

Cuando este sentimiento se introduce en un hombre, lo hace inepto para la crueldad y la injusticia. No sólo al criado; a su mismo perro lo mirará con amor, con respeto.

Era un hombre honesto en gran manera; jamás se le oye jurar ni murmurar... Era, pues, el alma limpia y decorosa del auténtico caballero. Poseía las esencias más puras de la aristocracia: limpieza de espíritu, compostura, generosidad. Era, sin duda, de esa especie providencial de personas por las cuales parece que la Humanidad se exculpa de las impurezas de los otros numerosos hombres. Una de esas personas que por milagro acaparan para sí los valores más ricos de la belleza física y moral. De esos seres que, al penetrar nosotros dentro de su círculo de acción y de simpatía, nos agarran y poseen, y nos sentimos junto a ellos tan libres de temor, de suspicacia, de peligro, que es como si una verdadera representación de la divinidad viniese a protegernos.

Pero no habrá que fiarse demasiado de este hogar que aparenta una medida tan provinciana y tranquila. El destino trabaja por den-

tro. Por la honrada y noble familia de Santa Teresa está pasando un aire de aventura, una ráfaga de constante heroísmo, que convierte al viejo linaje de los Cepedas y Ahumadas en algo trémulo, vibrante, pronto a dejarse arrastrar por lo trágico y lo sublime. La vida entera de la Santa es ya un compendio de actividad heroica y una tentación a lo trágico-sublime; pero es que todos los hermanos, y eran por cierto numerosos, se ven conducidos por la vía de la aventura. Soldados del Rey, capitanes en las Indias, el mar y las hazañas remotas les atraen, como a los más imaginativos conquistadores.

Para nuestro moderno sentido de la santidad, el empleo que los hijos de Sánchez de Cepeda dan a sus vidas parece bastante extraño. La idea religiosa está hoy como asociada a una preocupación de afeminamiento, y apenas se concibe una vida devota que no sea sedentaria, tímida y, sobre todo, nada viril y aventurera. En el siglo XVI, y en el corazón de España, la santidad podía ser aún perfectamente masculina.

He ahí los hermanos de Santa Teresa. Uno

tras otro abandonan el hogar virtuoso y linajudo para entregarse a los riesgos, entonces horrorosos, del mar. Marchan a combatir por su Rey y por su casta, a rescatar indios de la idolatría, y además, claro es, a adquirir el oro y los honores que su ambición juvenil pedía. Todos eran buenos soldados, y de los leales; más de uno murió en plena batalla, con el arma en la mano.

El aire de la tragedia y de la aventura pasa, pues, por las familias que llamaremos predestinadas, como si el destino cargase sobre ellas todos los nubarrones y toda la electricidad que son indispensables para producir el genio. El genio que había de surgir era Santa Teresa, y con su aparición tenía ya bastante el destino; pero a su alrededor toda la atmósfera estaba electrizada. Influidos por ese aire de tempestad, en la familia del caballero Cepeda quedan pocos sujetos normales o tranquilos; el que no se hace monje se alista de soldado, y mientras Teresa combate por la religión en increíbles campañas de voluntad y sufrimiento, Antonio muere en el Perú luchando contra el faccioso Gonzalo Pizarro, y

Rodrigo cae en mitad de las selvas inexploradas.

Era el tiempo, es verdad, en que las triunfales empresas de España pedían muchos y firmes campeones. Para todos los hombres de pro había entonces contrata. El caballero don Alonso Sánchez de Cepeda tenía más hijos que los que su hacienda pudiera sostener; en Avila, por otra parte, faltaban suficientes coyunturas para colocar con decoro a tantos varones linajudos. Leoncillos de ánimo brioso, ¿iban ellos a vegetar en la callada ciudad de Castilla, sonando como estaban los clarines tentadores de la gloria? Uno tras otro, se fueron a eso que en español tiene un acento tan sugestivo, tan único: "probar fortuna"...

Junto a la casa de Cepeda tenía su mansión un prócer alto y muy influyente: el señor Núñez-Vela. El emperador Carlos V envió a este prócer para que pusiera paz y gobierno en tierras del Perú, donde los sucesores del gran Pizarro armaban guerras facciosas. Marchó como virrey. Y para rodearse sin duda de hombres de confianza, aceptó con gusto la oferta que de sus hijos le hizo el ca-

ballero Cepeda. Se los llevó como deudos y protegidos, y como hidalgos de Avila que eran. Tenía la gente de Avila fama de valerosa y leal; de modo que algunos generales, como el gran duque de Alba, en cuanto se les recomendaba un varón abulense, sólo por la procedencia lo admitían sin más.

La Santa se esmera en repetir muchas veces, a lo largo de su autobiografía, cuánto estimaba a sus hermanos y cuántas virtudes poseían todos. Les llamaba constantemente honrados, piadosos, únicas virtudes que para ella merecían mención. El valor y el temple de alma no le interesaban. Eran buenos cristianos, buenos hijos, firmes en la fe de sus mayores. Pero además de esto se sabe que eran valientes, animosos, aventurados, hombres de honor. En la batalla de Iñaquito, cinco hermanos van en la propia guardia del virrey don Blasco Núñez-Vela, que pelea contra el faccioso Gonzalo Pizarro y es vencido y muerto. Los cinco hermanos siguen a su señor en la desgracia, y luchan allí hasta el último trance. Allí muere Antonio; allí Hernando, según la relación de un cronista, cae

herido de “muchas lanzadas, con las tripas de fuera...”

Bastantes historiadores, ateniéndose a prejuicios de una época determinada y siempre partidista, han insistido ligera y tozudamente en esa vulgar opinión que hace de los conquistadores españoles unos simples *aventureros*. Ya se sabe qué sentido tiene la palabra *aventurero* en esas plumas; es una forma de forajido, cruel y codicioso, sin ley ni Dios, situado más allá de toda moral, ni más ni menos que los piratas que infestaron un día el mar Caribe y las playas del Pacífico. ¿Tal vez para ciertos pueblos, o para ciertas culturas, no puede existir otro sentido del *aventurero*? Para nosotros, sin embargo, la palabra *aventurero* debe sonar con otro timbre, con acento muy diferente. Aquellos hombres, en efecto, eran *aventureros*. Lo eran, y debemos reclamar la categoría, en un sentido profundo e inusitado. Perseguidores de la aventura, hijos del azar, encomendados a Dios y llevando en el alma el peso de sus graves compromisos (honor, valor, voluntad, fe), aquellos hombres provocaban a todos los ele-

mentos desatados con el fin de crear lo que positivamente crearon: la civilización de América.

Los hermanos de Santa Teresa pueden servirnos de tipo y de ejemplo. No era uno, casual y caprichoso; eran siete. Como ellos marchaban otros innumerables hidalgos y caballeros. Y ya hemos visto de qué manera estaban criados los hermanos de la Santa. Los que marchaban a la aventura con el alma menos limpia, los intemperantes y los crueles, ¿pueden tomarse como ejemplos típicos del conquistador? En toda empresa levantada no es el malo quien da el tono, sino el bueno.

Estos aventurados y corajudos hidalgos de Avila sienten por su hermana un cariño, un respeto y una admiración singulares. Mientras ellos pugnaban en remotas empresas y ella construía su obra de santidad con tan fieros sinsabores, el recuerdo de las alegres horas de la niñez les unía cordialmente a través de los mares. Desde el lejano Perú, los buenos hermanos seguían las andanzas de la pequeña Teresa, y en cuanto la fortuna les favorece, apresúranse a remitirle di-



nero. Oro y plata del Perú, tesoros de *indiano*, ¡qué bien llegan a remediar las apreturas económicas de los parientes que quedaron en Castilla!

¡Qué conmovedora es aquella carta en que Teresa agradece a su hermano Lorenzo el envío de una gruesa cantidad de pesos! Hallábase la Santa en los peores trabajos de su querida fundación: el monasterio de San José, apenas comenzado, reclamaba dineros con enojosa perentoriedad, y es entonces cuando unos mercaderes llegan de las Indias y extienden ante los ojos admirados de la monja sublime los grandes bolsillos de oro. Tan oportunos, tan increíbles, que la Santa no tiene inconveniente en atribuirlos a la voluntad divina. El cielo es quien los trae.

“Porque es así cierto, que a todos los que vuestra merced envía dineros les vino tan a buen tiempo, que para mí ha sido harta consolación; y creo que fué movimiento de Dios el que vuestra merced ha tenido para enviarme tantos; porque para una monjuela como yo, que ya tengo por honra, gloria a Dios, andar remendada, bastaban los que habían

traído Juan Pedro de Espinosa, y Varona, y para salir de necesidad por algunos años.”

No todos, no, pueden remitir dineros. La ventura no ríe a todos los hermanos. Unos logran honores y encomiendas, y el Lorenzo, como se ha visto, es un verdadero *indiano* que puede regalar sin merma grandes bolsillos de oro; pero otros, en pugna con sus heroicos trabajos, mueren como lo que son: como pobres y esforzados aventureros.

De esta miserable manera parece Rodrigo. Salió en la memorable expedición del adelantado don Pedro de Mendoza, la más brillante y bien repuesta de cuantas se habían armado hasta entonces con rumbo a las Indias. Cientos de principales caballeros formaban en la expedición, que hubo de fracasar tristemente en las hostiles riberas del Plata.

En aquel concurso de brillantes guerreros iba don Rodrigo de Cepeda. Y desembarcando, se alistó pronto en la hueste que al mando de don Juan Ayolas remontó el curso del río Paraná y se internó, en una ruta estremeceadora, por las profundas selvas del Chaco, hasta dar en el propio Perú. El hermano de la

santa no pudo terminar aquel estupendo viaje. Murió antes.

Era Rodrigo de Cepeda aquel mozo fantasta que en el hogar paterno, en la silenciosa Avila, tantas empresas de heroísmo y de maravilla hubo de soñar. ¿Pero no fué su propia hermana Teresa quien lo embrujó, quien le marcó un destino de infeliz aventura? Es aquel mismo, en efecto, que colaboraba en las travesuras infantiles de Teresa; era el cómplice de las fantasías teresianas; el hermano dócil, embaucado y sugestionado, al que vemos un día escaparse con sigilo por las puertas de la ciudad con el propósito de ir a la tierra de los moriscos y allí hacerse mártir. La hermana, traviesa y fantaseadora, lo ha embaucado. Ella le propone un día: “¿Vamos a escribir una novela de caballerías?...” Y escriben, en efecto, la bizarra novela.

Lleno de quimeras, corrompido ya para siempre por el ácido gusto de la aventura, Rodrigo es un predestinado. No llegará nunca al éxito, porque jamás escogerá las vías normales; que hasta en la aventura existen vías prudentes. Se alistará sin remedio en

toda expedición fantástica, porque el espíritu de la fantasía va dentro de él. Cuando dicen que se aprestan a descubrir el supersticioso *cerro de la Plata*, el cómplice de la inquieta Teresa no vacila en formar con los ilusos expedicionarios. ¡Pobre hidalgo, pobre víctima de la teresiana voluntad de ensueño!...

En la casa de don Alfonso Sánchez de Cepeda era sin duda la niña Teresa el sujeto original que introduce la especie de agitación graciosa, la risa y las ocurrencias precoces con que el ambiente grave de la familia quedaba animado y reverdecido. Su actividad, y también su travesura, no descansan un momento; se mueve en un espacio pequeño, pero su imaginación sabe dilatar las fronteras del mundo breve. Y ya en sus pocos años se manifiesta la facultad de mando y la virtud de proselitismo, indispensables a toda genialidad que arrostra la carrera del fundador y el conductor de gentes. Su hermano Rodrigo, un poco mayor que ella, es ese sujeto de sumisa complicidad que escogen las chicas vivaces para sus pequeñas trapacerías. Manda en

él, lo trae y lo lleva, le contagia sus aficiones, le compromete en sus juegos.

Un día propone Teresita que se vayan a *tierra de moros*, en busca del martirio. Irán al país que ignoran, a ese país de los sarracenos, que entonces como ahora existe siempre en algún rincón de la fantasía popular española, y allí se harán prender, les cortarán las cabezas y automáticamente habrán ganado el cielo. Como los santos de quienes hablan los libros piadosos. Huyen, en efecto, de la casa paterna, salen al camino de ronda, se deslizan junto a la muralla, descienden al cauce del río y, de pronto, estupefactos, ven la figura de la Providencia encarnada en la persona de un tío suyo, que pasa a caballo y les ataja entre áspero e indulgente:

—¿Pero adónde vais, hijos de Dios?

—Señor tío, nosotros íbamos a tierra de moros para que los herejes nos martirizaran...

Después se dedicaron a construir ermitas en el huerto de la casa con pedrezuelas y barro, y a figurarse que son dos ascéticos ermitaños como los que aparecen en el santoral. Hasta que una vez cae en sus manos un libro

de caballerías que los deslumbra. No habla más que de aventuras, bizarrias, hazañas, amores y ternezas. Entran en una zona de anhelante fantasía, traspasados entrañablemente por la emoción heroicocaballescá, y ocultos allí donde nadie les pueda sorprender, con el mimetismo tan propio de la infancia, se ponen a escribir entre los dos una novela de caballerías.

## IV

### Los pecados de una santa

Recatándose de sus parientes, vigilante el oído como quien incurre en malicia, he ahí a Teresa, capullo de mujer, tras los cristales de la alta ventana. Está leyendo un libro. Se halla en esa actitud que sin duda han conocido todos los seres de imaginación desde que existe en el mundo el maleficio de la literatura. Como Teresa de Ahumada, innumerables flores de pubertad leían en aquel mismo momento las fantásticas aventuras y los tiernos amoriños de los caballeros andantes, como ahora otras almas femeninas siguen entre secretos suspiros los episodios de amor de nuestra cinemática vida moderna. Ahora no se trata de escribir novelas como en la absurda pretensión infantil, sino de leerlas glotonamente. ¡Oh, cómo se hincha su casto pecho, bajo el

corpiño ajustado, al influjo de esos diálogos arrebatadores en que un paladín recoge de las trémulas manos de su dama la divisa, con la que será vencedor de dragones, gigantes y trasgos fieros!... A escondites en el retirado aposento, muchas veces tiene que dejar el libro sobre el halda, porque la emoción la sofoca. Sus ojos vuelan entonces por los cristales y se van adonde precisamente vuelan siempre las miradas del ensueño, hacia las lejanías de lo inefable.

Sin embargo, no reside en ella toda la culpa. La pequeña y nerviosa Teresa ha sido previamente iniciada en el vicio de la novelería, y por su propia madre. Sólo que hay diferencias. En efecto, lo que en la honrada y grave señora es un pasatiempo venial, en la chica nerviosa, imaginativa y predestinada, hace estragos. Todas las quimeras de su mente se alzan como bando de alondras.

La dulce madre de Teresa, como todas las damas de la época, "era aficionada a libros de caballerías, y no tan mal tomaba este pasatiempo, como yo lo tomé para mí; porque no perdía su labor, sino desenvolvíamos para



leer en ellos; y por ventura lo hacía para no pensar en grandes trabajos que tenía, y ocupar sus hijos, que no anduviesen en otras cosas perdidos.”

Entonces ella, no bastándole las dosis de lectura bizarra que la madre distribuía entre los hijos, se abalanzaba del todo al veneno. Oigámosle:

“Yo comencé a quedarme en costumbre de leerlos, y aquella pequeña falta que en ella vi (en su madre), me comenzó a enfriar los deseos, y comenzar a faltar en lo demás; y parecíame no era malo, con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era tan en extremo lo que en esto me embebía, que si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento...”

Y es aquí donde principia la vida mundanal de Teresa, y son estos los episodios que luego la Santa habrá de recordar con lágrimas de contrición. Comienzan las *coqueterías* de la Virgen de Avila. Es una muchacha linda, y sobre sus atractivos naturales posee algo que en nuestro idioma popular se denomina con

el nombre de *ángel*. Desde luego estamos ciertos de que al pie de su ventana, a la puerta de la iglesia, en la alameda, dondequiera que ella esté, acuden los caballeros y los hidalgos de bigote presunto al señuelo de esa risa de cristal y de ese rostro en el que ya se señalan los signos delatores del genio.

Es una de las doncellas más requeridas. Los mancebos de Avila sólo saben hablar de ella, y la buscan, tal vez con madrigales que alguna criada hizo llegar furtivamente hasta el fondo de su corpiño. Trae galas, y desea sobre todo parecer bien, "con mucho cuidado de manos y cabello y olores". Es muy curiosa de todas las vanidades, lo que quiere decir que el día entero lo emplea en escoger cintas, en peinarse, en consultar al espejo, en indagar tras la ventana. Pero apresurémonos a definir, antes de que un lector contemporáneo se alarme excesivamente: "No tenía mala intención, porque no quisiera yo que nadie ofendiera a Dios por mí..." Sobre este particular vuelve varias veces la Santa, con firme contundencia: "Y pues nunca era inclinada

a mucho mal, porque cosas deshonestas, naturalmente, las aborrecía.”

En cambio se aficionó a “muchísima curiosidad de limpieza demasiada”. Preocupábase, pues, de lavar con detenimiento el rostro, y acaso algo más, y de pulir las uñas, y de perfumar el cabello, y de traer guantes finos. Discutía con sus criadas la largura y forma del manto, y pateaba un poco, no estando su padre, cuando el maestro zapatero le entregaba unos chapines de forma ruda o anticuada.

Y prosiguiendo el Malo su maniobra, he ahí que por las puertas de la casa de Sánchez de Cepeda se introduce una joven representativa, una joven temible, verdadero tipo de la coqueta. Su condición de parentesco la hace más temible, porque con esto no hay modo de impedirle el acceso a la virtuosa casa. El padre y los hermanos se disgustan. Pero en balde, puesto que la liviana pariente logra, sin mucho esfuerzo, captar la voluntad de la curiosa y ávida adolescente. “Con ella eran mis conversaciones y pláticas, porque me ayudaba a todas las cosas de pasatiempo que yo

quería, y aun me ponía en ellas, y daba parte de sus conversaciones y vanidades...”

Hasta que el padre, por seguir la costumbre de la época y porque no podía atender al cuidado de una doncella, se la llevó a un monasterio y allí la dejó resguardada, pacífica, en calma. Así terminaron los galanteos y vanidades de Teresa. Y aquella flor de santidad, que tan próxima había visto la garra del Malo, sucesivamente fué alejándose por las vías de la mayor perfección hasta abismarse en el pleno océano de la luz divina.

\*

Este trozo de vida, este episodio del tránsito de una pubertad que acabamos de referir, es la propia Santa quien nos lo revela. Todo eso está incluido en las célebres confesiones de la Santa. Ahora bien, ¿hasta qué punto creeremos en su sinceridad?...

De las confesiones que el artista y el literato suelen hacernos, en autobiografías muy amañadas, por un principio de elemental prudencia sólo nos atrevemos a aceptar el mérito

de la forma y el interés de la fantasía. Pero si lo que cuenta de sí mismo el artista es siempre exagerado o mentiroso, a causa de la vanidad y del prurito de rareza, en la autobiografía del religioso necesitamos sospechar por otro conducto. En efecto, un alma religiosa nunca olvida sus deberes de ejemplaridad; miente, pues, por obligación de su oficio catequístico y por hacer en todo momento función didáctica.

Teresa de Jesús se impone más que nadie ese deber. Es un carácter fuerte, activo e inmensamente responsable. Toda su vida es un constante ejercicio de ejemplaridad, y antes que nada, sobre todo, se impone la obligación de aleccionar a las almas menos firmes y seguras. De este pecado de soberbia, digamos despotismo, no se libra ningún ser verdaderamente enérgico y poderoso.

En todos sus escritos resalta la intención del catequista; pero en su *Vida* nótese más, porque la propia materia del libro se presta a hacer campaña aleccionadora. Hace campaña contra las novelas de caballerías, contra las amigas coquetas, contra el gusto de las

galas. Y siguiendo la lección de San Agustín, procura exponerse ella misma como una gran pecadora.

Sin embargo, no nos costará mucho creer a la Santa en lo substancial de sus narraciones. Aunque los episodios sean amañados o figurados, sabemos que es verdad, y sin ella decirlo nos lo figuraríamos, que leía novelas con avidez, que escuchaba con emoción los relatos amorosos y los galanteos, que se cuidaba de las galas y le interesaba un poco la coquetería. No podía menos, porque era una naturaleza imaginativa, ingeniosa, vivaz, alegre, curiosa e impresionable; porque era un ser que rebosaba vida y genio. El romper de su pubertad fué necesariamente un episodio complicado.

Sensible cosa es que en estas vidas de santos tomen tanta parte el espíritu de utilidad de la Iglesia y el afán catequista del sacerdote, convirtiéndolo todo en practicismo y presentando los hechos siempre dirigidos a un fin de consecuencia demostrativa, de predicación dogmática y de ejemplaridad. Es fastidiosa la monotonía con que el argumento

de la vida de los santos se desarrolla siempre; empiezan por agravar sus pecados, para herir con fuerza la imaginación y hacer más vivo el contraste entre los dos poderes en lucha; y termina invariablemente por resaltar el desengaño del mundo. A este fin de utilitarismo no es extraño que los espíritus más excepcionales hayan sacrificado la misma verdad.

La vida de San Francisco de Asís no se puede a veces leer con calma, porque es una sucesión de anécdotas superpuestas a través de las generaciones. Recordemos aquel famoso ejemplo de las *Floreccillas*, cuando San Francisco propone a fray León:

“No tenemos breviario con que podamos decir maitines, pero a fin de emplear el tiempo en alabanza de Dios, yo diré y tú me contestarás como yo te enseñe, y cuida de no cambiar las palabras en otra manera de como yo te las enseñe; yo diré así: —¡Oh hermano Francisco, hiciste tantos males y tantos pecados en el siglo, que eres digno del infierno! Y tú, hermano León, responderás: —Verdad es que mereces el infierno profundísimo.

"Y fray León, con simplicidad de paloma, respondió: —De buen grado, padre; empieza en nombre de Dios.

"Entonces San Francisco comenzó a decir: —¡Oh hermano Francisco! Hiciste tantos males y pecados en el siglo, que eres digno del infierno.

"Y fray León respondió: —Dios hará por ti tantos bienes, que irás al paraíso.

"Dice San Francisco: —No digas así, hermano León, sino cuando yo diga: ¡Oh hermano Francisco, has hecho tantas cosas inicuas contra Dios, que eres digno de ser maldito de Dios, tú responderás así: —Verdaderamente eres merecedor de ser enviado entre los malditos.

"Y fray León respondió: —De grado, padre.

"Entonces San Francisco, con muchas lágrimas y suspiros y golpes de pecho, dijo en alta voz: —¡Oh Señor mi Dios del cielo y de la tierra! Yo he cometido contra ti tantas iniquidades y tantos pecados, que soy por todo merecedor de ser maldito por ti.

"Y fray León respondió: —¡Oh hermano



Francisco! Dios te hará tal, que entre los benditos serás singularmente bendito...”

He ahí por dónde, en efecto, el demonio de la soberbia vístese con el sayal de la humildad y llega íntimamente a los más altos planos del orgullo. En este caso debemos atribuir a la orden la mayor responsabilidad en la factura de la anécdota. Pero no olvidemos nunca que el Santo está en continuo riesgo de pecar con el pecado que más abomina.

También Santa Teresa se deja seducir por el tópico del autodesprecio, común a todos los santos. Paga su tributo al método de ejemplaridad de la Iglesia, y no olvida que el argumento y la virtud más original del Cristianismo se halla en la *conversión*. Ella necesitaba seguir todos los trámites tradicionales. Sometiéndose a la prueba, forzó cuantos elementos de ponderación pecadora pudo hallar en los anales de su vida. Exaltó las culpas sin culpa de su trémula mocedad, hizo monstruosas las nimiedades, y cuando no supo descubrir pecados los inventó.



## V

### El alma indecisa

Tenía Teresa dieciséis años cuando su padre la colocó, en calidad de educanda, en el Monasterio de Nuestra Señora de Gracia, de la orden de San Agustín. Era un convento hermoso y nuevecito, pues apenas contaba veintidós años de fecha, y en él se albergaban unas 40 religiosas, además de las señoritas seglares que en la misma condición que Teresa moraban allí. Pasó ocho días muy adversos, toda preocupada por las razones íntimas que a su buen padre le hubieran movido a recluirla en aquel retiro, hasta que sus angustias interiores fueron desvaneciéndose y acabó por encontrarse a gusto y tranquila en el nuevo ambiente. La fortuna, por otra parte, le ayudó a sentirse bien y serenada, porque en seguida encontró personas buenas y afec-

tuosas que le tomaron afición. ¿Pero en qué sitio del mundo no se habría encontrado Teresa en su propio centro? ¿En qué agrupación de personas no hubiera ella conquistado el calor de la simpatía? “Todas estaban contentas conmigo —dice—, porque en esto me daba el Señor gracia, en dar contento adondequiera que estuviese, y así era muy querida...”

Con lo cual no hace sino confesar ingenuamente una verdad que su instinto y su experiencia le daban a conocer en las diarias pruebas de la vida. El destino la adornó con una gracia inmarcesible e indefinible que conquistaba prontamente las voluntades, sin esfuerzo ni afectación, sin que ella se lo propusiera, con la divina espontaneidad con que la rosa exhala su perfume; por obra de ese don milagroso que la naturaleza concede a ciertas personas, nacidas para ser excepción y ornamento, luz y animación, prodigio y aristocracia entre los demás seres. Era la vida que se derrama y se da, en una actividad de todos los momentos y todas las situaciones. Lo mismo si se trataba de orar como de cantar, de platicar como de reír, Teresa se entregaba siem-

pre toda entera a la acción de cada instante, poniendo el máximo de interés y pasión en las obras, fueran solemnes o nimias; y esto lo hacía sin ningún prurito de emulación, sin ninguna vanidad fastidiosa, sino obedeciendo al profundo mandato de su naturaleza y a una especie de fatalidad vital. Estaba llena de vida, aunque su salud fuese precaria. Su fuerza vital no tenía nada que ver con la materia, como tampoco su gracia podía explicarse con los procedimientos corrientes. Su propia gracia era una indefinible y original fatalidad, y en tal sentido la define o insinúa ella al decir que el Señor le concedía la virtud de dar contento adondequiera que estuviese.

Entonces sucedió que una de las monjas, llamada sor María de Briceño, se sintió más que ninguna otra cautivada por el encanto de Teresa, y le tomó especial cariño. La monja Briceño estaba encargada del cuidado de las señoritas seglares, y dormía en la misma cámara que ellas; tal vez al momento de verificar la última inspección, la monja se detenía junto al lecho de Teresa, la arropaba, le pasaba la mano por la frente para retirar el

cabello, aunque en realidad fuese con una inconfesable intención de caricia fraternal. La especie de hermana mayor que estaba haciéndole falta y que, en efecto, surgía entonces a la cabecera de la cama en forma visible. Y hablaban quedo antes de dormirse, y se comunicaban sus ideas como dos hermanas que son de distinta edad, pero de sentimientos coincidentes. Durante el día, y en cuanto se les presentaba ocasión, reanudaban sus coloquios aparte, y esto a Teresa le producía gran placer, porque a sus años el alma siente una poderosa necesidad de confidencia, de íntimos y privados desahogos. Y era además que Teresa hallaba en sor María lo que sus pocos años no podían ofrecerle. Sor María sabía un poco del mundo, de los desengaños y de las angustias morales, y como hablaba bien y con gran discreción, la pequeña Teresa solía permanecer pendiente de sus labios.

Por ejemplo, le contaba cómo se había decidido a hacerse monja; y fué nada más por haber leído de pronto en el Evangelio esta sencilla frase: *Muchos son los llamados y pocos los escogidos*. Al mismo tiempo apro-

vechaba todas las ocasiones para ponderarle las mercedes que se recibían en el estado monjil, y esto acaso no lo hacía la Briceño por un vulgar deseo de atraer a la adolescente a la vida conventual, sino porque verdaderamente era una buena mujer y se sentía dichosa por los votos que había profesado. Y de esta manera suave y desinteresada logró un efecto decisivo; si hasta entonces Teresa había porfiado consigo misma en que no sería nunca monja, porque no le gustaba en absoluto, desde que escuchó las pláticas de sor María, que tornaban a poner en su pensamiento "deseo de cosas eternas", el curso y tono de sus ideas variaron completamente. Empezó por sentir envidia de aquellas que al rezar derramaban lágrimas. Ella hubiera querido llorar también, o tener otras parecidas manifestaciones de compunción y arrebatado piadoso; pero, como ella después confesaba, "era tan recio mi corazón en este caso, que si leyera toda la Pasión, no llorara ni una lágrima". Esto la entristecía mucho. Y así pasó año y medio en el monasterio, ganando en fervor cada día, orando como la que

más, pero firme en su voluntad de no ser monja. Y el caso es que también le disgustaba la idea de casarse...

Una grave enfermedad cortó por el momento sus dudas y preocupaciones, y para ser mejor atendida la llevó su padre a su casa, donde salió de peligro. Y para que convaleciera del todo la enviaron a una aldea próxima, a casa de su hermana doña María de Cepeda. Pero algún designio misterioso se interpuso e hizo que en aquel mismo punto variase la orientación de su vida, o que se decidiese, mejor dicho, el hasta entonces vacilante destino de su personalidad. Sucedió que al dirigirse a la casa de su hermana María se detuvo en otra aldea que quedaba al paso, donde residía un don Pedro Sánchez de Cepeda, hermano del padre de Teresa. Este era un señor viudo, muy devoto y seguramente hartamente maltratado por las penas y los engaños. Y en cuanto tuvo consigo a su amada sobrina, se puso a sugerirle las ideas particulares que él tenía del mundo, dándole a leer los muchos y buenos libros devotos que conservaba en su biblioteca. Al principio no los



leía a gusto, sino a la fuerza y por no contrariar a su buen tío. Pero en aquella aldea de Hortigosa ni había grandes distracciones ni el ambiente consentía que el ánimo se dispersase en ociosas fantasías. El silencio, la paz simple y cotidiana del sitio, la languidez de la convalecencia, todo se confabulaba para que la joven permaneciese horas seguidas con la frente inclinada sobre un libro y rumiando después los pasajes y sentencias que leía. Otras veces había leído y meditado también; pero nunca con la morosidad y profundidad que ahora. Porque esta vez se encontraba como quien dice prisionera, metida en sí misma, indefensa e inválida en medio de la cárcel o el confinamiento de aquella gran soledad.

¿Y acaso las ideas poseen en todos los momentos igual dimensión? No; las verdades no son siempre las mismas, aunque su exactitud lógica aparezca invariable. La verdad, por ejemplo, de que nuestra existencia es vana y breve como un suspiro, y engañosa como una ilusión, la comprendemos perfectamente mientras vamos caminando por una calle animada y luminosa; la comprendemos,

decimos que la comprendemos perfectamente, pero, en realidad, no hemos hecho más que aprehender la parte lógica de la razón, como quien dice su estructura formal. Las verdades que se viven en toda su plenitud, o sea con el pensar y el sentir de la personalidad transida que se abandona y se da a ellas, esas son las que nos penetran profunda, entrañablemente, y es también entonces cuando las vemos investidas de otra diferente intención. Parece, en efecto, como si fueran otras distintas. Un misterioso reflector semeja que las ilumina con una luz poderosa, y entonces el espíritu, como fascinado por la repentina iluminación, comprende que antes se hallaba ante la verdad algo como quien pretende enfrentarse con una obra maestra de pintura a la luz de un moribundo candil.

Esta idea de la vanidad del mundo y de los peligros con que el pecado amenaza continuamente la vivió, la sintió y vió Teresa en el retiro de Hortigosa tan clara como si se hubiera milagrosamente materializado al resplandor inequívoco del sol de mediodía. Y como no había duda posible, reconoció que

lo natural era renunciar a los peligros del mundo y asegurarse la vida eterna. Con todo, su voluntad y su poder de vivir era tan grande que su pobre naturaleza, defraudada, oponía, aun entonces, una resistencia desesperada. Estuvo tres meses luchando, y al último la voluntad de vivir la vida del mundo en su ignorada y peligrosa plenitud, fué derrotada, y determinó hacerse monja. Lo determinó con la tenacidad con que afrontaba sus decisiones. Fué a decírselo a su padre, y éste, que amaba a Teresa más que a ninguno de sus hijos, se negó rotundamente, y puso en la oposición toda su autoridad, todas las razones cariñosas y persuasivas. No le sirvieron de nada. Infinitas veces se ha planteado este mismo conflicto, y siempre han sido vencidas la autoridad y las razones de los padres. La doncella que quiere entregarse a su amante mundanal o a su amado divino, en último trance posee siempre el recurso del rapto. Teresa se escapó de casa. Permitted que su amante divino la raptase, y para el efecto conquistó la complicidad de su hermano Antonio, a quien previamente había persuadido

de que se hiciera también monje. Y una mañana fría, el 2 de noviembre de 1535, salieron los dos a escondidas de su casa y se marcharon, ella al convento principal de Avila, de la orden del Carmen, y él al monasterio de Santo Tomás, de la orden de Santo Domingo. Antonio, el hermano, no pudo perseverar en su propósito; después de varias peripecias, dificultades y enfermedades, acabó marchándose al Perú, y allí, cerca de Quito, sirviendo al virrey Blasco Núñez-Vela, murió valerosamente como un buen soldado.

## VI

### Camino de perfección

Teresa ya no rectificó jamás; allí se quedó en el convento de la Encarnación, y allí debía pasar cerca de veintiocho años seguidos, o sea el trozo más esencial y decisivo de su vida. Contaba al entrar veintidós años y medio. Se hallaba el monasterio junto a la muralla, en sitio eminente y solitario y puesto de manera que desde él se contemplaba un ancho paisaje, los campos yermos de alrededor y la serena lejanía de las montañas. No más propósitos mundanos. La lucha había sido muy recia, como podría decir ella en su vocabulario expresivo. Muy recia y prolongada, porque tenían que pugnar las dos naturalezas que coexistían en el mismo ser. La naturaleza activa y turbulenta era sin duda más poderosa y reclamaba por eso mismo el predomi-

nio, empujándola al afán, los azares y los triunfos del mundo, para los cuales se hallaba tan espléndidamente dotada; era también lo que a ella más le placía, aunque en realidad conociera bien pocas cosas de ese mundo hacia el que le inclinaba su temperamento. Pero un poder sobrenatural, o antinatural, se infiltró ocultamente y minó la fortaleza de su carácter, y al fin aceptó el hábito como una sagrada fatalidad, ave inquieta y voluble a quien cortan las alas.

No hay que pensar, sin embargo, que allí mismo concluyeron sus miserias y que se trasladó suavemente a una vida de reposo y seguridad. Le sucedió, al contrario, una verdadera catástrofe. Dolencias horribles e inexplicables la asaltaron, haciéndole sufrir dolores fortísimos y poniéndole a dos líneas de la muerte. Su padre corrió a sacarla del monasterio y pidió ayuda a todos los médicos de Avila, y hubo un momento en que la creyeron muerta. Sólo su padre se resistió a creerlo. No lo podía creer por nada de este mundo. "Esta hija no es para enterrar", aseguraba con todo el convencimiento de su extraordina-

rio amor. Estuvo tres meses en el pueblo de Becedas. Sanó mal que bien, y a sus instancias repetidas, muy débil y quebrantada aún, la restituyeron al monasterio de la Encarnación.

Nosotros tenemos una idea severa y reservada de la vida monjil, y quien calcule por el grado de universal religiosidad de aquellos tiempos se inclinará a creer que entonces el ambiente conventual tenía que ser todavía más austero que ahora. Pero sucedía algo bien distinto. Entonces se practicaba en religión una cosa semejante a lo que dice el adagio: "Lo cortés no quita lo valiente". Y si es muy cierto que la religiosidad mandaba en las almas de todos, también sabemos seguramente que alrededor y dentro mismo de los conventos se realizaban grandes valentías, que nada tenían que ver, por cierto, con el amor divino. Por ser un monasterio el más principal y estar situado junto a Avila, en la Encarnación solía haber citas y reuniones de muchas gentes desocupadas, que gustaban platicar con capellanes y monjas de cien motivos variados y de toda suerte de frivolidad.

des. Los galanes de la ciudad no faltaban al cebo, naturalmente, y hay que suponer que en más de una ocasión las pláticas, los apartes y las aficiones rebasaron el límite de lo disculpable. Las épocas tienen su atmósfera peculiar, sus matices distintivos, sus incongruencias, y por más que se resista la especie de inflexibilidad o claridad de nuestra lógica, es evidente que en aquellos religiosos tiempos ocurrían cosas bien extrañas.

Teresa se encontró metida en este ambiente de frivolidad monacal, y no sólo no pudo ella evitarlo, sino que tuvo que experimentar sus influencias más que nadie, por lo mismo que su naturaleza era más viva, más destacada y más expuesta y accesible que ninguna otra. Efectivamente, Teresa no podía pasar desapercibida en ningún sitio, y allí donde ella se hallase, allí estaba el centro de la expectación. Porque sus palabras y ocurrencias tenían un sabor distinto, y porque la expresión de su rostro, sus ademanes, sus sugerencias e insinuaciones anunciaban sin remedio la anticipación de la genialidad. Era de esas personas a cuya figura se asoma la persona-



lidad con un vigor vivísimo, y que atraen, sorprenden y cautivan sin que se note ningún esfuerzo, nada más que por una inexorable ley de la Naturaleza. Y era además de un carácter tan inclinado a la bondad y la cortesía, que creíase obligada a darse a quienes la solicitaban, llegando así a encontrarse complicada en una existencia perfectamente mundanal, con todo el aparato de confianzas e intimidades. Sobre todo la buscaban los hombres, y hay que confesar que por temperamento a ella le gustaba el trato con los hombres, y que entre ellos se sentía más decidora y con mayor capacidad de pensamiento. El resultado de estas peripecias conventuales no tardó en sentirse; el fervor religioso se extinguió casi completamente, y durante un año entero estuvo Teresa sin practicar la oración, en parte porque no sentía deseo y en parte porque se consideraba indigna de orar. Si entonces consultaba el caso con los confesores, éstos, saturados por su parte de la mundanidad del ambiente, le decían que no tenía importancia, que todo aquello no pasaba de simples pecados veniales.

Ella presentía, sin embargo, un peligro, y la conciencia le representaba en su intimidad más oculta que había en todo aquello algo que no era demasiado puro. Por lo pronto su alma vivía rodeada de una atmósfera poco ejemplar, y con frecuencia tenía que enterarse de secretos excesivamente penosos; como cuando en el pueblo de Becedas, mientras permaneció allí convaleciendo de su gran enfermedad, se hizo muy amiga del cura del lugar y tenían íntimos coloquios los dos, y el sacerdote le confesó, por último, que estaba amaneciendo con una mujer del pueblo hacía más de siete años, sin poder librarse de la pasión vitanda. Nadie sabrá nunca de qué secreta especie serían las intenciones del clérigo al buscar la complicidad confidencial y la compañía reservada de la joven. Lo cierto fué que Teresa acabó por despertar la compunción en aquel sacerdote lujurioso, y le hizo arrepentirse, abandonar su pecado y volver a una vida de compostura religiosa.

Su disgusto consigo misma provenía de la suciedad moral que la rodeaba, y que, a pesar de comprenderla, no hacía nada por huir

de su hedor. En ella misma no vislumbraba peligro; sentíase segura en la inexpugnabilidad de su naturaleza casta, en la esquivez de su profundo pudor, en la terminante repugnancia de su 'ser para todo lo que se refiriese a la libido. Esto lo dirá ella más tarde, de un modo rotundo. "Y pues nunca era aficionada a mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecía, sino a pasatiempos de mucha conversación." Y más tarde, siendo superiora del convento y revelándole una de las monjas ciertas angustias y tentaciones deshonestas, Teresa la atajó inmediatamente: "No entiendo eso, porque me ha hecho el Señor que en cosas de éstas en toda mi vida no haya tenido que confesar."

Y así fueron pasando los años, y así la vida fué malgastándose en una monótona esterilidad, salpicada de insignificancias y de domésticas pequeñeces. La juventud se marchitaba, y cualquiera hubiese dicho que aquella dichosa flor femenina, que tantos presagios de excepcionalidad había sugerido, iba a deshojarse inútilmente en el fondo de un convento provinciano. Pero la vida no contaba

hasta entonces; no había sido más que una preparación para abrir paso a la otra existencia verdadera. Hay vidas que poseen varias dimensiones, o que forman como actos al parecer independientes en la gran obra que al individuo le toca representar. Y fué después de la cuarentena, en efecto, cuando Teresa de Jesús se abrió inesperadamente a los acontecimientos extraordinarios.

A veces basta un incidente cualquiera para despertar una vida y lanzarla a nuevos y grandes derroteros. *Las Confesiones*, de San Agustín, cayeron en manos de la monja, y el libro, que en otra ocasión hubiera pasado quizá sin dejar mayor huella, en aquel momento estremeció en lo más hondo el espíritu de la lectora ensimismada y produjo en toda ella una decisiva revolución. Se le figuraba que el santo africano estaba hablando por ella misma. Sobre todo en el pasaje en que San Agustín refiere los pormenores de su conversión, y cómo escuchó una voz sobrehumana estando en el huerto, se sintió Teresa tocada por la más profunda emoción, y ya no vaciló en creer que también ella había sido destinada

para excepcionales fines. Ya no dudó en entregarse absolutamente a la conquista de una vida de santidad. Y ahí mismo comenzó el segundo acto de su obra personal. Ahora le llegaba al genio el instante de penetrar en la escena para actuar de protagonista único en el drama religioso más original y admirable que la Historia ha conocido.



## VII

### El acento de una raza

Pero había algo más que el cambio de edad en la transformación de Teresa. En el mundo cristiano se había verificado también un cambio trascendente; la Contrarreforma iba haciendo su operación profunda, trastornando la faz de las ideas en rectificaciones que afectaban lo mismo al curso de la política de los pueblos como a la conducta y el modo de sentir de las personas. Y esta ola de renovación llegó a Avila y alcanzó, como era natural que sucediese, al espíritu vigilante, sensible y predispuesto de la monja hasta entonces indecisa.

Por una parte, se abría el Renacimiento a todas las sollicitaciones de la inteligencia y a todos los encantos de la jocunda vida pagana, mientras paralelamente producíase la más enérgica reacción del espíritu cristiano. Las

dos tendencias, sin embargo, no eran mutuamente inexplicables, sino que se correspondían y se justificaban, como suele ocurrir, a pesar de todo, con los antagonismos. A la floración pagana que trajo, en pompa sin igual, el Renacimiento, pronto respondió la especie de furia ascética con que los reformadores y los místicos infundían al viejo dogma una energía formidable. El esfuerzo cristiano fué entonces inaudito. Tan pronto como Lutero surge frente al Papado, que había sido dañado por la ráfaga pagana, he ahí que San Ignacio salta a la lucha y toma sobre sí la faena de restituir a Roma el prestigio y la autoridad.

Ambos esfuerzos, al fin, son correlativos, porque nacen de una misma causa: la interpretación sensual de la vida aportada por el Renacimiento. Contra el mismo adversario se lanzan protestantes y católicos, y de aquel fervor combatiente brotan los puritanos, los hugonotes y todas las sectas revisionistas, a la vez que los grandes teólogos, los mártires evangelistas y particularmente los místicos españoles.



Es sobremanera curioso el espectáculo de esa supervivencia de dos inclinaciones tan contrarias en el seno de una sociedad. Todavía hoy nos asombra cómo en aquella civilización de honda estructura cristiana, los espíritus más exigentes y austeros tienen que pactar con el paganismo. El Arte, desde luego, se apodera del mando, y dentro de las iglesias se apresuran a correr las ninfas y los pequeños faunos en la graciosa esbeltez de los frisos y arcos de medio punto. Los artistas pintan Vírgenes y Crucificados, pero se reservan, casi en la misma proporción, el pintar apoteosis mitológicas. Los aposentos del propio Felipe II están adornados tanto de episodios bíblicos como de escenas paganas.

Es porque el Renacimiento traía un incomparable vigor intelectual y un prestigio de cosa cesárea, opulenta, grandiosa. La sociedad cristiana se sintió frente a aquello demasiado modesta, pobre, ignorante. Todas las inteligencias aceptaron la supremacía del mundo renaciente. Hubiérase tenido por bárbaro e incivil al hombre que no acatara el

nuevo régimen intelectual. Así es como vemos muchos espíritus rendirse ante la ola y claudicar con timidez, cambiando el derecho a la más alta acepción mística por los goces de la ciencia, de la erudición y del culto de las clásicas formas que el Renacimiento les brindaba.

Loyola sale entonces a trabajar por la conservación de lo que estaba en peligro de desmoronarse, o, mejor aún, de deshacerse. Y viendo que el peligro residía en Roma, emprende la labor paradógica de combatir a Roma y asentar sobre ella el nuevo y más fuerte poderío de la propia Roma. Puritanismo católico frente a paganismo romano. Y España se alistó como nadie en esta empresa.

Siempre que pretendamos interpretar el carácter del misticismo español será preciso que anticipadamente consideremos el estado de saturación renunciadora a que llega la raza, no en un momento determinado, sino en toda su historia. Los célebres escritores místicos del siglo XVI son el fruto madurado, que no hubiera podido manifestarse sin la colaboración consecuente y múltiple de toda

la raza. Esto es lo particular del misticismo español, que brota como en una explosión natural, y no en casos aislados. Así resulta un fenómeno comprensible, puesto que en él interviene el alma entera del país. Y es por esto también nuestro misticismo tan diferente, dentro de las mismas reglas dogmáticas del cristianismo universal. La idea de una vida falaz que está acechada por la sombra de la muerte, y el desprecio, por tanto, de esta vida nuestra, es un pensamiento cardinal que verdaderamente colma la doctrina cristiana. La Edad Media podría decirse que gira totalmente alrededor de este pensamiento. Pero las ideas no están sólo formadas de razón absoluta; somos nosotros quienes añadimos a las ideas un excedente de emoción o de sentimiento, por cuya virtud, pasando a través de nuestras personas, esas ideas adquieren un matiz y un tono diferenciales. Vemos así que la idea cristiana se *viste* en cada pueblo, o se *reviste* de una forma expresiva particular.

Algunos críticos, guiándose nada más por las manifestaciones toscas de la imaginería

religiosa o por los signos de un fanatismo popular, han atribuído a nuestro misticismo un aire excesivamente trágico, como infundido casi únicamente por el terror de las penas infernales. Pero si atravesamos de parte a parte nuestra literatura, veremos todo lo contrario. Lo que presta carácter y tono a nuestra interpretación de la vida no es un terror pusilánime; es un aire de desgana, es una íntima comprensión de la vanidad del esfuerzo, es un cansancio filosófico, es como una saturación de la voluntad renunciadora. El cansancio español, producido por una agudísima intuición del secreto de la vida, adquiere forma particular, empapa a la raza y satura el arte; de manera que Schopenhauer, buscando argumentos y cómplices para su teoría del pesimismo integral, salta desde los estoicos paganos hasta los escritores españoles, y transcribe íntegros los refranes de nuestro pueblo.

Hay en la poesía española un soneto que parece un alegato, una insigne refutación a esa teoría del misticismo terrorífico. Adelantándose a los que supusieran que el alma es-

pañola sólo quiere cancelar por rezos y martirios la amenaza del infierno, el soneto célebre, que para más fuerza probatoria es anónimo, exclama en aquellos versos claros, encendidos:

No me mueve, mi Dios, para quererte  
el cielo que me tienes prometido,  
ni me mueve el infierno tan temido  
para dejar por eso de ofenderte...

Pero el tono expresivo de la raza no debemos buscarlo exclusivamente en los autores religiosos y ascéticos. Nos dirán más, con pruebas más desinteresadas, todos esos escritores que a lo largo del 500 y del 600 se reservan algunas poesías o algunas páginas de sus obras para abrir el alma a un modo de lirismo desencantado, desganao, renunciador. En ese propio Quevedo, de vida tan dinámica, tan violenta y agria, tan mundanal, ¡qué emoción tienen los momentos líricos y personales! ¡Con qué intensidad tan *moderna* suenan sus voces de melancolía, de desgana y cansancio!

¡Cómo de entre mis manos te resbalas!  
¡Oh, cómo te deslizas, edad mía!  
¡Qué mudos pasos traes, oh muerte fría,  
pues con callado pie todo lo igualas...!

Es el mismo que ha de proferir aquellos varoniles lamentos, cuando el azar de la lucha lo arroja en el destierro:

Miré los muros de la patria mía,  
si un tiempo fuertes, ya desmoronados...  
Vencida de la edad sentí mi espada,  
y no hallé cosa en que poner los ojos  
que no fuese un recuerdo de la muerte...

Vano es sin duda querer que la imagen de una persona sea fijada por sus detalles anatómicos o por sus líneas concretas; las personas poseen un *aire*, y esto es lo único que determina y fija el carácter físico-moral de los hombres. De igual modo habremos de buscar en las naciones el *aire*, el *tono* y la *actitud*. Esto es lo único revelador, aun siendo de categoría inefable, y no los rasgos precisos, que pueden, como si dijéramos, sujetarse al método de las estadísticas.

El tono del pueblo español, a través de sus actos políticos, religiosos y literarios, se po-

dría expresar como un conglomerado en que actúan a partes iguales el estoicismo, el ascetismo cristiano y el fatalismo. Es verdad que esas tres características, como en las tres personas de la Trinidad, son diferentes las tres, y las tres se funden al cabo en una única esencia.

Si miramos la actuación política española pronto descubriremos en ella un aire especial, que acaso no se repite idénticamente en otra gran nación histórica. Es un tono quizá desconcertante, por lo mismo que es único. Hay en la acción de España un contraste de impulsos enérgicos y como exaltados, y un cansancio extraño que no viene de la flojedad de fuerzas ni de la inutilidad del esfuerzo. Por eso la acción política española se muestra en forma interrumpida, y no como una serie continuada. Son impulsos, a veces poderosísimos e incomparables, que acaban en un raro desaliento, en una desgana desconcertante. Y esto debe de ser porque en el alma de España el cristianismo no es un agregado, sino algo que pasa a fundirse dentro de la substancia nacional.

En efecto, otras naciones se diría que no han llegado a absorber y digerir el cristianismo; lo usan, lo aceptan, le tributan un alto fervor; pero realmente actúan a espaldas de un esencial cristianismo. Esos pueblos no se sienten trabados en su acción por ninguna clase de titubeo; desconocen el grito de desgana y de suprema comprensión que dice en los momentos críticos al hombre y a las sociedades: "Toda acción ambiciosa es vana, mientras el problema de la vida se halle en la muerte..." Desoyendo a las esencias cristianas, ocultando sus íntimos sentimientos paganos, esos otros pueblos creen más en la vida que no en la muerte; abren paso libre a su ambición, perseveran en sus fines, continúan sus obras, y jamás se dejan seducir por la razón ascética.

Unas cuantas personas, dentro de esos otros pueblos vitales, pueden expresar su ascetismo y su desgana espiritual a través de la filosofía y del arte; pero la nación no les oye; entre la nación y sus intelectuales hay una rara disconformidad y una separación positiva. Sucede al contrario en España, donde el



ritmo de sus filósofos y artistas va acorde con los actos generales de la nación.

El estoicismo no es en España un mero añadido literario; está hondamente clavado en las entrañas de su ser. Tampoco es pegadizo su cristianismo, hasta el punto de que si mañana, por azares de cualquier género, el pueblo español dejase de asistir al culto y se cerrasen todos los templos, la raza continuaría siendo cristiana. Por último, en el carácter español late un fatalismo que no necesitamos atribuir a la herencia semítica o musulmana, porque se deriva como una consecuencia natural de aquel fondo estoico cristiano.

Hay un momento representativo en la vida política española. Es aquella hora culminante en que Felipe II reina sobre la gloriosa vastedad de cuatro continentes. El impulso español ha podido en menos de un siglo superar todas las grandezas conocidas y acometer acciones que asustan por su diversidad, por su intensidad. Pero el impulso, nacido de la fuerza intuitiva de la raza, ha llegado a su término de tensión; es el instante en que otras nacio-

nes, animadas por el éxito, aguardarían, en ese declive que sucede a todo impulso o tensión, la revenida del ímpetu, para continuar y agrandar los éxitos conseguidos.

Pues bien; en esa hora de declive, cuando la tensión se afloja naturalmente y cuando la brevedad del impulso no da lugar a presumir un cansancio insuperable, ved a España cómo se abandona a su sentimiento estoico-cristiano-fatalista... Hay entonces como una voluntad ascética de renunciación; una como idea cristiana de que no vale la pena de ambicionar nuevas glorias y más poderíos.

En esa hora trascendental de Felipe II, España acciona todavía; pero notemos que su acción se dirige contra los herejes, y no precisamente en busca de nuevos poderíos. Ha muerto Carlos V, príncipe extranjero que recogió los arrogantes ímpetus del esfuerzo español y que viviera en la pompa vital del Renacimiento. Ese Felipe II ya es un príncipe español; tiene la España metida en la médula. Es el español estoico-cristiano-fatalista y no el otro español instintivo de la calidad de Córdoba y Cortés. Busca en el Guada-

rrama el sitio de majestad panorámica más estupendo; hace allí un palacio grave y rico, grandioso y emocionante. ¡Parece que toda la parte representativa del alma española se condensa en el príncipe y se aparta con él, reflexionando en la inutilidad de las cosas que acaban con la muerte!

Es allí, en el retiro de la alta sierra, donde un pueblo, por boca de su rey, ha pronunciado las palabras más excepcionales; allí es donde un pueblo, en la cumbre de su poder, ha hecho la más extraña, puesto que fué única, confesión de cristianismo estoico o de fatalismo cristiano. Y a nosotros mismos, que como españoles podemos comprender mejor, nos conmueve y pone temblorosos aquella escena dramática, cuando el pálido monarca oye una a una las terribles palabras de la espantosa noticia (la Armada Invencible ha sido deshecha en las costas de Inglaterra) y luego, igualmente pálido, deja caer su respuesta escalofriante: "Yo no envié mis naves a luchar contra los elementos... ¡Pero hágase la voluntad de Dios!"

En la literatura española hay una compo-

sición poética que nos revela bien claramente la particularidad del éxito artístico; al revés de otras clases de fortuna, que con el tiempo se ajan y desmerecen en brillo y vigor, el éxito literario, cuando es sincero, con los años y con los siglos y con el contraste de las críticas se hace más fuerte y más brillador. Esta composición afortunada es aquella elegía que Jorge Manrique hubo de componer a la muerte de su señor padre, el Maestre de Santiago, don Rodrigo Manrique. Escritas las *coplas* con un fin ocasional, tal vez abandonadas a la suerte de un momento que ahora llamaríamos periodístico, encontraron, no obstante, un éxito perenne. El público las recibió como lo que realmente eran: expresión sentida, auténtica e inspirada del sentimiento y la idea de la sociedad culta española en los finales de la Edad Media.

La fortuna no se detuvo aquí, porque al pasar más de cuatro siglos encontramos los hombres modernos que las coplas de Jorge Manrique tienen un sabor tan vivo de actualidad, son tan profundas, tan dentro de nuestro espíritu, que las leemos como si estuviesen

escritas por un poeta contemporáneo. Este fenómeno de florecimiento a través de los siglos no puede darse si no interviene en la obra artística el don de la eternidad. Y una obra de arte es eterna, siempre viva y florecida, cuando refleja honda y sinceramente una realidad humana.

Las coplas de Jorge Manrique reflejan todo el sentimiento filosófico-religioso del siglo xv. Además reproducen la modalidad española de ese sentimiento cristiano-filosófico, y son así manifestaciones líricas que ponen al descubierto la idea y el sentir del alma española delante del problema de la muerte.

Nunca se repetirá bastantes veces que las ideas, aun las más sintéticas y claras, al pasar a la universalidad de los pueblos adoptan en cada país un tono diferente. Las diferencias es verdad que suelen ser sutiles, de mero matiz con frecuencia; pero los espíritus sagaces logran sorprender ese matiz y otorgarle el alto valor que en efecto tiene.

En las coplas de Jorge Manrique nada hay que no esté comprendido en la ideología cristiana de la Edad Media; hasta se ha preten-

dido hacer derivar algunas de sus estrofas de un poeta árabe de Andalucía. No; el valor de una obra poética no reside en su argumento ni en su estructura intelectual. Jorge Manrique no pretende acaso decir nada nuevo a propósito de la vida y de la muerte, y él sabe muy cierto que cualquier predicador contemporáneo será capaz de emitir las mismas ideas, casi con la misma ordenación, que las que llenan sus coplas.

Lo distintivo está en el tono. Está lo diferente en la manera de decir personal. En ese caso parece que el individuo se reconcentra todo él y se sume en un estado de iluminación que convierte a la persona en inconsciente; y de esta inconsciencia, que ya es un modo de impersonalidad, brota por milagro lo más personalista. Entonces no se vierte en la obra de arte sólo lo personal del autor; es lo personal de una raza y de un momento histórico lo que adquiere forma.

¿Se ha dicho en lenguaje castellano nada que exprese con tal firmeza, reciedumbre y varonil melancolía la idea estoica de la fugacidad de todo lo mundanal, como esa insupe-

rada estrofa de la elegía de Manrique? Un pueblo entero está hablando en esas líneas rimadas.

Recuerde el alma dormida,  
avive el seso y despierte,  
contemplando  
cómo se pasa la vida,  
cómo se viene la muerte  
tan callando;  
cuán presto se va el placer;  
cómo, después de acordado,  
da dolor;  
cómo a nuestro parecer,  
cualquiera tiempo pasado  
fué mejor...

Probablemente existen obras literarias que, al leerlas nosotros, no necesitan que evoquemos la persona del autor; otras obras, en cambio, es preciso que se revistan de entonación especial, y leyéndolas hacemos revivir un personaje responsable. En este caso, al recitar esa primera estrofa de la elegía, inevitablemente evocamos una persona que es la que íntimamente habla. Tan fuerte es la ilusión, que creemos de veras que alguien ajeno a nosotros se halla en espíritu dentro del libro. Y la imagen que nos figuramos es un

caballero grave, marcial, noble, de elegante prestancia y con una vaga y viril tristeza sobre el rostro... Es el que, mirándonos con sus ojos inteligentes y graves, nos aconseja:

### Recuerde el alma dormida...

También imaginamos que su voz tiene que ser recia, y al mismo tiempo dulce. Es un tono de voz que merece calificarse con dos palabras: serenidad, melancolía.

Lo que nos dice Jorge Manrique tiene más importancia, porque está dicho en aire civil; fuera una poesía religiosa pronunciada por un clérigo, y ya sería menos interesante. Pero dichas por un hombre de mundo, por un caballero que sabe esgrimir la espada y que conoce el lujo y el placer del siglo, las palabras suenan entonces a verdadera voz de la raza.

Es el tiempo en que el Renacimiento vuela ya como una brisa augural sobre Europa. Es ese instante de conjunción de dos tendencias, que hace del final del siglo XV una cosa tan fina, decadente y llena de rara inquietud. Las coplas de Jorge Manrique expresan, como



ninguna otra manifestación literaria, la vaguedad de ese momento en España. Es una poesía de "líneas góticas"; pero el Renacimiento florece entre sus partes y se insinúa en ciertos adornos. La misma forma tiene una inclinación a lo perfecto, a lo elevado del clasicismo.

Nuestras vidas son los ríos  
que van a dar en la mar,  
    que es el morir;  
allí van los señoríos  
derechos a se acabar  
    y consumir...



## VIII

### La gracia

El padre Francisco de Ribera, en su vida de Santa Teresa, tiene un capítulo, "De la gran confianza y fe que tenía en Dios, y de la grandeza de su ánimo", sumamente revelador y expresivo. Dice:

"Estas virtudes resplandecieron notablemente en la Madre Teresa de Jesús, y vense muy claras en las grandes obras que emprendió, a juicio de los hombres, imposibles, y en el gran ánimo con que las prosiguió y acabó. ¿Quién pensara jamás que una mujer sola, metida en un monasterio, con tantas ataduras de su religión y de la obediencia, sin favor humano, sin dineros, y, fuera de eso, con tantas contradicciones, había de ser Madre de tantas y buenas hijas y fundadora de tantos monasterios y renovadora de una orden que

tantos años había que estaba en aquel estado en que ella la halló? ¿Qué hombre hubiera tan fuerte que osara a prometer cosas tan grandes? ¿Quién las osara emprender? ¿Quién no desmayara, después de emprendidas?...” Pero el padre Ribera sigue teniendo mucha razón cuando añade:

“Nada temía, sino la ofensa de Dios. Respondiendo a unas personas graves que la amenazaban que no habían de ayudar en sus negocios si no hacía cierta cosa que le pedían, escribió estas palabras: *Para acabar conmigo lo que me piden, habíanme de decir que había escrúpulo en no lo hacer, porque no lo habiendo, a nada temo.* Y no era mucho no temer a los hombres, porque ni a los demonios temía, poco ni mucho. Decía que si ella servía a Nuestro Señor, a quien los demonios y todas las criaturas están sujetas, ¿por qué había de temer a nadie, y por qué no había de tener fortaleza para combatir con todo el infierno? Y la acontecía desafiar a los demonios, y decir que viniesen a ver qué la podían hacer.”

Todo esto tiene un interés grandísimo, por

cuanto viene a contradecir exactamente aquella opinión universal que asigna a la religiosidad española un fondo sombrío y triste, inspirado casi exclusivamente en los terrores supersticiosos del demonio y del infierno. Todos sus actos y palabras muestran el signo de una alegría, de un valor, de una tranquilidad frente a las dificultades que desmienten esa opinión vulgar del mundo. Incluso acierta la Santa a presentarse como ejemplo, pero de qué eminente alcornia, de ese género de filosofía energética que los anglosajones se han atribuído como cualidad exclusiva. Confianza en sí mismo; voluntad dominadora; energía del carácter lanzado a la conquista del éxito; fuerza y eficacia: todo eso estaba hace cuatro siglos en el alma, a un tiempo suave y fuerte, de Teresa de Jesús.

En las páginas de su *Vida* se encuentran muchas veces pasajes de desaliento y de mortal angustia. Su espíritu no se veía libre de esos accesos penosos y desalentados que todo ser combatiente necesita sufrir; pero el acento predominante en ella es el entusiasmo, el júbilo emprendedor y decidor, y una confian-

za en el poder divino que puede en realidad traducirse por una profunda confianza en sí misma. Pues el cristianismo de Teresa de Jesús está exento de terror infernal, limpio de maniqueísmo, y no lo sabemos sólo porque ella misma lo declara, sino porque se desprende de su vida entera. Un cristianismo optimista aureola la frente de esta mujer extraordinaria que necesita, sin embargo, arrastrar un cuerpo enfermizo a través de trabajos, fatigas y combates tan grandes "que, a juicio de los hombres, eran imposibles". Y aun le quedaba en el ánimo fortaleza bastante para no renunciar al uso del gracejo. Ese gracejo de antigua estirpe castellana, que ríe como un campo de abril en Castilla cuando lo alegran el candor de las margaritas y el fulgor de las amapolas.

Algunas veces el genio carece, como persona y como obra resuelta, de simpatía. Por eso nos sentimos gozosos cuando el destino ha podido emparejar el genio con la gracia, y nos permite que al mismo tiempo lo admiremos y amemos. Santa Teresa era graciosa definitiva y plenamente. Era la mujer hecha

gracia, toda ella envuelta y rebosando gracia. ¿Con qué otra mujer de la Historia pretenderíamos compararla? Nadie tiene, como la Virgen de Castilla, el don no aprendido, la virtud providencial de inspirar simpatía. Así nos explicaremos, por este don de la gracia personal, el entusiasmo que produjo en el mundo Santa Teresa, la popularidad que alcanzó su nombre, el prestigio con que su ser ha penetrado en la conciencia universal. De tal modo es esto, que hoy, leyéndose apenas sus obras entre el gran público, continúa la Santa originando en las gentes una profunda acción de simpatía.

Tenía el don de la gracia plena, empezando por la divina, bien manifiesta en sus coloquios místicos con Dios y en la frecuencia con que era visitada su alma por la paloma celeste, o sea la inspiración. Poseía la gracia indispensable a toda persona que pretenda fundar organizaciones colectivas, y es evidente la aptitud de mando, de atracción, de convencimiento que hace de la Santa lo que hoy, por vía de Norteamérica, se llama un "conductor de muchedumbres". Y ella, no hay

para qué encarecerlo, atraía y guiaba a las gentes con el solo y espontáneo auxilio de la gracia.

Tan fuerte era esta clase de gracia convincente, dominante y atractiva, que la Santa, en efecto, estuvo siempre rodeada de personas inauditamente rendidas a su voluntad y a sus encantos. Los hombres que ella reverencia, los sabios confesores, los doctos en teología y los maestros en virtud: San Juan de la Cruz o el padre Ribera, fray Luis de León o San Pedro de Alcántara, todos, como la última de las monjitas, concluyen por rendirse a la grandeza de aquel espíritu avasallador, que para vencer voluntades sólo hace jugar el arma de la gracia.

No le faltó ni siquiera la gracia física, porque era hermosa de cuerpo, agradable de rostro, seductora por el encanto de la expresión y por esa aura íntima que no nace de las líneas del cuerpo ni de otros signos materiales, sino de algo aéreo que está en la tez, en la mirada, en todo lo inefable, pero real, de la persona.

Ningún retrato directo, fuera del pésimo



que fray Juan de la Miseria hubo de pintar en mala hora, poseen los hombres. Pero las referencias de los contemporáneos nos ofrecen una imagen aproximada que nos ayuda a considerar a la hija del caballero Cepeda como una de esas mujeres de quienes se acostumbra a decir: No es una belleza clásica, pero tiene una gran seducción.

Dejemos hablar al padre Francisco de Ribera, que nos presentará a la Santa como una mujer de cuerpo bien formado, armónico en sus partes y con el equilibrio que pide la verdadera hermosura:

“Era de muy buena estatura, y en su mocedad hermosa, y aun después de vieja parecía harto bien; el cuerpo abultado y muy blanco; el rostro redondo y lleno, de muy buen tamaño y proporción; la color blanca y encarnada, y cuando estaba en oración se le encendía y *se ponía hermosísima*, todo él limpio y apacible.”

Estamos viendo, efectivamente, la imagen de una mujer de belleza regular, no llamativa y mucho menos apta para entorpecer los sentidos del hombre. Pero algunas palabras del

padre Ribera nos descubren unos rasgos importantes que no se refieren a lo material de lo físico, sino a lo espiritual de la persona, al aura inefable del rostro, a la expresión, en suma. Esto es lo definitivo, lo verdaderamente fuerte en el ser.

«Cuando estaba en oración la Santa, dice el padre Ribera que se le encendía el rostro, y, todo el semblante limpio y apacible, aquella excelsa mujer *se ponía hermosísima*. En boca del virtuoso fraile tiene este superlativo un entusiasmo definidor; no es posible definir, ciertamente, la belleza exaltada de un rostro al que se asoma el espíritu entero, sin recurrir al énfasis y al entusiasmo. Se ponía hermosísima...

En seguida nos pintará el mismo padre Ribera otro signo de inefabilidad y de gracia. Dice de los ojos de la Santa que eran negros y redondos, no grandes, pero bien puestos. Y agrega que eran *vivos y graciosos*, y que “en riéndose, *se reían todos* y mostraban alegría, y, por otra parte, muy graves cuando ella quería mostrar en el rostro gravedad”.

“Las manos pequeñas y muy lindas. En la

cara tenía tres lunares pequeños, que le *da-  
ban mucha gracia...* Toda junta parecía muy  
bien y de muy buen aire en el andar; y era  
tan amable y apacible, que a todas las per-  
sonas que la miraban comúnmente aplacía  
mucho."

Otro de sus confesores venerados, el padre  
Gracián, corrobora el signo de gracia que  
posee la Santa en el rostro, en la actitud per-  
sonal entera. "Tenía hermosísima condición,  
tan apreciable y agradable, que a todos los  
que la comunicaban y trataban con ella lleva-  
ba tras sí, y la amaban y querían..."

En fin, Santa Teresa poseía incluso la gra-  
cia que propiamente llamamos donaire, inge-  
nio, chiste. Porque su trabajada vida, sus  
enormes responsabilidades y, sobre todo, el  
asombro de sus contemplaciones celestes, nada  
de esto le impedía ser un carácter abierto y  
vivo, pronto a la risa y la broma, alegre, con  
el más sano y fresco júbilo.

Sus cartas abundan en descripciones y ocu-  
rrencias que con nuestra manera de decir ac-  
tual llamaríamos chistosas, y que los contem-  
poráneos de la Santa llamaban donaires. **Este**

punto de sal que pone en sus escritos un sabor simpático, imperecedero e inconfundible. Es verdad que eran los tiempos en que el ánimo español se abría a las múltiples sollicitaciones de la vida universal con un modo de franqueza y de valor, tan lejano de nuestra presente inclinación al apocamiento lacrimoso.

Cuando se refiere a su amigo San Juan de la Cruz, no duda en casi burlarse de él. "Hable vuestra merced a ese padre, suplicóselo, y favorézcale en este negocio, *que aunque es chico*, entiendo es grande a los ojos de Dios." Parece que el Santo era de estatura mínima, y por esto decía ella que para reformar la orden Carmelita contaba con *fraile y medio*... El fraile era Antonio de Jesús, y el *medio fraile*, San Juan de la Cruz.

Ahí está el lego piadoso, horrible pintor, de igualmente desventurado nombre: fray Juan de la Miseria. Se dispone a retratar a la Santa. Ya lograron vencer la resistencia que oponía a retratarse, y ya la obra llega a su término. Y es tan detestable, que la Santa, probablemente agradecida al pintor por la mala pintura, se ríe y exclama: "Dios te lo

perdone, fray Juan, que me has hecho padecer aquí lo que Dios sabe, y al cabo me has pintado fea y legañosa.”

Si alguien se aventura a dirigirle un piro-po, ella no vacila en la réplica, merced a su humor vivo, alegre y siempre femenino. Así don Alvaro de Mendoza, obispo de Avila, le dice una vez, con episcopal galantería, que más gusto tenía de hablar con ella que con sus canónigos; y la Santa responde al punto: “Pues yo, señor, tengo también más gusto de hablar con vuestra señoría que con mis monjas.”

Don Francisco de Salcedo era un alto personaje de Avila, a quien por sus virtudes y caridad llamaban el *Caballero Santo*. Protegía con abundantes dádivas a Santa Teresa, y ésta, que le reverenciaba en todo lo que valía, véase con qué femenil arrumaco le escribe: “No me diga tanto que es viejo, que me da en todo mi seso pena, como si en la vida de los mozos hubiera alguna siguridad. Désela Dios, hasta que yo me muera, que después, *por no entrar allá sin él, he de procurar lo lleve nuestro Señor presto...*”

La Iglesia no sólo consiente, sino que inicia y propone la expresión del regocijo de Navidad con canciones y risas, que son una intrusa ráfaga de alegre rusticismo en la docta severidad del templo. Es un paréntesis abierto en el ritual; un soplo de naturaleza que viene a mover la estructura austera del templo, como una verdadera brisa de abril que descompusiera la rigidez de las imágenes, hiciera temblar las luces votivas, diera movimiento a los mantos y perfume a las flores yertas de los altares. El mismo órgano, hecho para glosar los pasajes patéticos del culto, entonces se aniña, se atipla, y presta como puede, en voces de flauta adolescente, ayuda y acompañamiento a los cándidos villancicos.

Esta palabra, villancico, tiene fuerza autoritaria para conducir la imaginación al lugar propio: un convento de monjas. Noche de Pascua. Allí los panderos suenan con su debido candor rústico; allí las risas ofrecen una flor de pura jocundidad, y la canción, como brotando del alma limpia, sube al cielo en calidad de ofrenda.

Transportada la imaginación al convento de monjas, todavía se le obliga a retroceder en el tiempo hasta los años centrales del siglo XVI. Dentro de la iglesia, poco grande, en el pobre convento carmelita, allí está la más férvida cantadora de villancicos: Teresa de Jesús.

Ella misma quiere componer las coplas para las solemnidades de la Iglesia. Madre, directora, intendenta, siempre ama y alma de sus monjas, vigilante de su obra, ella está en todo, ella lo suple todo y lo inicia todo, como hacen siempre los conductores, los fundadores. Si conviene cantar, ella cantará la primera; si faltan coplas, ella las inventará; hasta, si fuera preciso, está pronta a bailar.

Cuando una novicia ha profesado, la Santa quiere que se le dé a la función un aire de fiesta, y, al efecto, compone unas coplas de infantil estribillo:

Pues que nuestro Esposo  
nos quiere en prisión,  
a la gala gala  
de la Religión.  
¡Oh, qué ricas bodas  
ordenó Jesús!...

La pluma que ha sabido internarse en las más difíciles interpretaciones del dogma, y que vuelve, como estupefacta, de narrar los coloquios del alma con la Divinidad, esa misma deseará trazar los vulgares villancicos; pero con tan humilde desinterés, que sean las coplas como originadas por la mente de un rústico.

¡Ah, pastores que veláis  
por guardar vuestro rebaño,  
mirá que os nace un Cordero,  
hijo de Dios soberano!

Viene pobre y despreciado.  
Comenzadle ya a guardar,  
que el lobo os le ha de llevar  
sin que le hayamos gozado...

Dice el padre Ribera, biógrafo de la Santa, que “gustaba de que sus monjas anduviesen alegres y cantasen en las fiestas de los Santos e hiciesen coplas. Mas como gustaba de dar ejemplo en todo, hacíalas ella misma y las cantaba en unión de sus monjas, sin instrumento ninguno de música, sino acompañándose de la mano, *dando ligeras y suaves palmadas* para llevar compás y hacer cierta armoniosa cadencia”.



He ahí una forma curiosa, y sin duda pintoresca, de aplicar los usos primitivos y dionisiacos de la música a una ceremonia cristiana. Santa Teresa no se turba; imita a los sacerdotes de los viejos cultos, y deja que una cierta embriaguez se apodere de ella. En el monasterio de Cuerva, en un cuaderno de versos, se cuenta el pasmoso pasaje que sigue:

“Otros versos que hizo la misma Santa Teresa a la Circuncisión, de la cual era devotísima, y una víspera de la fiesta, estando las religiosas en la noche en recreación, salió la Santa de su celda, *arreatada de un maravilloso fervor e ímpetu de espíritu, danzando y cantando*, e hizo que el convento la ayudase, lo cual hicieron con notable alegría de espíritu. El danzar que entonces y aquellos tiempos la Santa Madre y sus hijas usaban, no arregladamente ni con vigüela, sino daban unas palmadas, como dice el rey David: *Omnes gentes plaudite manibus*, y discurrían así con más armonía y gracia de espíritu que de otra cosa...”



## IX

### El estilo

Santa Teresa tuvo su hora de apogeo en el siglo XVI y en la mayor parte del 600; sus obras eran leídas con afán por las gentes diversas, religiosas o mundanas, cuando los escritores místicos estaban de moda. Más tarde, por un proceso de competencia religioso-literario, la escritora hubo de ceder el campo a la santa. Y actualmente, necesario es decirlo, entre los escritores clásicos españoles, Santa Teresa es bastante poco leída.

Es verdad que nuestra "conciencia literaria" se halla hondamente saturada de los escritos de la doctora mística, fenómeno muy frecuente en literatura. Así vemos muchas veces que un autor clásico, gracias al fuerte y original aliento de su vida, produce en época determinada una saturación completa del

ambiente espiritual, y entonces sus obras recorren las distintas capas sociales y son comprendidas, embebidas por la Humanidad. Cuando el momento de boga ha pasado, otras generaciones encuentran que esos libros no están en relación con los gustos, con la ideología ni con el mismo lenguaje de la nueva época. Las páginas que antes las comprendían y gustaban hasta las personas del pueblo, después sólo pueden saborearlas los eruditos. Pero esas páginas que nacieron a estímulo de la genialidad no se borran nunca de la conciencia humana; aunque muy pocos las lean aún, el espíritu de ellas, la unción y el impulso genial de ellas, están flotantes en el ambiente de todas las edades. Lo substancial del escritor, de su vida y de su obra, se ha fundido como milagrosamente en el alma de la Humanidad.

Este fenómeno se repite en Santa Teresa. Sabemos que hoy sus obras son poco leídas, y, sin embargo, todos comprendemos que la Santa de Avila vive presentemente en la conciencia del público, no como Santa nada más, sino como excelsa escritora. Es decir, que de

una manera infusa el público tiene conocimiento muy aproximado del carácter, del aire y hasta del estilo de Santa Teresa de Jesús.

Nuestra época no es muy propicia a los temas místicos; otras cuestiones más directamente interesantes nos solicitan la atención. Además, Santa Teresa no escribió sus obras con un fin literario, y así carecen de aquella redondez y hábil factura de los libros de verdadero entretenimiento. El lector necesita sumergirse en un mar de tratados religiosos, reglas conventuales, disquisiciones de actualidad monástica y cartas, todo eso que en vida de la Santa tenía un interés tan palpitante. Pero quien se aventura en ese mar, ¡qué insuperables encantos le esperan! Nunca un alma, una vida, un carácter han vibrado y lucido con tanta iluminación y fuerza; nunca un espíritu genial, y por añadidura femenino, se ha mostrado con tal poesía celeste y a la vez con tan sublime sabor humano.

He aquí el ejemplo más caro del escritor sin afeites, y del escritor que logra la perfección sin buscarla o rechazándola. Por lo mismo, Santa Teresa será siempre un caso de

genialidad espontánea y como fatal; será un ejemplo de lo genial instintivo, que no se somete a reglas, que las huye expresamente; un fenómeno, en fin, que sólo en España acaso puede comprenderse, pues nuestro país se inclina, como es sabido, a una como explosión de la obra o del carácter genial, en vez de obedecer la creación al concatenamiento y orden de las diversas causas preparatorias de la obra del genio.

Santa Teresa habla el idioma de sus contemporáneos; su lenguaje es el de las hidalgas, los comerciantes, las monjas y los caballeros de provincias. Habla como la gente, y nada más. Ni un momento se preocupa de corregir su dicción; las palabras pasan de la calle a su pluma, de su pluma a la imprenta sin detenerse en ninguna oficina gramatical. Es como si la Santa, porque comprende la importancia de su animación interior, no quisiera manosear las palabras que han nacido, si no del Espíritu Santo mismo, como opinaban los apasionados adeptos, cuando menos de las entrañas encendidas del ser.

En algunos fundadores y jefes de escuela

surge frecuentemente una vaga y característica pedantería. También existe en Santa Teresa, pero tan humana, tan encantadora, que antes de incomodar, agrada. Es un tono de monja, o, mejor dicho, de abadesa; es un cierto tono de mando, nacido del hábito de la autoridad; es el saber que le oyen, creen y obedecen; es el aire del *fundador*, del organizador de multitudes y de quien pone dinamismo creador en toda su vida. Se la ve con un entrecejo nervioso, escribiendo y dando órdenes, repasando cuentas, facturas y cartas. Ella consuela o instruye a las monjitas, discute con frailes letrados, va y viene en viajes incómodos por villas y ciudades... Este aspecto de mujer dinámica, ejecutiva y autoritaria, tan hidalga castellana y tan del siglo XVI, no podemos olvidarlo al hablar de Santa Teresa. Después, la misma mujer extraordinaria, hundiéndose en los senos inefables y vertiginosos de la contemplación mística, llegará hasta el íntimo conocimiento de su Creador y nos revelará sus sensaciones en frases insuperadas.

Esa palabra que en oficio literario se llama

inspiración, y a la cual se aspira tanto por la nobleza que contiene, a pocos escritores se ha de atribuir con tanta justicia como a Santa Teresa. Toda su obra es el fruto de la inspiración; es verdad que, como en ningún otro caso, esta inspiración positivamente sobrehumana estaba asistida por una voluntad de fuste también sobrehumano. Teresa de Jesús insiste muchas veces en declarar su falta de estudios y de letras, y constantemente, cuando necesita exponer un punto delicado de teología, empieza por lamentarse de aquella falta. No es docta, ni erudita, ni muy letrada, en efecto; es una autodidacta que ha necesitado leer y conocer a saltos, de cualquier modo y a través de una vida agitada.

Sí; seguramente, nadie como Santa Teresa tiene opción a llamarse inspirada. Así lo reconocieron todos. Así se dijo de ella: "que muchas veces se la vió, mientras escribía estos libros, con el rostro resplandeciente, escribiendo con gran velocidad, lo cual es una gran señal de la presencia del Espíritu Santo, que la dictaba".

La sintaxis y el vocabulario son al mismo



tiempo femeninos y robustos; tiene su habla sabor a tierra castellana, ruda y finamente sabrosa como un pan de la tierra. Son las tuyas palabras que *saben*, como el buen vino y la harina sincera. Y en vano perseguiremos en ellas la melosidad, porque aquellos vocablos de mujer se densifican entre sus labios y pierden lo frívolo o sensual de lo femenino. Es un hablar denso y nutrido de mujer fuerte, ¡pero tan insinuante y tierno a la vez! Toda la excepcionalidad y todas las cualidades características del sexo están palpitantes en esas páginas ardorosas de la Santa, cuyo estilo jamás incurre en el aire hombruno, tan frecuente en las mujeres literatas, ni mucho menos cae nunca en la ñoñez. He aquí un positivo *milagro* de Santa Teresa de Jesús.

Recoge, pues, las palabras que circulan a su lado y compone con ellas sus libros, sus cartas y sus versos. Son las palabras de la clase media y no precisamente del pueblo; aunque en la época de la Santa, y sobre todo en las ciudades de la Castilla media o central, el habla no se había diferenciado aún ni existían, como ahora, dos clases idiomáticas co-

rrespondientes a las dos clases sociales de ricos y pobres. El curtidor y el pegujalero hablaban un idioma casi idéntico, o idéntico del todo, al de los hidalgos, regidores y propietarios de las villas.

Teresa de Jesús, criada en buena familia, y frecuentadora de los círculos ilustrados, dice *indina, naide, espiencia, dispusición, debujo*. Apenas nos asomemos modernamente a un lugar de Castilla, en seguida oiremos esas mismas palabras en boca de la gente vulgar, pronunciadas con igual pureza que la Santa solía. Se comprende así que el idioma, democrático de veras alguna vez, fué dividiéndose en castas; la literatura y el rigor gramatical nos obligan a las personas educadas al uso de la casta idiomática exquisita, mientras el pueblo obscuro sigue usando las formas, hoy cristalizadas, que fueron antes vivas y elásticas en boca de la universalidad.

Constantemente hace Santa Teresa la salvedad de su mala literatura, de carecer de letras y hasta de memoria. Nadie se atrevería a conjeturar por esto que la Santa padece

el vicio literario de la falsa modestia, encubridora casi siempre de una soberbia grande.

“Habré de aprovecharme de alguna comparación, que yo las quisiera escusar por ser mujer, y escribir simplemente lo que me mandan; mas este lenguaje de espíritu es tan malo de declarar a los que no saben letras, como yo, que habré de buscar algún modo, y podrá ser las menos veces acierte a que venga bien la comparación.”

Cuando habla así Teresa de Jesús está diciendo lo que de veras siente, lo que de veras le duele. Porque ella, que se ve tan activa y tan llena de la “angustia de crear”, verdaderamente halla que su pluma no le ayuda con bastante rapidez y eficacia. Fenómeno propio de las naturalezas muy ejecutivas, vigorosas y rebosantes.

Necesita, pues, recurrir a las comparaciones y a las imágenes para poder llegar a la explicación de los casos difíciles, inefables, a que se aventura. Pero si ella se lamenta, nosotros, como lectores, debemos alegrarnos, porque precisamente de esa “limitación literaria”, dicho en el peor sentido de la frase,

resulta aquello especial, carísimo e incomparable del lenguaje teresiano: un encanto fresco de cosa viva y sublime.

El encanto está en esas comparaciones, en esos rodeos y en esas imágenes simples con que la escritora trata, y bien lo consigue, de llegar al fondo de nuestra alma. No sólo consigue hacerse entender, a pesar de sus temores, sino que, sin pensarlo ella, logra aprisionarnos con su gracia y su ingenio. Lo pintoresco, delicioso y delicado brota continuamente de su pluma, tan espontánea y personal. De pronto, al hablar de la oración, dice que es una *centellica*, y esta sola palabra en diminutivo campestre, aplicada con absoluta certitud a un concepto tan elevado, nos deja el sabor de las cosas definitivamente encantadoras.

Otra vez exclama, con su mismo lenguaje encantador: "Espántame lo mucho que hace en este camino animarse a grandes cosas; aunque luego no tenga fuerzas, el alma da un vuelo, y llega a mucho, aunque como ave-cita que tiene pelo malo, cansa y queda..." Aquí el lenguaje cotidiano, uniéndose a una

imagen sencilla, llega a la difícil sublimidad literaria de expresar un concepto filosófico con la belleza del período breve, rotundo, pintoresco, sugestivo y, por añadidura, musical.

En cuanto a la expresión de los estados íntimos o psicológicos, nadie ha podido superar a Santa Teresa. La ternura, la pasión y un como abrirse de par en par el espíritu iluminado, con más la exposición de complicaciones internas: esto es único e insuperable en la Santa. La cual, hablando de sus relaciones místicas con Dios, introduce un elemento inusitado, la familiaridad; entendiéndose lo familiar en el más puro sentido, o sea con la distancia respetuosa entre el ser humilde y la persona inmensamente admirada y amada. El mismo *rubor* está expresado en estas confesiones íntimas, casto y alto rubor que no puede faltar en el ser que nunca sabe olvidar su feminismo. "Sólo una vez en mi vida me acuerdo pedirle gusto (al Señor), estando con mucha sequedad; y como advertí lo que hacía, *quedé tan confusa*, que la misma fatiga de verme tan poco humilde, me dió lo que me había atrevido a pedir..."

Ya hemos visto cómo Santa Teresa se declara indocta, y cómo confiesa sus dificultades literarias. Desde luego vemos que se equivoca, porque llega en literatura al más alto éxito. ¿Es entonces una persona que de alguna manera trata de despreciar lo que hoy llamamos la cultura? ¿Es un ser soberbio, orgulloso de su autodidactismo y pronto a burlarse de los doctos e intelectuales?

En cierta ocasión viene al convento de la Santa una joven, muy devota y con deseos de profesar. La recomiendan unas señoras beatas, entre las cuales se distingue por sus aptitudes de inteligencia y de ilustración. Santa Teresa la oye, cree que es una buena adquisición, queda satisfecha de su hermosura física y de su ánimo. De pronto, la Santa empieza a sospechar... ¡Probablemente aquella expedita joven no es más que una fastidiosa marisabidilla, una bachillera, lo que hoy decimos una *intelectual!* En efecto, la joven aspiranta dice que traerá al convento sus utensilios personales y, además, *una Biblia*. Entonces la Santa, con su sorna especial y empujando hacia afuera a la bachillera, exclama: “¿Cómo

Biblia? ¿Qué es eso de Biblia? ¡Si ellas son unas pobrecitas monjas ignorantes que se atienen a obedecer y rezar! ¡No, no quieren Biblias en el convento!”

Pues bien; la que así se burla de las *intelectuales* es la misma que después hace un caluroso acatamiento a la cultura. No era, no, una inteligencia soberbia, infatuada por su autodidactismo y rencorosa con la intelectualidad. Si se lamenta de no tener letras, su lamento es sincero. Nadie como ella tan respetuosa con los confesores y los religiosos ilustrados.

“De devociones a bobas nos libre Dios”, dice en el libro de su *Vida*. Más adelante insiste en ese criterio de la *devoción ilustrada*, y exclama: “Mi opinión ha sido siempre, y será, que cualquier cristiano procure tratar con quien las tenga buenas (letras), si se puede, y cuantas más mejor; y los que van por camino de oración tienen desto mayor necesidad, y mientras más espirituales, más.” Todavía no cree haber dicho todo su elogio de la cultura, y agrega: “Y no se engañen con decir que letrados sin oración no son

para quien la tiene; yo he tratado hartos, porque de unos años acá lo he más procurado con la mayor necesidad, y siempre fuí amigo dellos, que aunque algunos no tienen experiencia, no aborrecen el espíritu ni le ignoran; porque en la Sagrada Escritura que tratan, siempre hallan la verdad del buen espíritu.”

No puede mostrarse una persona más sumisa a la ilustración, más obediente a la cultura. Tanto cree Santa Teresa en la virtud del intelectualismo, que no duda en fiarse a los letrados sin oración, o sea de religiosidad fría. Es porque tiene honda fe en la ciencia, para ella más acepta y eficaz que las “devociones a bobas”.



## X

### Trazos expresivos de la personalidad

#### LA CARIDAD

“Paréceme tengo mucha más piedad de los pobres, que solía, teniendo yo una lástima grande y deseo de remediarlos, que, si mirase a mi voluntad, les daría lo que trayo vestido. Ningún asco tengo de ellos, aunque los trate, y llegue a las manos; y esto veo es ahora don de Dios, que aunque por amor de Él hacia limosna, piedad natural no la tenía. Bien conocida mijoría siento en esto.

... es ansí que entre mí me deshago, porque me parece todos los agravios de tan poco tomo los de esta vida, que no hay que sentir; porque me figuro andar en un sueño, y veo que en despertando será todo nada.”

*(Libro de las Relaciones, II.)*

En un capítulo anterior hemos visto cómo era de graciosa y alegre Santa Teresa; cómo su ánimo se hallaba reconfortado frente a las duras pruebas de la vida. Esto es imposible atribuirlo a la insensibilidad, porque se-

ría una suposición sencillamente monstruosa. Entonces nos hace falta recurrir a otras pruebas.

Pero una de las pruebas más conocidas, por lo mismo que está continuamente verificándose en casos numerosos, es la que nos dice que la persona religiosa consigue, aparte lo que pueda lograr en la vida eterna que presupone, la paz y hasta el placer en este mundo terreno. De manera que una persona religiosa, después de abominar del mundo y cuando todo lo subordina a la felicidad ultraterrena, lo que en efecto logra es la dicha mundanal. A través de los peores trabajos, su alma conserva siempre un don de esperanza, un equilibrio, una serenidad que le procuran la dicha moral. Es porque posee soluciones para todos los casos, especialmente para los principales casos de la vida.

Entre los más principales, tal vez el primero, señalemos el dolor que se deriva de la miseria, de la debilidad, de la pobreza, del abandono, del ludibrio. El ser religioso no duda frente a este caso; está resuelto pronto, y es además una de las primordiales expe-

riencias a que le somete su fe. Frente al dolor opone la *caridad*.

En otro tiempo ha tenido la caridad un valor todopoderoso; ella ha reinado sobre los hombres durante muchos siglos, formando casi en absoluto el fondo social del pueblo. Ahora su reinado ha desfallecido. Al nombre de la caridad reaccionan los hombres negativamente, y en vez de amor provoca la protesta. Es la palabra *derecho* la que acude a los labios con temblor de ira.

Combatir el dolor es la tarea dura y noble que se nos ha dado a los nacidos. Pero no vale combatirlo privada y egoístamente en nosotros, porque mientras exista en los demás, nos ha de herir por rebote y por reflejo; hay que combatirlo en todas partes. Este es el sentido de las leyes, de los sistemas y doctrinas, tanto religiosos como filosóficos, que se ensayan en aminorar el dolor social.

Hay momentos en que todas nuestras potencias espirituales y cordiales afluyen a un punto determinado de miseria y de infelicidad, y quisiéramos entonces poseer la virtud de un Dios, o siquiera de un potentado, para

remediar totalmente el infortunio ajeno que llora a nuestro lado. El gesto de inferioridad, de frío, hambre o desamparo, nos irrita como con espinas lacerantes el corazón, y el corazón, en efecto, lo sentimos temblar y humedecerse con una angustia que la convicción de nuestros recursos limitados hace todavía mayor.

Un espectáculo de dolor y de miseria nos acongoja hasta las entrañas del ser. Pero en seguida se agrava nuestro mal, porque al intervenir el pensamiento, éste nos pone enfrente de la limitación, de la imposibilidad. Nosotros hacemos pasar el fenómeno de la miseria humana por la criba de la razón y de la experiencia científica, y pronto tropezamos con el fracaso. Mientras tanto, el socialista cierra con llave la ciencia y se encomienda a la necesidad imperiosa: quiere el placer y no duda en conquistarlo. Por su parte, el místico no halla ningún estorbo y es el que más desembarazadamente actúa dentro del mundo del dolor, del mal y de la injusticia, puesto que su fe le adelanta la solución: amor, caridad.

El mendigo, el ciego, el abandonado, no son

los que nos apenan propiamente; al cabo, una idea de piedad fatalista nos dice que la muerte les dará el reposo con la misma amplitud que a los reyes y a los millonarios. Nuestra pena desesperada nace de considerar lo inútil del esfuerzo. ¡Nunca podrá ser remediada la miseria! ¡En vano se movilizarán todas las piedades, todas las leyes de los hombres!

Por ligeramente que hayamos rozado los principios experimentales de la ciencia, sabemos que hay en el universo una ley positiva, por cuya causa la vida de los seres y de las cosas gira alrededor de una máxima necesidad: la lucha. Este combate, que igual afecta a la célula invisible como al más poderoso imperio político, se funda en la necesidad de existir, y hasta hoy, efectivamente, no se ha inventado algún organismo vital cuya existencia no dependa de la muerte de otro ser: sin contar la pugna de las vanidades, de las voluntades, de las pasiones.

La miseria es el resultado de aquella ley universal que impone la lucha y la competencia a los seres animados. Las vidas se gastan por abuso; otras no llegan a su madurez efi-

caz por infinitos fracasos. Y esas vidas fracasadas, orgánicamente inferiores, son las que llenan de dolor el mundo, y son las que pensamos que nadie podrá nunca evitar.

Esas vidas insuficientes son las que proveen a la sociedad no sólo de mendigos y asilados, sino de incompletos operarios, de incompletos empleados, de ciudadanos inferiores. Son los seres rotos o semirrotos que no logran dar el salto hacia adelante. Con ellos se forman las muchedumbres asalariadas, los enormes grupos gregarios, el peso muerto de la sociedad. De su seno salen las orfandades indigentes, las familias incapaces, los vencidos, la carne de miseria y deshonor. Y es así como la sociedad civilizada asume positivamente el carácter de un gran asilo, en donde los aptos por naturaleza protegen, después de dominarlos y aprovecharlos, a los infinitos incapaces.

Pues bien; todo el esfuerzo de los reformadores se dirige, sobre todo desde hace siglo y medio, a procurar que desaparezca el privilegio de los aptos y se democratice el usufructo de la felicidad. Esta ansia de justicia, bella como aspiración, es antibiológica. Por unas

leyes que nacieron de una revolución se pretendía hacer a todos los hombres iguales, aptos todos los hombres... Está bien. Caen los privilegios, se expulsa a los nobles, pasa el dominio a los ciudadanos, e inmediatamente acude la biología. Todos los hombres no son igualmente aptos. Y en la lucha de competencia, los inaptos ceden el puesto a los fuertes, a los ambiciosos, a los ahorradores, a los egoístas y a los inteligentes. El conde queda substituído por el burgués.

En vista de esta decepción, el socialismo quiere refrendar el sistema. Puesto que se inmiscuyen los elementos malignos en forma de egoístas y acaparadores, conviene cerrar mejor las rendijas, para que ningún privilegio se insinúe. Es preciso expulsar al burgués. Hace falta "igualar" rigurosamente a todos los hombres... Ante esa hipótesis del porvenir, continúa lastimándonos la idea de que el nuevo sistema no habrá corregido las leyes naturales. Seguirán sucediéndose los inaptos, los fracasados, los insuficientes.

Observemos ahora cómo frente al problema del dolor social se forman tres bandos: uno

procura huir de la responsabilidad, y éste es el egoísta; otro que trata de vencer al dolor por la violencia o por la reflexión, y en él van el socialista y el filósofo; otro bando, en fin, está formado por los místicos y los ascetas, los cuales oponen al dolor la caridad. Toman unos hombres el partido de considerar la vida al modo, simplemente, de los animales de presa; en los últimos tiempos tuvo su apóstol esta clase de interpretación vital en la mente apasionada y alucinada de Federico Nietzsche. La vida en toda su plenitud; la vida grande a toda costa; un plan de vida superable, sin detenerse a mirar la miseria de las voluntades fallidas. Para ingresar en este bando no es indispensable poseer el alma acerada y genialmente egoísta de un César, un Borgia o un Napoleón. Caben en él los individuos de moralidad media. A veces no es el egoísmo consciente ni la manifiesta dureza lo que hace al hombre amar la vida potencial, trepadora y gozosamente egoísta; un temperamento fogoso, un organismo sano y exuberante impulsan a una conducta adquisitiva y dominadora. El mero comerciante



que llega a la fortuna, y es el que se llama un honrado ciudadano, ya está incluido en el bando de los sensuales o egoístas. Estos ponen frente a la vida todas sus potencias de fuerza, de alegría, de optimismo conquistador y, en realidad, se sienten como obligados y empujados a aprovecharse de la inferioridad de los otros.

¿Qué hará la filosofía frente al dolor? De lejos llega el estoicismo; llega todo preocupado por la idea del sufrimiento. Sus lucubraciones se dirigen casi en absoluto a poner la voluntad y la inteligencia humanas en actitud tensa de lucha contra el dolor. La idea fija del estoico es que la vida está embarazada por el sufrimiento; el placer no lo cuenta, porque entiende que es irreal y negativo; su objeto se limita a suprimir, a alejar el dolor. Pero todo lo más que consigue es alejar el sufrimiento de su persona. Para llegar a este resultado ha tenido que exaltar su voluntad egoísta, haciendo de su ser un mundo aparte, autónomo, en mitad de las tempestades del mundo. Situado en su torre de marfil, cuando haya podido suprimir el dolor en

su persona, ¿habrá logrado también extirpar la sensibilidad? ¿Será tan perfecto su egoísmo que le inmune contra el dolor del dolor ajeno?

El epicúreo se enfrenta también con el dolor y le arma batalla. Piensa como el estoico que el sufrimiento es la máxima realidad de la vida; pero sin resignarse a la actitud pasiva o defensiva del estoico (“sufre y abstente”), el epicúreo no renuncia al placer y lo busca, siempre que no sea a costa del dolor.

“El secreto de los placeres —dice el propio Epicuro— está en la supresión de todo lo que cause sufrimiento.” Pero este plan de guerra contra el dolor es tan individual, tan egoísta y, sobre todo, tan frío, que sus éxitos sólo podemos contarlos entre algunos espíritus excepcionales. Su eficacia social es nula; no proporciona el bien más que en aquellos casos raros de inteligencia que por su excepcionalidad ya no necesitan conductores. Ahora bien; cuando una doctrina antidolorosa no tiene virtud curativa universalista o social, carece desde luego de eficacia. Porque si el “secreto de los placeres está en la supresión

de todo lo que cause sufrimiento”, claro es que nuestro dolor individual no será curado mientras exista el espectáculo del dolor en los otros. Sólo una naturaleza monstruosa puede sentirse feliz entre los sufrimientos ajenos.

En fin, el místico mira el dolor en la vida y no pretende huir; se sumerge dentro del propio dolor. Tanto se sumerge, que considerado desde fuera sugiere la idea de la voluptuosidad; diríase que se goza en el dolor, y no pocas veces la piedad mística ha solido producir hasta repugnancia.

La vida es un fracaso. Ve en el mundo nada más que una ilusión, donde si existe la realidad, ésta se manifiesta por el sufrimiento, la enfermedad, la miseria, la injusticia y la muerte. La vida es para él una cosa acerba que sólo puede mejorarse con el amor, con la caridad.

Sabe que su dolor personal es un reflejo del de los otros hombres, y por esto se apresura a combatir al enemigo con decisión valerosa. Lo busca fuera de sí, dondequiera que esté. Y por esta simple operación de táctica, que

los métodos militares establecen como un principio racional de guerra, el espíritu piadoso, encendiéndose de amor por los desgraciados y yendo en busca del dolor para curarlo o consolarlo, logra el éxito que nadie pudo conseguir antes: mata el dolor en su persona. Sin proponérselo, hasta a pesar suyo, ha arrojado el dolor de sí mismo, y purificando su vida, la llena de una inmarcesible dulzura.

Miremos la caridad en la pureza sublime; considerémosla en sus efectos prácticos; pesémosla, contrastémosla entre el fárrago de teorías que van y vienen, y preguntémonos al fin: ¿Tal vez no habrá sido la caridad la tentativa más aproximada que ha realizado el hombre para remediar, ya que suprimir no es posible, ese verdadero pecado original de las criaturas, el Dolor?

Hay en la Naturaleza fallas que no pueden corregirse por la justicia; se ha necesitado inventar un procedimiento aproximativo, que substituya la incapacidad de la justicia: he ahí el Amor.

## EL MISTERIO DEL AMOR

En el capítulo V del *Libro de su vida* hay un pasaje de sumo interés, del que hemos hablado ya anteriormente y al que conviene que volvamos de nuevo. En él nos refiere la Santa un episodio de su juventud, cuando su espíritu todavía rebelde resistíase a abandonarse a la ráfaga mística. Es un episodio hasta interesante por su escabrosidad, pues nos revela cómo la propia lujuria, en su más baja significación, llegó a rodear a la Santa con su torpeza, y en la persona de un sacerdote, para mayor escándalo. Dice así el pasaje:

“Venido el tiempo, que estaba aguardando en el lugar que digo, que estaba con mi hermana para curarme, lleváronme, con harto cuidado de mi regalo, mi padre y hermana y aquella monja mi amiga, que había salido conmigo, que era muy mucho lo que me quería. Aquí comenzó el demonio a descomponer mi alma, aunque Dios sacó dello harto bien. Estaba una persona de la Iglesia, que residía en aquel

lugar adonde me fuí a curar, de harto buena calidad y entendimiento: tenía letras, aunque no muchas... Pues comenzándome a confesar con éste que digo, él se aficionó en extremo a mí, porque entonces tenía poco que confesar, para lo que después tuve, ni lo había tenido después de monja. No fué la afición de éste mala, mas de demasiada afición venía a no ser buena. Tenía entendido de mí que no me determinaría a hacer cosa contra Dios, que fuese grave, por ninguna cosa, y él también me aseguraba lo mismo, y ansí era mucha la conversación. Mas mis tratos entonces, con el embebecimiento de Dios que traía, lo que más gusto me daba era tratar cosas de Él; y como era tan niña, hacía confusión ver esto, y con la gran voluntad que me tenía, comenzó a declararme su perdición; y no era poca, porque había casi siete años que estaba en muy peligroso estado, con afición y trato con una mujer del mismo lugar, y con esto decía misa. Era cosa tan pública, que tenía perdida la honra y la fama, y nadie le osaba hablar contra esto. A mí hízoseme gran lástima, porque le quería mucho, que eso tenía yo de gran

liviandad y ceguedad, que me parecía virtud ser agradecida, y tener ley a quien me quería. Maldita sea tal ley que se extiende hasta ser contra la de Dios. Es un desatino que se usa en el mundo, que me desatina; que debemos todo el bien que nos hacen a Dios, y tenemos por virtud, aunque sea ir contra Él, no quebrantar esta amistad. ¡Oh ceguedad de mundo! Fuerais vos servido, Señor, que yo fuera ingratisima contra todo él, y contra vos no lo fuera un punto; mas ha sido todo al revés por mis pecados. Procuré saber e informarme más de personas de su casa; supe más la perdición, y vi que el pobre no tenía tanta culpa; porque la desventurada de la mujer le tenía puesto hechizos en un idolillo de cobre, que le había rogado le trajese por amor della al cuello, y éste nadie había sido poderoso de podersele quitar. Yo no creo es verdad esto de hechizos determinadamente, mas diré esto que yo vi, para aviso de que se guarden los hombres de mujeres que este trato quieren tener; y crean que pues pierden la vergüenza a Dios (que ellas más que los hombres son obligadas a tener honestidad) que ninguna

cosa dellas pueden confiar; y que, a trueco de llevar adelante su voluntad y aquella afición que el demonio les pone, no miran nada. Aunque yo he sido tan ruin, en ninguna desta suerte yo no caí, ni jamás pretendí hacer mal, ni, aunque pudiera, quisiera forzar la voluntad para que me la tuvieran, porque me guardó el Señor desto; mas si me dejara, hiciera el mal que hacía en lo demás, que de mí ninguna cosa hay que fiar. Pues como supe esto, comencé a mostrarle más amor; mi intención buena era, la obra mala; pues por hacer bien, por grande que sea, no había de hacer un pequeño mal. Tratábale muy ordinario de Dios: esto debía aprovecharle, aunque más creo le hizo al caso quererme mucho: porque, por hacerme placer, me vino a dar el idoli- llo, el cual hice echar luego en un río. Quitado esto comenzó, como quien despierta de un gran sueño, a irse acordando de todo lo que había hecho aquellos años, y espantándose de sí, doliéndose de su perdición, vino a comenzar a aborrecerla. Nuestra Señora le debía ayudar mucho, que era muy devoto de su Concepción, y en aquel día hacía gran fiesta.



En fin, dejó del todo de verla, y no se hartaba de dar gracias a Dios, por haberle dado luz”.

Frente a este pasaje, otra vez nos asalta la idea, expresada ya anteriormente, de que en las revelaciones de los santos la verdad queda subordinada al grande, al único propósito de la ejemplaridad. El santo no ama la verdad en el mismo grado que ama la salvación de las pobres almas pecadoras. Antes que nada persigue y practica la predicación, por medio de ejemplos, que son los que más vivamente llegan a los espíritus. A veces, para que el ejemplo tenga mayor energía y virtud impresionante, el santo catequizador hace el sacrificio de su persona y se ofrece gustoso como protagonista de un horrible lance de pecado.

¿Qué hay de cierto en este episodio? ¿Cuánto debemos suprimir de él, y cuánto respetar como verídico? Se observa un poco excesivamente el amaño, y vemos al predicador perseguir la ejemplaridad por medio del terror que se desprende de las tintas muy recargadas. Desde luego los hechizos y el idollito y demás brujerías hay que cargarlas a la

cuenta de la ñoñez, y olvidarlas pronto por vergüenza.

Pero después que expurguemos discretamente el episodio, siempre quedará una parte substancial, un hecho cierto. Y sin duda es verdad que había en aquel pueblo adonde fué llevada por su padre la novicia Teresa, muy frágil entonces de salud, un sacerdote lujurioso, concupiscente, bastante buen letrado y tal vez incrédulo. Como también es verdad que la novicia Teresa era por aquel tiempo una muchacha bien parecida, pero más que nada viva de imaginación, nerviosa, interesante, inteligente y con la rara cualidad de producir expectación en las personas que la rodeaban.

Para el sacerdote concupiscente y letrado, verdadero fruto del Renacimiento, la aparición de Teresa en el rústico lugar fué una fortuna. Pronto sus pláticas de confesonario se hicieron conversaciones intelectuales, en las que departían lo mismo de Dios como de los mil pormenores de la inteligencia universal.

Vemos allí al sensual sacerdote rodear, es-

trechar con sutiles y capciosas redes a la vehementemente novicia, y vemos a ésta, fogosa y entusiasta, vibrante de pasión, bella entonces por el resplandor del genio, abandonarse a aquellas conversaciones literarias, acaso más de una vez en la soledad de una estancia, o bajo los árboles del huerto, junto a las rosas de junio, en la dulzura crepuscular...

Y vemos, ¿por qué no?, cómo el sacerdote pervertido va transformándose poco a poco por la virtud de aquel mismo amor que siente por Teresa. No son los ídolos rotos los que salvan a ese gran pecador; es el encanto puro, noble, espiritual de aquella singular novicia el que acaba por transformar el amor del sacerdote, al principio grosero y torpísimo, al final depurado como una limpia simpatía.

La Santa dice que hubo un milagro de conversión. El sacerdote obsceno, que vivía maritalmente con una pervertida mujer y que llegó acaso a insinuar torpes peticiones a la propia Santa, dice ésta que se arrepintió completamente por la gloriosa intercesión de la Virgen María. Pero el milagro, y hubo mi-

lagro de veras, no fué debido a la Virgen, sino a Teresa de Jesús. La cual obró inconscientemente y no puso más que la santa castidad, alegre y franca, de su juvenil feminismo. Avergonzado primero, agradecido al perdón de la novicia después, aquel pecador fué curándose del mal de su liviandad con el antídoto más seguro: la pureza piadosa.

Era, no hay duda, Santa Teresa una mujer de fuerte vitalidad, no obstante su constitución enfermiza. Tenía la exuberancia vital de las personas vehementes y apasionadas. Sensible a las emociones, fácil al rubor, asomándose a los ojos su alma genial, Teresa de Jesús poseía seguramente una gran seducción. Sus biógrafos contemporáneos confirman, en efecto, la existencia de un fuerte atractivo teresiano. Pero además de esa seducción confesable, ¿no sospecharemos que hubiese en ella incluso la otra seducción propiamente femenina, la propia del sexo?... Ese sacerdote pecador, torpemente enamorado de la joven novicia, es el que nos invita a la sospecha. Todavía pudiérase adelantar la sospecha de que Teresa de Jesús era una natu-

raleza amorosa. Pero ¿es que en la mayor parte de los místicos no se oculta un enamorado?...

Diríamos que la facultad de amor que hay en el místico, y que es con frecuencia excepcional, se desvía del sexo por una suerte de fenómenos inexplicables y va, como un torrente encendido, hacia Jesús o los Santos. Y estando, naturalmente, limpio este amor de todo sexualismo, sin embargo, parece como que absorbiera las esencias eróticas del ser apasionado, y sobre apasionado muy sensible y desbordante de ternura.

Tal vez Santa Teresa excede a los demás místicos en cuanto a ser una naturaleza amorosa. Pone en Jesús la enorme facultad de amor que hay en su temperamento, y le ama, verdaderamente, en una forma que casi puede llamarse voluptuosidad. Así es como su lenguaje llega a términos de una inspiración sublime cuando se deja llevar de su arrebatado amoroso. La índole de ese amor será siempre para nosotros un misterio; se hace inaccesible a nuestra comprensión. El alma se abandona a Dios, y se siente la celestial voluptuosidad

de ser poseída y absorbida por el divino sujeto de su amor.

*Ya toda me entregué y di,  
y de tal suerte he trocado,  
que mi amado es para mí  
y yo soy para mi Amado.*

Cuando el dulce cazador  
me tiró y dejó rendida,  
en los brazos del amor  
mi alma quedó caída,  
y cobrando nueva vida  
de tal manera he trocado,  
*que mi amado es para mí  
y yo soy para mi Amado.*

Tiróme con una flecha  
enerbolada de amor,  
y mi alma quedó hecha  
una con su criador;  
ya yo no quiero otro amor,  
pues a mi Dios me he entregado,  
*que mi amado es para mí  
y yo soy para mi Amado...*

¿A quién evocan estos versos? Recitándolos, ¿no es la figura dulce y macerada de San Juan de la Cruz la que aparece en nuestra imaginación? Es imposible separar estos dos nombres, contemporáneos en la mayor acepción de la palabra, distintos nada más que

por el sexo y que se encuentran y se identifican, efectivamente, en virtud de una dichosa fatalidad. Pocas veces se habrá mostrado tan clara y tan eficaz la lógica del destino como en esa conjunción de Santa Teresa y San Juan de la Cruz. Inmediatamente los enlaza una identidad de propósitos y de procedimientos. Pero esto no hubiera bastado para unir dos existencias con plenitud. Entonces llega con sus lazos más fuertes la amistad. ¿La amistad? Es una palabra que no dice bastante, y aunque esté llena de peligros, el deber de exactitud nos obligará a emplear la palabra **amor**.

Para nosotros, que vivimos una existencia completamente seglar y que hemos concluído por recluir la religión en el recinto separado del templo, el amor sólo tiene un sonido; sonido completamente seglar. Pero no ha sucedido siempre así en otros tiempos. Hubo una época en Europa en la que la existencia seglar ocupaba una mínima parte; en que la separación de las dos existencias, la seglar y la religiosa, no se verificaba nunca del todo; en que el templo, finalmente, no ter-

minaba en los muros del claustro, sino que se extendía a la sociedad entera. Era lógico entonces que las palabras no adquiriesen el sentido confinado y particular que tienen ahora, sino que servían a la vez para los usos de la religión y de la vida corriente. La palabra amor, por ejemplo, quedó incluida en el diccionario religioso con una extensión que hoy llega a veces a desconcertarnos.

No necesitaba recurrir a habilidades la Religión para ejercitar ese derecho. Si hay algo que caracteriza y diferencia al cristianismo, pero de manera profunda, es precisamente el haber hecho intervenir el amor en las relaciones entre el hombre y la divinidad. Antes de Jesús, el hombre se dirigía hacia Dios impulsado por la admiración y el miedo; después Jesús intervino la simpatía como lazo de unión. Cristo no pide que le teman, sino que le amen. Se corporiza en carne doliente, y muere llagado en la cruz, nada más que por amor a los hombres. Y antes de morir exige a los hombres que se amen los unos a los otros, como hermanos. Inmediatamente el cristianismo, a través de los mártires, los as-



cetas y los místicos, se convierte en una infinita llama de amor.

Lo extraño, pues, no está en que el erotismo tome una forma tan vehemente y principal en el lenguaje de los místicos; lo extraño es que nosotros nos asombremos. Pero este asombro queda explicado cuando consideramos la separación de la vida seglar anteriormente anotada. El mundo seglar, al separarse definitivamente del templo, reclamó el amor para su uso privado, y al adjudicárselo, le invistió en seguida de los atributos y del sentido igualmente seglares. El amor, por tanto, es lo que une a los sexos para la caricia y la reproducción. Así se explica que leyendo a Santa Teresa o a San Juan de la Cruz, ante aquellas páginas encendidas de amor, el hombre de vida completamente seglar quede sorprendido y sienta, incluso, que en el fondo del alma se insinúe la sospecha.

Hay espíritus religiosos que sin dejar de unirse a la divinidad por intermedio del amor, dirigen hacia otro lado su abundancia de fe. Pero San Juan de la Cruz no sabía emplear

en otra cosa su actividad. Todo él estaba lleno de amor, todo él era amor. Su literatura se reduce a un canto con una sola nota: amor. Por lo mismo, porque su alma, como una lira de una única cuerda, no consentía emitir sino la nota del amor, de todos los libros de la Sagrada Escritura, escogió aquel que directamente respondía a los anhelos esenciales de su ser. Se detuvo en el "Cantar de los Cantares" como el que siente que le habrán de faltar las fuerzas para seguir. Imposible alejarse de esa arrebatadora seducción. El delicado, en cuerpo y alma, fraile de la tierra de Castilla descubre que el "Cantar" ha sido escrito exclusivamente para él, y es en vano que pretenda substraerse al encanto, la magia, la delicia espiritual del poema de amor acaso más inspirado que han escrito los hombres. La prisión, el entredicho inquisitorial, todo será poco para apartarle de la fascinación. Volverá siempre al "Cantar de los Cantares" y a las quejas y a los arrebatos de la Sulamita como el que está fascinado inexorablemente.

En una noche oscura,  
con ansias en amores inflamada,  
¡oh dichosa ventura!,  
salí sin ser notada,  
estando ya mi casa sosegada...

¡Oh noche que guiaste,  
oh noche amable más que el alborada;  
oh noche que juntaste  
Amado con Amada,  
Amada en el Amado transformada!

En mi pecho florido,  
que entero para él solo se guardaba,  
allí quedó dormido,  
y yo le regalaba,  
y el ventalle de cedros aire daba.

El aire de el almena,  
cuando yo sus cabellos esparcía,  
con su mano serena  
en mi cuello hería,  
y todos mis sentidos suspendía.

Quedéme, y olvidéme;  
el rostro recliné sobre el Amado;  
cesó todo, y dejéme,  
dejando mi cuidado  
entre las azucenas olvidado.

No es otra cosa más San Juan de la Cruz.  
Todo lo que escriba obedecerá a ese mismo  
ritmo que trae el aroma de los collados de

Judea. Traducción y glosa constante del "Cantar de los Cantares", pero con una amorosidad, una delicadeza, un íntimo entusiasmo que harán de él una persona literaria, henchida de belleza de la más acendrada y honda. Y cuando se disponga a escribir libros de mayor enjundia y pretensión, el "Cantar" se hallará delante, o, mejor dicho, dentro de él: "Subida al Monte Carmelo"; "Noche oscura del alma"; "Cántico espiritual"; "Llama de amor viva"... Con distintos nombres y en prosa dilatada, los libros seguirán siendo glosas y transcripciones de aquel poema de amor que como encendida rosa brotó bajo el cielo de Oriente.

¿Qué misterio se esconde en lo más interior del alma mística? Nuestro lenguaje actual, este lenguaje que ha pasado por todas las pruebas científicas y psicológicas, no hallará mejor modo de salir del apuro que diciendo, al uso de los gabinetes de psicoanálisis: el místico no es otra cosa que un fracasado del amor.

Pero ¿de qué especie de amor? A nosotros nos han acostumbrado a creer que sólo existe

un amor; ese amor cotidiano que hace las tragedias, las dulzuras y los episodios más importantes de nuestra vida. Sin embargo, no hay duda que ha existido y existe todavía otro. Aun en el caso de que fuese verdad que el alma de un San Juan de la Cruz se hallaba fuertemente conformada para sentir y gozar el amor según nosotros lo comprendemos, y que esa alma fué violentada y sufrió el fracaso de la desviación erótica, confesemos que ese otro amor, el amor del alma que busca a su Amado en la región inmarcesible, tiene una realidad tan evidente como las realidades que tocamos con nuestras manos materiales. Lo difícil es penetrar en lo profundo de esas almas. Ahí se quiebran todas las llaves del conocimiento experimental. Sólo pueden penetrar ahí las almas afines que han recibido por gracia misteriosa el don de la mirada inefable.



## XI

### En el umbral de la santidad

#### LA INDISPENSABLE COMPOSTURA

A ninguna inteligencia será nunca permitido enfrentarse con la personalidad de la Santa sin un previo compromiso de pudor y de respeto. Nuestras mentes modernas pueden reservarse sus pensamientos frente a los grandes problemas religiosos; creer o no creer, en este caso, es asunto que pertenece al secreto de nuestra intimidad. Lo verdaderamente desatentado sería acercarse al alma de Santa Teresa con aire frívolo. Hay espíritus excepcionales que nos imponen una inmediata compostura y nos obligan a descubrirnos y a bajar la voz.

Sin duda se ha operado en los últimos tiempos un cambio de conducta delante de los nom-

bres, los actos y los enigmas sobrenaturales. Ya no se desea tanto destruir los símbolos ni deshonrar los prestigios grandes como conocer la verdad; entendiéndose por verdad aquella suma variada de conocimientos que abarca desde el dato material y preciso de los fenómenos reales hasta aquellos otros fenómenos aparentemente vagos que corresponden al mundo de la intuición y de lo indiscernible trascendente.

El sistema burlón y mordiente que se hizo magistral con los enciclopedistas y culminó en el ágil ingenio de Voltaire, fué agotándose por culpa de su misma limitación o sequedad. Era un ejercicio temerario y seguramente suicida, por el cual las inteligencias más elevadas apresurábanse a reducir su propia fortuna ideal, rapando cualquiera especie de floración íntima y sometándose, por tanto, a una intencionada inopia. Y después, cuando se venía a los resultados, sucedía al fin que la verdad no pudo ser hallada sino a medias. Asir lo externo o el vestido de la verdad es lo mismo que carecer de todo.

Más tarde intervino la ciencia pura, y



llevada de su juvenil arrogancia, pretendió explicar los fenómenos inefables sólo con sus recursos de experimentación y sin auxilio de cualquiera otra experiencia intrusa. Era el momento brillante del naturalismo. Los gabinetes de las clínicas parecían ser la cumbre de todo conocimiento y, en efecto, asistíamos al trance conmovedor en que un hombre con gafas y blusa desinfectada ponía sobre la mesa de mármol todo cuanto el hombre consideró hasta entonces sagrado: ideas, sentimientos, amores, entusiasmos, fugas ideales, la cabeza y el corazón; todo fué sometido a un examen de clínica. Entonces surgieron los seudosabios, los audaces y exitistas, que aprovechándose de la ocasión fabricaron una literatura sobre la base del cientifismo experimental. Aquella literatura, salpicada de términos científicos y oliendo a clínica, puso en boga las indagaciones neuropáticas. En fin, la frase definitiva fué pronunciada: "El genio es una enfermedad." Y enardecidos por el éxito, proclamaron que en un orden natural debemos poner al Dante junto al asesino, porque ambos participan de un mismo desarre-

glo nervioso. Entre los culpables de histerismo estaba Santa Teresa.

Es verdad que la Santa se adelantaba a ofrecer suficientes motivos de culpabilidad en aquel proceso estúpido. La dulce mano femenina que trazó las célebres confesiones en un estilo tan ingenuo como sublime, ¿estimó nunca que fuera prudente reservarse? Al cabo de tres siglos, unos hombres con gafas y blusa desinfectada pondrían sobre la mesa de operaciones los párrafos ingenuos de la *Vida de Santa Teresa*, y los nervios de la Santa, como sus transportes celestiales, como sus éxtasis y sus ensueños serían analizados menudamente, hasta concluir en la fórmula fatal: histerismo religioso.

La misma Santa les ofrecerá suficientes pruebas. Oigámosla (cap. VI de su *Vida*):

“Quedé en cuatro días de parajismo de manera que sólo el Señor puede saber los inportables tormentos que sentía en mí. La lengua hecha pedazos; la garganta, de no haber pasado nada y de la gran flaqueza, que me ahogaba, que aun el agua no podía pasar.

Todo me parecía estar descoyuntada, con grandísimo desatino en la cabeza...”

He ahí, en ese *parajismo* que describe la Santa, un caso patológico bien utilizable para los famosos psiquiatras literarios. Teresa de Jesús ofrecerá infinitos datos de igual gravedad. Véase este otro (cap. X de su *Vida*):

“Tenía yo algunas veces, como he dicho (aunque con mucha brevedad pasaba), comienzo de lo que ahora diré. Acaecíame en esta representación que hacía, de ponerme cabe Cristo, como he dicho, y aun algunas veces leyendo, venir a deshora un sentimiento de la presencia de Dios, que en ninguna manera podía dudar que estaba dentro de mí, o yo toda engolfada en Él...”

Ahora bien; si en estos pasajes nos concretamos a una observación superficial, y será siempre superficialísima toda observación que se ciña a lo inmediatamente material; si en estas confesiones de un alma sutilizada por todas las experiencias de lo inefable, apelamos al histerismo, ¿habremos descubierto alguna vía seria y que merezca considerarse? Porque el histerismo en el concepto de deca-

dencia, y menos en el sentido de ludibrio, y menos aún en la acepción de inferioridad, no quiere decir nada. Porque sabemos de seguro que si al mundo le hubiese faltado por azar eso que groseramente y en bloque se llama histerismo, ni el arte, ni la invención, ni lo heroico, ni nada extraordinario y sublime existirían.

El histerismo por sí solo no expresa, no define nada. Únicamente necesitamos saber, en cada momento, qué proyecciones o fines representa esa *irregularidad*; si tiende a lo alto y eficaz, o a lo ridículo y nulo. La niña coqueta que fastidia a sus parientes y amigos es histérica y merece que la omitamos de nuestro interés; también es histérico y epiléptico el monstruo que perpetra crímenes de estupro y asesinato. Pero en seguida nos hallamos frente al genio creador, el héroe, el santo, y entonces comprendemos que es inútil cuanto se ha divagado en los últimos lustros acerca del histerismo en arte y en religión.

Lo indudable es que nadie se ha remontado tan lejos ni ha penetrado tan dentro del infi-

nito como los místicos, hasta conseguir desdoblarse el alma y hacer de ella dos: una que queda asida a lo cotidiano, y la otra que asciende como un hilo de incienso hacia las esferas imponderables.

¿Qué otra cosa es esa fuga del alma, temblorosa flecha dirigida al infinito? ¿Qué misterio de visión y de claridad es éste? ¿Qué pensar de las desconcertantes palabras de Santa Teresa cuando, con aire sencillez, nos revela “que en ninguna manera podía dudar que (Dios) estaba *dentro de mí*, o yo *toda engolfada en Él*?”

#### LAS VERDADES ELECTIVAS

*(La verdad es una propiedad nuestra. Una verdad es nuestra, o no existe)*

Para que un hombre moderno, regularmente democrático y progresista, pueda comprender y justificar el acto esencial del místico, o sea la renunciación, sin duda es indispensable un esfuerzo nada común. La vida pre-

sente, con sus enérgicas invitaciones al libre y máximo ejercicio de todas nuestras posibilidades personales, convierte la renunciación del místico en algo que linda con lo monstruoso; en cuanto a nuestras ideas, ellas han atravesado por demasiadas zonas de crítica experimental para que se resignen a someterse a un criterio de limitación inexorable.

Sin embargo, decidámonos a adelantar una sospecha. Esta conjetura consistiría nada menos que en suponer que el hombre llamado moderno, y cuanto más moderno mejor, se hallará tal vez en adelante especialmente acondicionado para comprender ciertos hechos, como el religioso, que la razón experimental había casi relegado al terreno de las ingenuas o de las tenebrosas imposturas. Una inteligencia, digamos mejor una sensibilidad, que haya cursado la curva trascendente de las teorías y se halla, en fin, "de vuelta", está en disposición de osar las más graves comparaciones y, por tanto, las más inesperadas rectificaciones.

Es frecuente que el hombre llegue a perder el sentido y la emoción de lo sublime, por la

misma frecuentación de lo sublime, por estar demasiado dentro del foco subliminal. También es frecuente que un espíritu crítico, después de pasar por la zona tórrida de la negación apasionada y por el período de frialdad perfecta, llegue, cuando como si dijéramos está volviendo de su viaje, a un momento en que el Cristianismo lo "revea", lo "resienta", no como mero creyente cotidiano, sino como el fenómeno que se había sobrepasado y olvidado, y que ahora se descubre envuelto en una extraña irradiación.

Entonces, revisto así el fenómeno religioso, causa a la mente tanta sorpresa como inquietud. Desde luego nos avergonzamos de aquella petulancia a lo enciclopedista con que lo habíamos condenado como inepto, como sandio. Y los pasajes que considerábamos en la adolescencia con un poco distraída fe de creyentes habituales, ahora los vemos vestidos de una belleza y una intención que nunca alcanzamos a ver.

En fin, el hecho cristiano adquiere entonces una importancia, una hondura, y sobre todo una emoción de tal calidad que la mente que

ha cursado la curva entera queda como estupefacta. Una nueva duda (la propia duda que vuelve, *desandando su camino*) comienza, pues, su obra. ¿Eso no era la verdad?... Bien; pero por lo pronto es algo que ha nacido de la verdad, de la gran verdad inmanente y misteriosa que dirige al mundo. Y ha visto en algún modo la verdad, puesto que expresa las ansias y los atisbos más esenciales del espíritu elevado. Sólo por el contacto del vulgo ha debido alejarse el Cristianismo de la verdad. Y esa es la gran falla del Cristianismo, el cual, contra la tradición de todas las religiones orientales, hubo de arrostrar la revolución democrática y se privó de la reserva esotérica. Abierto democráticamente a todos los hombres, cultos o groseros, el Cristianismo lucha desde el primer día con la contrariedad de tener que vestir los misterios inefables con palabras y símbolos que comprenda el vulgo. Las verdades inefables no pueden ser nunca democráticas. Obligado a interesar al vulgo, el Cristianismo ha perdido a veces contacto con la Ciencia y con las regiones altas del pensamiento.



Ahora bien; fatigado el hombre por el despotismo de una ordenación puramente intelectual, puede ocurrir que la verdad no le interese por ella sola, y que rechace las verdades que vienen a nosotros como simples abstracciones, como productos escuetos de las oficinas cerebrales, y no como verdades que poseen una vida que está en relación inmediata con nuestro individuo, nuestro interés y nuestros anhelos personales.

A mí me *conmueve* la verdad; cualquiera verdad que no consigue conmoverme es ajena a mi persona. Con esto queda dicho ya que las verdades no son nunca abstractas o neutrales; las verdades son nuestras, o no existen. Hay verdades, en efecto, que se acoplan a nuestra persona y se funden en ella: son las verdades nuestras; las otras son mostrencas, extranjeras, hospicianas. La verdad que se dirige a mí y que penetra en mí como un rayo ardiente, ésa me preocupa y a ésa le ofrezco mi amor.

El tono de cada verdad, por tanto, es lo importante. El tono elevado, noble, de una verdad susceptible de llegar al fondo transido

del ser: ese tono marca la eficacia de una verdad y nos indica que la verdad está hecha para nosotros.

Las verdades, puesto que son prácticamente subjetivas y personales, se diferencian por el tono y por la expresión. Una verdad fea, plebeya y deprimente se hallará siempre en mi intelecto con carácter precario; otra verdad noble y alentadora, aunque racionalmente sea acaso menos verdad, encuentra propicio todo mi ser y en él se alberga. La verdad de Asís me conforta más que la de Calvino, y las verdades de Zola y Lombroso las miramos con reserva o deseamos que se alejen de nuestro mundo ideal. Por eso una verdad de parábola, como el sermón de la Montaña, vive dos mil años con vida enormemente activa, mientras otras verdades, científicas y contrastadas, viven lánguidamente. El propio Catolicismo ¿se sostiene sólo por la verdad o más seguramente y por añadidura por su sentimiento, su dignidad y elevación?

Estas reflexiones nos servirán de valiosa ayuda cuando nos propongamos sinceramente la explicación del fenómeno religioso. Com-

prenderemos entonces que una persona cuya voluntad de creer sea bastante firme, puede llegar a un esfuerzo, a una instintiva y voluntaria excogitación de la verdad que esté más a tono con su naturaleza, y que habiéndola preferido una vez, gradualmente la absorbe, la afina y la hace penetrar cada vez más hondo en el mundo de su propia lógica. Insistamos todavía un poco en este tema.

Un racionalismo imperioso nos ha obligado a creer que toda idea que nuestra razón *comprende* ya es, desde luego, apta para ingresar en la realidad. Se descuida el decirnos que una verdad puede ser comprendida por nosotros, sin que esto implique la obligación por nuestra parte de absorberla y vivirla.

Sin duda hay una razón abstracta y otra real; una ideal y otra material; una teórica y otra positiva, instintiva. Vemos al joven razonar ante la idea de la muerte de modo que reconoce la necesidad ineludible de morir, pero sintiendo a la vez instintivamente que la muerte se aplazará para él hasta el infinito, o que la ley no se cumplirá nunca en su caso. De todas maneras, el morir es algo

que para él carece de sentido. Considera la idea de la muerte como los problemas algebraicos que resuelve sobre el encerado en su cátedra de la Universidad. No le interesan.

Así también el jugador con éxito, cuando llega la ráfaga afortunada, comprende y reconoce la razón de perder, o sea la lógica de la igualdad, en el infinito, de las posibilidades adversas o afortunadas; pero en el fondo siente que el perder es irrazonable, y que él, por lo menos él entre los demás jugadores, ganará siempre.

De pronto nos asalta, como un tigre saliendo de la espesura, una pérdida dolorosa o un fracaso trágico en nuestros proyectos materiales o morales. La muerte de un ser querido, por ejemplo, nos pone bruscamente delante de la verdad real, material, positiva, instintiva. Esta clase de razón se hace entonces *nuestra*, y sentimos que está hecha para nosotros. Es una razón que brota de nosotros mismos, hecha carne nuestra. He aquí, en suma, la razón *vivida*, al contrario de la otra, que es ajena y exterior como un brillante problema algebraico.

En cuanto al hecho de la "renunciación", por la cual cede el místico las posibilidades placenteras que le ofrece la vida, ya no será tan difícil explicarlo, siempre que conozcamos prácticamente la transcendencia de estos dos motivos eternos: el terror y el dolor.

Cuando se quiebran a la vez varios de los soportes de nuestra felicidad, nos damos cuenta, o nos parece así, que nuestra vida está pendiente de hilos frágiles, en equilibrio sobre la catástrofe y azotada por el soplo del azar. Nuestra vida y todo cuanto de estimable poseemos de ella, no la consideramos entonces como una cosa ancha, lógica, alzándose sobre una base real; la vemos, digámoslo otra vez, como en un zozobrante equilibrio. Amistades, fortuna, salud, hijos, honores, crédito, todo eso se nos presenta en calidad precaria; son los soportes vacilantes que el azar puede romper a cada momento. En ocasiones fallan varios soportes a la vez, y entonces nuestra vida nos da la sensación de algo que está derrumbándose sin remedio, como un castillo de naipes...

Este pánico de quien se siente hundirse,

porque las realidades del terreno le fallan bajo los pies, éste es el pánico que principalmente y también lógicamente ha procurado aprovechar la Iglesia. El místico posee, por su misma extraordinaria sensibilidad, un poder más grande para sentir la alucinación del pánico trascendental. El primer gran dolor diríase que le ilumina sobre el sentido de la existencia, e inmediatamente que ha comprendido la entraña del gran engaño, corre a salvarse en lo que considera firme y sincero. Y es claro que no vacila ni sufre pena alguna al entregar, por lo que cree firme y sincero, lo que sabe que es engañoso y fragilísimo.

## XII

### La unión mística con Dios

Tal como ella misma nos lo refiere, el *proceso* de la santidad tiene en Santa Teresa un sabor dramático, como una verdadera lucha anhelante del alma que aspira a la elevación. La vida de perfecta santidad no es en Teresa de Jesús algo que brota suavemente y por favor apresurado de la gracia divina; es más bien la historia, bien antigua por cierto, de la voluntad humana y de los esforzados trabajos del hombre, tendidos en un ansia de superación.

La joven Teresa recorre toda la escala de los sufrimientos morales, de la impotencia y de la insipidez del espíritu, antes de que el cielo termine por premiar sus fatigas y le abra el recinto de la gloriosa beatitud. Sus años juveniles transcurren en una lucha de todos los días, y el alma anhelante tiene que

probar las más desapacibles alternativas, desde la inapetencia y el decaimiento, hasta la dolorosa falta de oración, que ella misma se impone a veces.

La espantosa enfermedad que la acomete, apenas ingresada en el convento, no basta a reducir su naturaleza; sufre horribles males físicos durante varios años, y en uno de los trances está a punto de morir; pero sale de la enfermedad con la misma inapetencia mística de otras veces. Y es en vano que recorra a todos los medios de devoción, a todas las prácticas ascéticas, porque su naturaleza persiste en aferrarse al mundo. El hielo de la realidad no quiere abrirse, y Dios retarda siempre el momento de comunicarse con el alma inapetente.

Es preciso que la juventud pase. Cuando Teresa trasmonta la edad difícil y entra en el período de la madurez, diríase que entonces halla la naturaleza ocasión de desentumecerse. La realidad cede al fin. Y toda su persona, al perder la contumacia y el brío díscolo de la juventud, se hace propicia a los fenómenos inefables.



“Tenía yo algunas veces, como he dicho (aunque con mucha brevedad pasaba), comienzos de lo que ahora diré. Acaeciame en esta representación que hacía de ponerme cabe Cristo, que he dicho, y aun algunas veces leyendo, venirme a deshora un sentimiento de la presencia de Dios, que en ninguna manera podía dudar que estaba dentro de mí, o yo toda engolfada en Él. Esto no era manera de visión, creo lo llaman mística teología: suspende el alma, de suerte que toda parecía estar fuera de sí. Ama la voluntad, la memoria me parece está casi perdida, el entendimiento no discurre a mi parecer, mas no se pierde; mas, como digo, no obra, sino está como espantado de lo mucho que entiende; porque quiere Dios entienda que de aquello que Su Majestad le representa ninguna cosa entiende” (1).

Aquí empiezan, pues, los éxtasis y las visiones. Una nueva vida, de una increíble actividad interior, comienza para la Santa. Ha pasado felizmente el período de la sequedad.

---

(1) *Libro de su vida*, cap. X.

Puede fundirse en Dios desde ahora, sintiendo que está Dios dentro de ella, o que toda ella está engolfada en Dios. El temperamento religioso, por una gimnasia de muchos años y porque la juventud briosa y exigente ha desaparecido, se ablanda y se enternece. La vida mística, después de tantos afanes, ha sido conquistada.

¡Pero qué vida de visiones y de éxtasis divinos tan extraordinaria! Es tan notable, que adquiere la categoría de un *caso*, tal vez único o uno de los más típicos en la historia mística. En efecto, la celebridad de Santa Teresa proviene ante todo de la abundancia y la intensidad de sus alucinaciones y de la sublime e ingenua belleza con que son relatadas.

También en este caso, la *gracia teresiana* es el agente que se introduce para formar la narración mística más entrañable y encantadora. No es sólo el hecho en sí lo que nos impresiona, sino la manera divinamente femenina con que es expuesto. Y no es sólo que al leer a la Santa comprendamos lo que nos refiere; es que, sin proponérselo ella, nos convence de cómo se halla en trance de sublime

inspiración, de arrebató ultraterrestre. En esos momentos narrativos, su pluma llega a sorprendentes perfecciones, vibrante y lírica. "Es como uno que está con la candela en la mano, que le falta poco para morir, muerte que la desea. Está gozando en aquel agonia con el mayor deleite que se puede decir: no me parece que es otra cosa, sino un morir casi del todo a todas las cosas del mundo, y estar gozando de Dios. Yo no sé otros términos cómo lo decir, ni cómo lo declarar, ni entonces sabe el alma qué hacer; porque ni sabe si hable, ni si calle, ni si ría, ni si llore. Es un glorioso desatino, una celestial locura, adonde se desprende la verdadera sabiduría, y es deleitosísima manera de gozar el alma..." (1).

Más adelante sube de tono, y, toda llena de ternura, se entrega a un canto de amor:

"Acaéceme muchas veces, cuando acabo de recibir estas mercedes, o me las comienza Dios a hacer (que estando en ellas, ya he di-

---

(1) *Libro de su vida*, cap. XVI.

cho que no hay poder hacer nada), decir: Señor, mirad lo que hacéis, no olvidéis tan presto tan grandes males míos, ya que para perdonarme los hayáis olvidado, para poner tasa en las mercedes os suplico que se os acuerde. No pongáis, Creador mío, tan precioso licor en vaso tan quebrado, pues habéis ya visto de otras veces que lo torno a derramar. No pongáis tesoro semejante adonde aun no está, como ha de estar, perdida del todo la codicia de consolaciones de la vida, que lo gastará mal gastado. ¿Cómo dais la fuerza desta ciudad, y llaves de la fortaleza della, a tan cobarde alcaide, que al primer combate de los enemigos los deja entrar dentro? No sea tanto el amor, oh Rey eterno, que pongáis en aventura joyas tan preciosas. Parece, Señor mío, se da ocasión para que se pongan en poco, pues las ponéis en poder de cosa tan ruin, tan baja, tan flaca y miserable, y de tan poco tomo; que ya que trabaje para no las perder con vuestro favor (y no es menester pequeño, según yo soy) no puede dar con ellas a ganar a nadie. En fin, mujer y no buena, sino ruin. Parece que no sólo se esconden

los talentos, sino que se entierran en ponerlos en tierra tan astrosa.”

Después la Santa se arriesga a definir la diferencia que hay entre la “unión” y el “arrobamiento”, al que también llama “éxtasis”. Leamos este pasaje, por lo que tiene de representativo.

“Aquí no hay remedio de resistir, que en la unión, como estamos en nuestra tierra, remedio hay; aunque con pena y fuerza, resistirse puede casi siempre. Acá las más veces ningún remedio hay, sino que muchas, sin prevenir el pensamiento ni ayuda ninguna, viene un *ímpetu tan acelerado y fuerte, que veis y sentís levantarse esta nube, o este águila caudalosa y cogeros con sus alas*. Y digo que se entiende y veis os llevar, y no sabéis dónde; porque aunque es con deleite, la flaqueza de nuestro natural hace temer a los principios; y es menester ánima determinada y animosa, mucho más que para lo que queda dicho, para arriesgarlo todo, venga lo que viniere, y dejarse en las manos de Dios, e ir adonde nos llevaren de grado, pues os llevan aunque os pese; y en tanto extremo, que muy

muchas veces querría yo resistir, y pongo todas mis fuerzas, en especial algunas, que es en público, y otras hartas en secreto, temiendo ser engañada. Algunas podía algo con gran quebrantamiento; como quien pelea contra un jayán fuerte quedaba después cansada; otras era imposible, sino que me *llevaba el alma, y aun casi de ordinario la cabeza tras ella, sin poderla tener, y algunas todo el cuerpo, hasta levantarle*. Esto ha sido pocas, porque como una vez fuese adonde estábamos juntas en el coro, y yendo a comulgar, estando de rodillas, dábame grandísima pena; porque me parecía cosa muy extraordinaria, y que había de haber luego mucha nota; y así mandé a las monjas (porque es ahora, después que tengo oficio de priora) no lo dijesen. Mas otras veces, como comenzaba a ver que iba a hacer el Señor lo mismo y una estando personas principales de señoras (que era la fiesta de la vocación), en un sermón, tendíame en el suelo, y llegábanse a tenerme el cuerpo, y todavía se echaba de ver" (1).

---

(1) *Libro de su vida*, cap. XX.

Delante de estas visiones divinas, nosotros, hombres modernos que hemos navegado por todas las conjeturas intelectuales, nos encontramos en una posición difícil. Negar estos hechos nos resulta frívolo; y para aceptarlos necesitamos hacer un esfuerzo que contraría todas nuestras habituales maneras de pensar.

Las visiones místicas nos ponen otra vez en el caso de tener que dividir a los hombres en castas, en grupos psicológicos, en familias temperamentales. El místico pertenece a una categoría de seres fatalmente conformados para sentir y practicar la vida religiosa, como existe el tipo racial del artista y del negociante. Así, lo mismo que sería ocioso pedir al verdadero negociante que comprendiese los inefables transportes a que se abandona el poeta, es ridículo esperar que la masa de gente, y mucho más la gente contemporánea, comprenda los éxtasis del santo.

El místico es un temperamento, y sólo puede esperar que corroboren sus visiones aquellos seres que participan de su mismo temperamento. Por tanto, si a nosotros se nos ha negado la naturaleza profundamente religio-

sa, es en balde que nos obstinemos en querer comprender lo que Santa Teresa, por ejemplo, narra como la cosa más lógica del mundo.

Esto, a pesar de su sencillez, se olvida con mucha frecuencia hasta por los espíritus más sagaces y honrados. Tal vez sea a causa de la preocupación, existente en los mismos espíritus elevados, de que los hombres somos iguales orgánicamente y sólo nos diferencia la cultura. En virtud de esta preocupación de igualdad específica, se llega a creer que por intermedio de una inteligente labor cultural, todos los hombres pueden llegar a un nivel casi uniforme de comprensión. Pero la verdad es, hay que repetirlo obstinadamente, que los hombres se dividen en castas, en razas, en familias temperamentales, y que toda la voluntad del mundo, aplicada a convertir un temperamento grosero en otro artista, será inútil.

Quien no sea, pues, de naturaleza profundamente religiosa, no comprenderá nunca las visiones, los éxtasis divinos de Santa Teresa. La única actitud que en este trance nos corresponde, es la de respetar el hecho y consi-



derarlo como un episodio que acciona en una esfera intelectual distinta de la nuestra. Esta actitud, a poco que recapitulemos, la estamos adoptando constantemente con otros muchos hechos o episodios de la vida. Una persona que detesta la música no cometerá la indiscreción de injuriar a los que la aman, ni se reirá de ellos, ni mucho menos dirá que el placer y el transporte que procura la música no existen, y que los devotos de la música son unos farsantes.

Aunque la Santa de Avila consume incontables páginas en procurar revelarnos el misterio de la unión del alma con Dios, ¿puede asegurarse que lo consigue del todo? Su pluma es hábil, su palabra centellea, salta y corre a través de todos los matices de la expresión; pero últimamente hay algo inefable e intransferible con lo que tropieza sin remedio. Necesitaría hablar a seres de su misma raza espiritual, los únicos que la comprenderían sólo con enunciar una insinuación. Se halla actuando en la región en que sólo cabe el lenguaje de las insinuaciones, porque todo es allí impreciso, vago e indeterminable.

Y porque ella misma se siente fascinada, estupefacta por la aparición continua de prodigios que exceden a las posibilidades del entendimiento analista. Así es como prorrumpe en un paisaje de *Las Moradas*: “Estaba yo ahora mirando, escribiendo esto, que en el verso que dije: *Dilatasti cor meum*, dice que se ensanchó el corazón; y no me parece que es cosa, como digo, que su nacimiento es del corazón, sino de otra parte aun más interior, como una cosa profunda. Pienso que debe ser el centro del alma, como después he entendido y diré a la postre; que, cierto, veo secretos en nosotros mismos que me traen espantada muchas veces. ¡Y cuántos más debe haber!...”

Sí; hay muchos secretos entre el cielo y la tierra que los seres normales ni pueden ver ni imaginar. Son los secretos que únicamente se revelan, o se traslucen, a quienes les ha sido dado el poder mirar desde aquella “cosa profunda”, aquella que es mucho más interior que el propio corazón, esto es, “el centro del alma”. Desde allí solamente se hace Dios accesible, por virtud de una gracia especial. El

agraciado lo ve y le siente, hasta casi palparlo, en una presencia que asume diferentes grados o formas. Hay, en efecto, la visión corporal, la imaginaria y la intelectual. Con la visión corporal el alma contempla el cuerpo divino revestido de figura determinada y concreta; en la visión imaginaria aparece la figura como cuando dormimos o soñamos. "Mas cuando lo que se representa (explica el P. Francisco de Santo Tomás) no expresa figura corporal, ni disposición de partes, ni color, sino que es cosa espiritual, o espiritualmente representada, es visión intelectual, porque sólo al entendimiento se puede así representar y sólo él lo puede conocer y ver."

Este último género de visión intelectual se comprende que sea el más difícil de conseguir y el más precioso. Para llegar a hacerse capaz de semejante don precisa que el alma haya sido preparada en largos procesos de depuración y de ascendimiento en la escala mística. Un simple pastorcillo puede ver representada corporalmente la divinidad en una aparición en el fondo de una cueva; pero la visión intelectual exige otra jerarquía espi-

ritual. La propia Santa nos va a explicar esto en uno de los pasajes culminantes de *Las Moradas*:

“Acaece, estando el alma descuidada de que se le ha de hacer esta merced ni haber jamás pensado merecerla, que siente cabe a sí a Jesucristo, Nuestro Señor, aunque no le ve, ni con los ojos del cuerpo ni del alma. Esta llaman visión intelectual, no sé yo por qué. Vi a esta persona (la Santa misma) que le hizo Dios esta merced, con otras que diré más adelante, fatigada en los principios harto; porque no podía entender qué cosa era, pues no la veía, y entendía tan cierto ser Jesucristo, Nuestro Señor, el que se le mostraba de aquella suerte, que no lo podía dudar, digo, que estaba allí aquella visión... Sé que estando temerosa de esta visión (porque no es como las imaginarias, que pasan presto, sino que dura muchos días, y aun más que un año alguna vez), se fué a su confesor, harto fatigada. El le dijo que, si no veía nada, ¿que cómo sabía que era Nuestro Señor?; que le dijese qué rostro tenía. Ella le dijo que no sabía, ni veía rostro, ni podía decir más de

lo dicho: que lo que sabía era, que era Él el que le hablaba, y que no era antojo. Y aunque le ponían hartos temores, todavía muchas veces no podía dudar, en especial cuando la decía: *No hayas miedo, que yo soy*. Tenían tanta fuerza estas palabras que no lo podía dudar por entonces, y quedaba muy esforzada y alegre con tan buena compañía; que veía claro serle gran ayuda para andar con una ordinaria memoria de Dios, y un miramiento grande de no hacer cosa que le desagradase, porque le parecía la estaba siempre mirando... Sentía que andaba al lado derecho, mas no con estos sentidos que podemos sentir que está cabe nosotros una persona; porque es por otra vía más delicada, que no se debe saber decir..."

Sin embargo, ella supo decirlo, y lo dijo magníficamente. Punto por punto describió la manera como está formada el alma religiosa, del todo semejante a un castillo interior en que se recorren siete moradas sucesivas por el camino de la purificación espiritual, y en la última se encuentra el alma, de hito en hito, con la presencia divina. Allí se detuvo,

porque no podía más. Allí se encontró sumergida en la atmósfera extraordinaria, sobrenatural y fascinante donde ocurren y aparecen cosas que por su misma naturaleza inaudita y celeste no tiene relación ninguna con las imágenes que el hombre en su mundo está acostumbrado a percibir, y son, por tanto, inefables, intraducibles en un lenguaje material.

## XIII

### Beato fin

Una vez, sin duda en un mal momento de acritud, el Nuncio monseñor Segá hubo de llamar a Teresa de Jesús *fémína inquieta y andariega*. Quitándole a la frase lo que tiene de reticencia, toda ella es exacta.

Inquieta, andariega, constantemente afa-  
nada en trabajos de organización, la monja  
Teresa de Alhumada conocía el duro arte de  
caminar, de trotar, sin que la fatiga y los  
achagues de su flaca salud la vencieran nun-  
ca. Inquieta por realizar las obras que su fe  
le exigía, anduvo, en efecto, por los caminos  
múltiples y peregrinó a lo largo de la ancha  
España. Conocía todos los atajos; cruzó to-  
dos los puertos; se asoció a todas las carava-  
nas de trajinantes, y en el camino, por últi-  
mo, le sorprendió la muerte. Fué apartada

del camino moribunda, sin más tiempo que el indispensable para poder expirar en calma y en beata compostura. Como el buen soldado que cae en la refriega y lo apartan piadosamente a un extremo del campo.

Tiene derecho a descansar, y ella exige hasta el fin los mayores trabajos. A los sesenta y siete años se encuentra en el mismo plano de vida que en plena mocedad. Brazo a brazo, con pugna de mujer heroica, la anciana Teresa está discutiendo poco antes de morir y está pleiteando contra sus enemigos y contra la eterna estulticia humana. El ser vieja y el tener la sanción admirativa de sus contemporáneos no le eximen de las más duras persecuciones. Una priora rebelde la expulsa de su propio convento. Otra priora, en Medina del Campo, le cierra el portal de la Santa Casa Carmelita, con lo que Teresa de Jesús, asistida por una compañera leal, tiene que emprender el viaje hacia Alba de Tormes.

Había partido de Burgos porque allí no tenía ya nada que hacer, y ella necesitaba estar siempre "haciendo" alguna obra, empresa o trabajo. Estuvo en Palencia y luego pasó



a Medina del Campo, y tenía intención de dirigirse derechamente a Avila, cuando le llegó el aviso de que doña María Enríquez, duquesa de Alba, le pedía que la visitase en sus Estados. Y como era el propio vicario provincial quien hacía la petición, Teresa la interpretó como una orden, y ella desconocía la desobediencia. Desvió, pues, su camino, y se dirigió a Alba de Tormes, negándole a su ciudad patria el piadoso honor de poder morir en su seno.

Pusieron a su disposición una carroza ducal, y marcharon las dos pobres monjas de camino bajo la injuria del sol y el aire esteparios. No llevaban provisiones; ni siquiera disponían de un poco de pan. En un lugar cercano a Peñaranda, Teresa sufrió un desmayo, y como pidieran algo para comer, no se halló en el lugar un solo huevo; únicamente les trajeron un puñado de higos. "No tengas pena por mí, hija (dijo la Santa a su acongojada compañera), que muy buenos son estos higos; muchos pobres no tendrán tanto regalo..."

En realidad, se hallaba en ese instante de

presagio y adivinación en que el ser siente que la vitalidad ha llegado a su término, y que será inútil cuanto se intente para contrariar el impulso natural y fatal de acabamiento. Sentía también, pero como nunca, un cansancio abrumador. Ella, que nunca supo lo que fuera el abatimiento, y mucho menos el renunciamiento, al llegar a Alba de Tormes se metió en la cama en seguida y dijo a todas las monjas que la rodeaban: “¡Válame Dios, qué cansada me siento!...” Y es que en aquel trance se le acumulaban como de golpe todos los esfuerzos extraordinarios de su vida, todos los sudores y pugnas, todos los entusiasmos y exaltaciones; toda la violencia, en fin, de la incomparable tensión a que estuvo sometido durante la existencia entera el ser endeble y enfermizo, paradójal continente del espíritu más gigantesco que es posible conocer. “¡Qué cansada me siento!” Y aquella queja del alma fué la confesión y convicción de que el ser no podía más, y que el final de la batalla de la vida era ya inexorable.

De esta misma manera, lo que es decir en pleno combate, caen todos los días infinitos

luchadores. En Chicago como en Hamburgo se repite innumerablemente el ejemplo del ser afanado, ambicioso y exitista cuya existencia es una briosa tensión, una pugna formidable, que de repente se rompe en las fauces de la muerte. Pero esas vidas, que para el doctrinario del Progreso pueden parecer heroicas y dignas de un canto, a nosotros nos inspiran por el momento muy escaso interés. El acto de morir es quizá lo que verdaderamente corona, explica y justifica una existencia. Esas vidas dinámicas se acaban, pues, por rompimiento, en un estallido y como una máquina que se quiebra. La muerte beata es la que ahora nos importa.

Morir no es un accidente fortuito. No se muere cuando y como uno quiere. La muerte es una consecuencia de la vida, y así, mientras existimos, no hacemos otra cosa que preparar nuestra muerte. El hipócrita y felón muere como lo que es, lo mismo que el cobarde muere cobardemente, y el sórdido con vileza, y el malvado entre blasfemias y terrores. Por lo mismo, ninguna muerte fué nunca tan dulce, tan santa y valerosa como la de

Santa Teresa. El acto de morir estuvo en ella acorde con los actos de la vida, por lo mismo que era uno de esos seres extraordinarios y de selección en quienes todo resulta consciente, sincero, lógico.

¿Queréis asistir a una muerte *beata*? Pidamos a Yepes que nos hable:

“En toda aquella noche padeció grandes dolores, repitiendo de cuando en cuando sus versos acostumbrados; y a las siete de la mañana del día siguiente, que fué a los 4 de octubre, se echó de un lado a la manera que pintan a la Magdalena, con un crucifijo en la mano, el rostro encendido, con grandísimo sosiego y quietud se quedó absorta en Dios y enajenada con la novedad de lo que se le comenzaba a descubrir, y alegre con la posesión, que casi comenzaba ya a gozar, de lo que tenía deseado. Estuvo de esta manera sin mover pie ni mano por espacio de catorce horas, que fué hasta las nueve de la noche de aquel mismo día.”

Como esta relación de sucesos nos parecerá demasiado seca, busquemos una información más personal, más imaginativa y emo-

cionada. La venerable Ana de San Bartolomé está ahí, todavía trémula por el sublime acto que ha visto. Enajenada, llena la mente de vislumbres visionarios, prorrumpe:

“Estándola yo teniendo en mis brazos, con esta ansia de vida, vino sobre ella una luz y majestad tan grande, que me divertí a mirarla, y dijéronme que venían por su alma, que si yo quería que se quedase. Yo dije que no, aunque lo sentía... Expiró toda llena de gloria.”



## XIV

### Reflexiones finales

La tarea ha terminado, y al momento en que es forzoso abandonar la pluma y poner el punto final a estas interpretaciones sobre la santa figura de Teresa de Jesús, una vaga turbación invade el ánimo. ¿Será que ha sabido uno comportarse como si dijéramos con caballerosidad intelectual a lo largo de la obra o, por el contrario, ha cometido error de grosería con la tal vez más interesante, complicada y genial mujer de España? Este libro no pretende ser otra cosa que un ensayo, y nació realmente de la tentación que al espíritu curioso proponen estos dos temas, por milagro asociados en una misma extraordinaria personalidad: la mujer y el misticismo.

Cierto escritor de estilo desenvuelto vi una vez que titulaba a Santa Teresa "la primera

feminista del mundo". La palabra, si es que fué emitida con la disculpable intención de hacer una gracia pasajera, a mí me dejó pensativo, y sentí que un mundo de consideraciones asaltaba mi mente. Se me representó en seguida un tipo de esa mujer caracterizada, la misma que hemos estado viendo actuar tantas veces en las caricaturas, en los sainetes teatrales y en los manejos de los humoristas; esa sufragista burlesca y hombruna que luchaba con los guardias ingleses a brazo partido, ante la risa de los divertidos transeúntes; la famosa feminista que en ateneos y conferencias propaga un ideal de mujer liberada completamente de trabas, de deberes y hasta del propio sexo. Y en fuerte contraste vi la figura de Santa Teresa llenar con su luz y su grandeza el ámbito de mi imaginación, inaccesible a todas las comparaciones, única y profundamente original en la historia de las creaciones femeninas.

El feminismo, efectivamente, es una de las preocupaciones más hondas de nuestra época. ¿Pero cuándo ha dejado de ocupar la mujer el primer término en las ideas y en los afanes



de la Humanidad? Desde el concepto de madre hasta la flor primaveral que con el nombre de novia satura de tiernos anhelos el alma juvenil, las mujeres pesan, obran e influyen en nosotros, y positivamente estamos enlazados por los brazos, en cualquier forma, de la mujer. El hombre más infame o infeliz se ha conmovido siquiera una vez en su vida por la emoción sagrada del eterno femenino y a la voz de la madre, de la hermana o de la compañera.

El tema de la mujer será siempre tentador para el hombre, ya que en ella consideramos, aparte sus seducciones naturales, el interés inextinguible de un enigma nunca resuelto. La mujer es para nosotros la eterna duda, la imperecedera fuente de encantos y también la dramática interrogación que no halla respuesta definitiva. Sondar el alma o el corazón de la mujer ha sido siempre para el hombre la gran tarea ineficaz, tan ineficaz como incitante, porque frente al sexo nos encontramos con lo diferente trascendental, con la frontera que nos separa del otro país psicológico. País hacia el cual todos emprende-

mos trémulas exploraciones, unos a recoger la flor de la dicha y otros a sumergirse en el dolor y la tragedia.

Aquella Teresa de Jesús, rosa de Castilla, vivió en tiempos de clara ordenación civil y religiosa, cuando a un alma eminente y activa no se le presentaban dudas difíciles sobre los caminos que debía seguir. La vida honrada y familiar, por una parte; en otro caso, la vida monástica que conducía más directamente hacia el único fin de la vida, o sea la contemplación y posesión de Dios. Teresa de Jesús eligió este último camino, y marchando por él llegó a la santidad. Pero aun que la palabra tiene tan elevada jerarquía, al nombrarla no lo hemos dicho todo. Otras innumerables mujeres han alcanzado en la historia la santidad. Lo que la memoria de los hombres no recuerda es otra mujer de la talla y la complejidad de Santa Teresa.

Conocemos la mujer heroica en la inspirada imagen de Juana de Arco; la mujer de gobierno en la sublime persona de Isabel la Católica; la mujer letrada y sabia en la asombrosa Beatriz Galindo, la Latina. Santa Te-

resa fué heroica, buena gobernante, fundadora y reformadora, diestra en las artes de escribir y en la exploración de los más profundos pensamientos. Sin embargo, no terminan ahí sus excelencias; es todo eso y algo más todavía; algo que la sitúa fuera de una posible comparación. Porque en ella se dieron cualidades de una variedad y magnitud que parecen inaccesibles al genio, y en tal sentido su persona excede la medida genial y se convierte en puro milagro.

Es un milagro el ver confundirse en una persona la más aguda inteligencia analítica y contemplativa y la más realizadora actividad; el espíritu místico más inefable y el mayor sentido práctico; la fragilidad de una salud física siempre deleznable, junto a un esfuerzo enorme que jamás flaquea; el talento poderoso y la energía mental extraordinaria, envueltos en una gracia indecible, en un don de simpatía cautivadora. Y el milagro se completa al pensar que semejante prodigio ha podido consumarse en una simple mujer, y que esta mujer no haya cesado un momento de ser nada más que eso, "mujer", fiel a su

naturaleza siempre, lo mismo en los trabajos que en los dolores, cuando piensa en las más profundas especulaciones metafísicas como cuando conversa con sus monjas sobre las necesidades domésticas del convento...

Un día, cuando marchaba en automóvil por un gran descampado, vi cruzar un aeroplano bajo las nubes, y me acordé de pronto de Santa Teresa. La asociación de ideas en este caso parece realmente absurda, pues en apariencia no cabe identidad posible entre un aparato como el avión y la mística virgen de Avila. Pero es que unas horas antes había estado yo leyendo algunas páginas de Santa Teresa de Jesús, y me quedó grabada con tal fuerza una palabra en la mente, que me encontraba poseído y como obsesionado por ella. La palabra tal vez para otros no tuviera un valor extraordinario. En el curso de un pasaje, la Santa había escrito: "alejar, aleando". Yo conocía, como todos, la palabra "alado"; pero confieso que nunca tuve ocasión de ver empleado el verbo "alejar" en su sentido más bello y delicado, más expresivo y real, como es el de considerar a un alma en actitud de

alzar el vuelo y de ir batiendo trémulamente las alas con la ansiedad del ave que busca en el cielo el mundo del infinito.

Ciertamente, ningún otro escritor podría con mayor justicia reclamar el derecho a usar semejante vocablo. A ningún otro escritor se le ocurriría concebir el alma en acción de ir "aleando"; sólo a ella; a ella que, en efecto, se pasó la vida en un constante impulso de vuelo, sintiendo continuamente que su alma poseía alas y que estaba a todas horas batiéndolas con una trémula ansiedad de infinito. Temblor de ave; temblor de ala de blanquinegra golondrina, inquieta siempre y sin cesar vagabunda, porque el nido que buscaba se encontraba mucho más lejos que las posibilidades de este mundo.

El aeroplano cruzó sobre mi cabeza emitiendo su zumbido poderoso, y volaba lo bastante bajo como para permitir que se distinguieran sus tripulantes. Una mujer iba junto al piloto. Llevaba la cabeza ceñida con una especie de casco, y agitando un pañuelo, alegre y feliz, la joven mujer parecía asumir en el aire la representación de la libre y entu-

siasta feminidad moderna. Entonces evoqué con más energía la imagen de Santa Teresa. Modernismo por modernismo, ¿no eran las dos mujeres igualmente entusiastas del progreso, de la actualidad y del dinamismo? Sólo que la doncella de Avila no disponía de aeroplanos para ascender más allá de la cortina de las nubes; tenía que contentarse con las alas invisibles del espíritu y servirse de ellas para ir "aleando" hacia ese otro cielo que, de tan alto, únicamente puede ser contemplado con la mirada interior. Pero la mujer del aeroplano, por más que exigiese al motor, y aunque toda la ciencia del mundo se hiciera cómplice de su afán deportista, nunca lograría ni siquiera comprender hasta qué extremo se remontó el avión prodigioso de la monja inspirada. Y había, además, que la joven del aeroplano ignoraba adónde se dirigía, o aceptaba que en realidad no iba a ninguna parte que tuviese verdadera importancia. Mientras que la monja inspirada sabía demasiado hacia qué destino y fin le arrasaba el ímpetu de su espíritu.

Es verdad; Santa Teresa fué una mujer

inconforme, un espíritu rebelde y un temperamento que hoy recibiría el nombre de modernista. Pero es que no se concibe la genialidad sin alguna forma de inconformismo. El genio es por sí mismo una rebeldía, porque desacata las leyes ordinarias y osa vivir con arreglo a una moral desusada, sea que su naturaleza le empuje al crimen y a la sensualidad, como a César Borgia, o que le lleve a la exageración, a la desproporción de la virtud, como en San Francisco de Asís. Santa Teresa era el ser inconforme que no se resigna a aceptar la santidad como un hecho cotidiano, accesible sin un extraordinario esfuerzo a las almas de virtud media. Y así es como toda su vida produce una impresión de cosa anhelante, apasionada, angustiosa y trémula. Por eso su carácter es una cosa tan compleja y rica de matices, en que la fuerza y la delicadeza, la actividad vehemente y el espiritual abandono se mezclan en combinaciones incomparables.

Si el genio le hubiera dictado solamente páginas de hermosa literatura, sería el prototipo de la mujer intelectual. Ser una insigne

literata supone un gran mérito. Pero la Santa de Avila, para que haya podido conquistar nuestra excepcional devoción, ha necesitado ser mucho más que una admirable escritora. La flor de humanidad más completa; tal es lo que veneramos en la monja inspirada. Humanidad profunda que trasciende de todas sus acciones, de cualquiera de sus ademanes, de la última de sus palabras. Era humana en el sentido más alto y difícil, o sea el de la sinceridad. Pues lo más envidiable para la naturaleza humana, lo más sublime y poderoso, será siempre el poder igualarse con la misma naturaleza; ser, como ella, sincera y verídica. Supremo valor que únicamente se concede a las almas grandes.

Castilla no ha producido otra flor tan bella y perfumada. Castigada por la sobriedad de una tierra severa y por el rigor de un clima violento, Castilla se ve privada de aquella fronda y aquella germinación lujuriosa de los territorios favorecidos. Pero a su hora sabe dar la flor y el fruto convenientes, flor y fruto que parecen reconcentrar con oportuna economía la sabrosidad y la hermosura más es-



timables. Así puede decirse que Santa Teresa recoge en su ser toda la substancia de Castilla, todo lo más virtual y rico y bello de Castilla, para producir, por último, una flor de humanidad que, de tan sublime, parece un milagro.



## APENDICES

### I

#### EJEMPLO DEL ESTILO LLANO EN SANTA TERESA

Que trata de cómo se han de descuidar de las necesidades corporales, y del bien de la pobreza. (Capítulo II de *Camino de Perfección.*)

Y no penséis, hermanas mías, que por eso os ha de faltar de comer. Yo os aseguro jamás por artificios humanos pretendáis sustentarnos, que moriréis de hambre, y con razón. Los ojos en vuestro Esposo. El os ha de sustentar. Contento El, aunque no quieran, os darán de comer los menos vuestros devotos, como lo habéis visto por espiriciencia. Si haciendo vosotras esto murierdes de hambre, bienaventuradas las monjas de San Josef. Aquí os digo yo serán acetas vuestras oraciones, y haremos algo de lo que pretendemos. Esto no se os olvide, hijas mías, por amor del Señor. Pues dejais la renta, dejá el cuidado de la comida; si no todo va perdido. Los que quiere el Señor que la tengan, tengan en hora buena esos cuidados, que es mucha razón, que es su llamamiento; mas vosotras, hermanas,

es disbarate: cuidado de rentas ajenas me parece a mí que sería, estar pensando en lo que los otros gozan. Sí, que por vuestro cuidado no muda el otro su pensamiento, ni se le pone deseo de dar limosna. Dejá ese cuidado al que los puede mover a todos, al que es Señor de las rentas y de los renteros. Por su mandamiento venimos aquí; verdaderas son sus palabras: no pueden faltar, antes faltarán los cielos y la tierra. No le faltéis vosotras, y no hayáis miedo que falte; y si alguna vez faltare, será para mayor bien, como les faltaban las vidas a los Santos, y les cortaban las cabezas, y era para darlos más y hacerlos mártires. Buen truco sería acabar presto con todo, y gozar de la hartura perdurable. Mirá, hermanas, que va mucho en esto, muerta yo; que para eso os lo dejo escrito; que, con el favor de Dios, mientras viviere, yo os lo acordaré, que por experiencia veo la gran ganancia. Cuando menos hay, más descuidada estoy; y sabe el Señor que a todo mi parecer, que me da más pena cuando nos dan mucho, que no cuando no hay nada. No sé si lo hace como ya tengo visto lo da luego el Señor. Sería engañar el mundo otra cosa hacernos pobres, y no lo ser de espíritu, sino en lo exterior. Conciencia se me haría. Paréceme era hurtar lo que nos daban, a manera de decir, porque era pedir limosna los ricos. Y plega a Dios no sea así, que adonde hay estos cuidados demasiados (digo, hubiese) de que den una vez u otra se van por la costumbre, u podrian ir, y pedir la que no han me-

nester, per ventura a quien tiene más necesidad; y aunque El no puede perder, sino ganar, nosotras perderíamos. No plega a Dios, mis hijas; cuando esto hubiera de ser, más quisiera tuviérades renta. En ninguna manera se ocupe en esto el pensamiento. Esto os pido yo por amor de Dios, en limosna: y la más chiquita, cuando esto entendiese alguna vez en esta casa, clame a su Majestad, y acuérdelo a la mayor: con humildad le diga que va errada, y valo tanto, que poco a poco se irá perdiendo la verdadera pobreza. Yo espero en el Señor no será así, ni dejará a sus siervas, y para esto, pues me han mandado esto, aproveche este aviso de esta pecadorcilla de despertador. Y crean mis hijas que para su bien me ha dado el Señor a entender un poquito en los bienes que hay de la pobreza de espíritu; y vosotras, si advertís en ello, lo entenderéis, no tanto como yo, porque había sido loca de espíritu, y no pobre, aunque había hecho la profesión de serlo. Ello es un bien que todos los bienes del mundo encierra en sí, y creo muchos de los de todas las virtudes. En esto no me afirmo, porque no sé el valor que tiene cada una, y lo que no me parece entiendo bien, no lo diré, mas tengo para mí que abraza a muchas. Es un señorío grande, digo que es señorío de todos los bienes del mundo, quien no se le da nada de ellos. Y si dijese que se enseñorea sobre todos los del mundo no mentiré. ¿Qué se me da a mí de los reyes ni señores, si no quiero sus rentas ni de tenerlos contentos?...

## II

EJEMPLO DE ESTILO LEVANTADO (*Exclamaciones*)

¡Oh deleite mio, Señor de todo lo criado, y Dios mio! Hasta cuándo esperaré ver vuestra presencia? ¿Qué remedio dais a quien tan poco tiene en la tierra, para tener algun descanso fuera de Vos? ¡Oh vida larga! ¡Oh vida penosa! ¡Oh vida que no se vive! ¡Oh qué sola soledad! ¡Qué sin remedio! ¿Pues cuándo, Señor, cuándo? ¿Hasta cuándo? ¿Qué haré, bien mio, qué haré? ¿Por ventura desearé no desearos? ¡Oh mi Dios y mi Criador, que llagáis y no ponéis la medicina, herís y no se ve la llaga, matáis dejando con más vida; en fin, Señor mio, hacéis lo que queréis como poderoso. Pues, un gusano tan despreciado, mi Dios, ¿queréis sufra estas contrariedades? Sea ansi, mi Dios, pues Vos lo queréis, que yo no quiero sino quereros. ¡Mas ay, ay, Criador mio, que el dolor grande hace quejar, y decir lo que no tiene remedio, hasta que Vos queráis! Y alma tan encarcelada desea su libertad, deseando no salir un punto de lo que Vos queréis. Quered, gloria mia, que crezca su pena u remediadla del todo. ¡Oh muerte, muerte! No sé quien te teme, pues está en tí la vida! ¡Mas quién no temerá, habiendo gastado parte della en no amar a su Dios! Y pues soy ésta, ¿qué pido y qué deseo? ¿Por ventura el castigo tan bien merecido de mis culpas?

No lo primitais, Vos, bien mio, que os costó mucho mi rescate. ¡Oh ánima mia! Deja hacerse la voluntad de tu Dios, eso te conviene: sirve, y espera en su misericordia, que remediará tu pena, cuando la penitencia de tus culpas haya ganado algún perdón dellas: no quieras gozar sin padecer. ¡Oh verdadero Señor y Rey mio, que aun para esto no soy, si no me favorece vuestra soberana mano y grandeza, que con esto todo lo podré!

### III

Carta a Francisco de Salcedo, caballero de Avila.—  
Desde Valladolid a fines de setiembre de 1568.

*Recomendando a San Juan de la Cruz*

#### JESÚS

Sea con vuestra merced. Gloria a Dios, que después de siete, u ocho cartas, que no he podido excusar de negocios, me queda un poco para descansar de ellas en escribir estos renglones, para que vuestra merced entienda, que con los suyos recibo mucho consuelo. Y no piense es tiempo perdido escribirme, que lo he menester a ratos, a condición, que no me diga tanto de que es viejo, que me da en todo mi seso pena; como si en la vida de los mozos hubiera alguna siguridad. Désela Dios, hasta que yo me muera, que después, por no estar allá sin él, he de procurar lo lleve nuestro Señor presto.

Hable vuestra merced a este padre, suplí-

coselo, y favorézcale en este negocio, que aunque es chico, entiendo es grande en los ojos de Dios. Cierto él nos ha de hacer acá harta falta, porque es cuerdo, y propio para nuestro modo, y ansí creo le ha llamado nuestro Señor para esto. No hay fraile que no diga bien de él, porque ha sido su vida de gran penitencia, aunque há poco tiempo. Mas parece le tiene el Señor de su mano, que aunque hemos tenido aquí algunas ocasiones en negocios, y yo, que soy la mesma ocasión, que me he enojado con él a ratos, jamás le hemos visto una imperfección. Animo lleva; mas como es solo há menester lo que nuestro Señor le da, para que lo tome tan a pechos. El dirá a vuestra merced cómo acá nos va.

No me pareció poco el encarecimiento de los seis ducados, mas harto más pudiera yo alargarme en dar, por ver a vuestra merced. Verdad es que merece más precio, que ¿una monjilla pobre quién la ha de apreciar? Vuestra merced que puede dar aloja y obleas, rábanos, lechugas, que tiene un huerto, y sé es él el mozo para traer manzanas, algo más es de apreciar. La dicha aloja diz que la hay aquí muy buena; mas como no tengo a Francisco de Salcedo, no sabemos a qué sabe, ni lleva arte de saberlo. A Antonia digo escriba a vuestra merced, pues yo no puedo más largo: quédese con Dios. A mi señora doña Mencía beso las manos de su merced, y a la señora Ospedal.

Plega al Señor vaya adelante la mijoría de ese caballero desposado. No esté vuestra mer-



ced tan incrédulo, que todo lo puede la oración; y la sangre que tiene con vuestra merced podrá mucho. Acá ayudaremos con nuestro cornadillo. Hágalo el Señor, como puede. Cierto que tengo por más incurable la enfermedad de la desposada. Todo lo puede remediar el Señor. A Mari-Díaz, a la flamenca, a doña María de Avila (que la quisiera harto escribir, que a buen siguro que no la olvido), suplico a vuesa merced diga, de que las vea, me encomienden a Dios, y eso del monesterio. Su Majestad me guarde a vuestra merced muchos años, amén; que, ausadas sea dicho, si pasa este sin que yo torne a ver a vuesa merced, sigún da la priesa la Princesa de Ébuli.

Indina sierva, y verdadera de vuestra merced.—TERESA DE JESÚS, *carmelita*.

Torno a pedir en limosna a vuestra merced me hable a este padre, y aconseje lo que le pareciere, para su modo de vivir. Mucho me ha animado el espíritu que el Señor le ha dado, y la virtud, entre hartas ocasiones, para pensar llevamos buen principio. Tiene harta oración y buen entendimiento: llévelo el Señor adelante.

#### IV

Etopeyas de SANTA TERESA, por el padre doctor Francisco de Ribera y el padre Gracián.

“Era de muy buena estatura, y en su mocedad hermosa; y aun despues de vieja parecia harto bien; el cuerpo abultado y muy blanco; el rostro redondo y lleno, de muy buen

tamaño y proporción, la color blanca y encarnada; y cuando estaba en oración se le encendía, y se ponía hermosísima, todo él limpio y apacible; el cabello negro y crespo, y frente ancha, igual y hermosa; las cejas de un color rubio que tiraba algo a negro, grandes y algo gruesas, no muy en arco, sino algo llenas; los ojos negros y redondos, y un poco papujados (que así los llaman), y no sé cómo mejor declararme: no grandes, pero muy bien puestos, vivos y graciosos, que, en riéndose, se reían todos y mostraban alegría, y por otra parte muy graves cuando ella quería mostrar en el rostro gravedad; la nariz pequeña y no muy levantada de enmedio; tenía la punta redonda y un poco inclinada para abajo; las ventanas de ellas arqueadas y pequeñas: la boca ni grande ni pequeña; el labio de arriba delgado y derecho; el de abajo grueso y un poco caído, de muy buena gracia y color; los dientes muy buenos; la barba bien hecha; las orejas ni chicas ni grandes; la garganta ancha y no alta, sino antes metida un poco; las manos pequeñas y muy lindas. En la cara tenía tres lunares pequeños, al lado izquierdo, que la daban mucha gracia: uno mas abajo de la mitad de la nariz; otro entre la nariz y la boca; y el tercero debajo de la boca. Estas particularidades he yo sabido de personas que más despacio que yo se pusieron muchas veces a mirarlas. Toda junta parecía muy bien y de muy buen aire en el andar; y era tan amable y apacible, que a todas las personas que la miraban comunmente aplacia mu-

cho; sacóse estando ella viva un retrato bien porque la mandó su Provincial, que era el padre maestro fray Jerónimo Gracian, que se dejase retratar; y sacóle un fraile lego de su Orden, siervo de Dios, que se llamaba fray Juan de la Miseria. En esto lo hizo muy bien el padre Gracian; pero mal en no buscar para ello el mejor pintor que habia en España, para retratar a persona tan ilustre más para consuelo de muchos. De este se han sacado los que hay buenos o razonables.”

“Nuestra Beata TERESA —escribe el padre Gracián— no fué en su tiempo fea de rostro; que aunque algunos retratos suyos que andan por ahí no muestran mucha hermosura, es porque se retrató siendo ya de sesenta años. Y yo, por mortificarla (siendo su prelado), mandé que la retratase un fraile lego, llamado fray Juan de la Miseria, que en el claustro del convento de monjas de Sevilla estaba haciendo ciertas pinturas, y no era muy buen pintor; que de otra manera no hubiera retrato suyo, ni ella ni yo consintiéramos la retratára nadie. Tenía la hermosísima condición, tan apreciable y agradable, que a todos los que la comunicaban, y trataban con ella, llevaba tras sí, y la amaban y querían, aborreciendo ella las condiciones ásperas y desagradables que suelen tener algunos santos, creídos con que se hacen a sí mismos y a la perfección aborrecibles. Era hermosa en el alma, que la tenia hermoseada con las diez virtudes heroicas, partes y caminos de la perfeccion que decíamos.”

## V

Declaración del padre maestro fray Domingo Báñez, en las informaciones para la beatificación de Santa Teresa; hecha en Salamanca, año 1591.

Al tercer artículo digo, que ninguno puede saber mejor que yo los particulares favores y mercedes que nuestro Señor hizo á la madre TERESA DE JESÚS, por cuanto la confesé muchos años y examiné en confesión y fuera de ella, é hice della grandes experiencias, mostrándome áspero y muy riguroso con ella, y cuanto más la humillaba y menospreciaba, tanto más se aficionaba á tomar consejo conmigo, pareciéndole que tanto más segura iba ella, cuanto más miedo tenia á su confesor, al cual tenía por hombre de letras, por ser yo entonces Presentado en mi Orden y Lector de Teología en Santo Tomás de Avila. Y después que me vió un poco más seguro, me dijo: —Por amor de Dios, padre, que no esté tan sin miedo, que me le hace tomar a mí de nuevo: mire que no querria engañarle.—Y verdaderamente, cuanto á esta parte de vivir la madre TERESA DE JESÚS con grandísimo recato de los engaños del diablo y de los lazos que pone á los que pretenden caminar por el camino del espíritu y oración, hay gran testimonio, porque siempre se informó de los hombres más letrados que hallaba, especialmente de la Orden de Santo Domingo. Y me dijo á mí algunas veces, que se le sosegaba más el espíritu cuando consultaba algún gran letra-

do, que no era hombre de mucha oración y espíritu, sino muy puesto en razón y ley; porque le parecía que los hombres espirituales, con su bondad y afición que tienen á los que tratan de espíritu y oración, son más fáciles de engañar que los otros, que, con una discreción ordinaria, juzgan las cosas según razón y ley, y questa tal era la más segura prueba del verdadero espíritu. Y tengo por cierto que una de las causas por que perseveró tanto conmigo informándose de mí, era por verme tan puesto en la ley, en el discurso de la razón, como hombre criado toda mi vida en leer y disputar. Y en esta parte hay tantas particularidades, que, si no fuese haciendo un nuevo libro, no se pueden decir por vía de testimonio ordinario, y podrá ser que siendo necesario, haga yo algun tratado donde se pueda entender por cuán cierto camino fué la madre TERESA DE JESÚS, muy al contrario de los espíritus burladores que en nuestros tiempos se han descubierto.

Item digo: que en la primera fundación tuvo grandes contradicciones, así de toda la ciudad como de las religiones, y entonces sólo á mí me tuvo de su parte, sin haberla hasta entonces conocido ni visto, sino solamente por ver que ella no habia errado ni en la intención ni en los medios en fundar aquel monesterio, pues lo habia ejecutado por órden de la Sede Apostólica.

Item: sé que todos los monesterios, que ha fundado, han sido con licencia de los generales y prelados de su Orden, especialmente

con la del padre fray Juan Baptista Rubeo, que vino allí á Avila, y mandó que hiciese la dicha madre TERESA DE JESÚS tantos monesterios, como pelos tenia en la cabeza.

Item digo: que yendo á fundar los monesterios, iba siempre acompañada con dos compañeras, por lo menos, con una de mucha autoridad, y con sacerdotes de notoria virtud y edad competente, y á veces con algún padre carmelita, que por devoción de la dicha Madre, con licencia del General, dejó el hábito del paño y tomó el de sayal, hombre de gran penitencia y ejemplo, llamado primero fray Antonio de Heredia, y después fray Antonio de Jesús.

Item digo: que en todo el tiempo que la traté jamás ví en ella cosa contraria á virtud, sino la mayor sencillez y humildad, que jamás ví en otra persona, y que en todo ejercicio de virtud, así natural como sobrenatural, era singularísimo ejemplo a todos los que la trataban, y que su oración y mortificación fué cosa rara, como lo podrán decir todas las religiosas, que en particular la trataron. Fué animosa para emprender cosas grandes, para más servir á Dios, como por la experiencia de las fundaciones se echa bien de ver. Era mucha la confianza que tenia de la providencia de Dios, poniendo ella los medios que Dios le mandaba. Fiaba mucho de la intercesión de los santos, especialmente de San Josef y de Santo Domingo, del cual me dijo que se le habia aparecido en la oración y díchole que se esforzase, que él le ayudaria, y después de

algunos años ví por experiencia lo que el santo le prometió por ministerio de sus hijos: porque un maestro llamado fray Pedro Fernandez, provincial de la provincia de España, de la Orden de Santo Domingo, hombre de gran vida y penitencia, vino á ser visitador de toda la Orden del Carmen, y en particular ayudó á los Descalzos y Descalzas en España, y ayudó en particular á la madre TERESA DE JESUS, y siendo hombre muy legal y recatadísimo de falsos espíritus, tratando á la dicha TERESA DE JESUS, á quien, con más miedo que yo, comenzó á examinar, y al fin se venció y me dijo que al fin TERESA DE JESUS era mujer de bien, que en boca del dicho maestro era gran encarecimiento. Y más dijo: que la dicha TERESA DE JESUS y sus monjas habian dado a entender al mundo ser posible que mujeres puedan seguir la perfeccion evangélica. Otro maestro de la dicha orden de Santo Domingo, que también fué provincial, me dijo una vez, quién es una TERESA DE JESUS, que me dicen que mucho vuestra; no hay que confiar en virtud de mujeres. Yo le respondí: vuestra paternidad va á Toledo y la verá y experimentará que es razón de tenerla en mucho. Y así fué que estando en Toledo una Cuaresma entera la comenzó a tratar y examinar, y con ser hombre, que predicaba casi cada dia, la iba a confesar casi todos los dias, e hizo della grandes experiencias. Y después encontrándole yo en otra ocasión le dije: —¿Qué le parece a vuestra paternidad de TERESA DE JESÚS?—Respondióme diciendo:

—Oh! oh! habíadesme engañado, que decíades que era mujer; a la fee, no es sino hombre varón, y de los muy barbados,—dando a entender en esto su gran constancia y discrepcion en el gobierno de su persona y de sus monjas.

Item digo: que en cuanto a sus libros, del uno dellos puedo decir que es donde ella escribió su vida y el discurso de la oración, por donde Dios la había llevado, pretendiendo en esto que sus confesores la conociesen y enseñasen, y juntamente aficionar a la virtud a los que leyesen las misericordias de Dios, que con ella había usado, siendo tan gran pecadora como ella confiesa con mucha humildad. Este libro ya le tenía escrito cuando yo la comencé a tratar, y le hizo con licencia de sus confesores, que antes había tenido, como fué un presentado dominico, llamado reverendo padre Ibáñez, Lector de Teología de Avila; después tornó a añadir y reformar el dicho libro, el cual libro yo llevé al Santo Oficio de la Inquisición en Madrid, y después me lo volvió el inquisidor don Francisco de Soto y Salazar para que lo tornase a ver y dijese mi parecer, y le torné a ver; y al cabo del libro, en algunas fojas blancas, dije mi parecer y censura, como se hallará en el original, escrito de mano de la misma madre TERESA DE JESÚS, por el cual dicen se ha impreso el que anda en público, y me holgara harto se imprimiera mi censura, para que se entendiera con cuánto recato se debe proceder en santificar a los vivos. La censura fué, en sustancia,



que por el dicho libro constaba que la dicha TERESA DE JESÚS, aunque fuese engañada, no era engañadora; pues tan de veras buscaba luz y manifestaba sus males y sus bienes. Lo segundo, que dije, fué que no convenía que andase en público este libro mientras ella viviese; mas que se guardase en el Santo Oficio, hasta ver en qué paraba esta mujer, y que contra mi voluntad se hicieron algunos traslados del dicho libro por haber venido a manos del obispo don Alvaro de Mendoza, que, como poderoso y perlado, que había sido de la dicha TERESA DE JESUS, le pudo hacer trasladar y dar a su hermana doña María de Mendoza, y así algunos hombres curiosos en cosas espirituales, que hubieron algunos de éstos trasladados a las manos, los trasladaron de nuevo, y uno dellos tiene la duquesa de Alba doña María Enriquez, y creo que vino a manos de su nuera doña María de Toledo; todo esto tan contra mi voluntad, que me enojé con la dicha TERESA DE JESÚS, aunque entendía que no tenía ella la culpa, sino de quien ella se había confiado; y diciéndole yo que quería quemar el original porque no convenía que escritos de mujeres anduviesen en público, me respondió ella, que lo mirase bien y lo quemase si me pareciese, en lo cual conocí su gran rendimiento y humildad, y lo miré con atención, y no me atreví a quemarle, sino remitile, como dicho tengo, al Santo Oficio, de donde resultó que después de su muerte se ha impreso, aunque no deja de tener contradicciones de algunas gentes, que con buen celo

y poca experiencia de la vida espiritual, calumnian algunas cosas que no entienden; pero a otras muchas personas doctas y vulgares les ha parecido muy bien y les hace gran provecho.

Item: digo que sé por relación del maestro fray Pedro Fernandez, provincial dominico, que se halló presente en una consulta que hubo en Medina, sobre aquella fundación, con los regidores de la villa y algunos religiosos, en la cual junta, un religioso de cierta Orden, hombre de autoridad y predicador, dijo mucho mal de la dicha TERESA DE JESUS, comparándola a Madalena de la Cruz, una burladora que hubo en tiempos pasados en Córdoba, quizá con algún celo, de que Dios dará cuenta. El dicho maestro fray Pedro Fernandez entonces respondió que tenia por buena mujer a la dicha TERESA DE JESUS, y que se iria de la junta si de aquello se trataba. Después no faltó quien le dijo a la dicha TERESA DE JESUS lo que habia pasado en Medina, y la contradicción de aquél, estando ella en Alba, tratando de fundar aquel monesterio, en casa de una hermana suya llamada doña Juana de Ahumada, con otras religiosas que la acompañaban, y respondió: —¡Ay pecadora de mí, que no me conocen; que si me conociera ese, pues, otros mayores males pudiera decir de mí, aunque no de ser burladora!—Y lo encomendaba a Dios muy en particular, que esta era la ganancia que sacaban todos los que della mormuraban, que no tuvo jamás otra venganza sino humillarse y rogar a Dios por

los que la perseguían. En esta misma ocasión, pasando la dicha TERESA DE JESUS de un aposento a otro, se dió un grandísimo golpe en la frente en el quicio de la puerta, de suerte que sonó el golpe lejos; y levantándose su hermana a socorrerla, la halló riendo y diciendo:—¡Ay hermana, que esto me digan a mí que es trabajo, que sé donde me duele, que esotro que decían no sé dónde me dan!

Item digo: que habiendo llevado su cuerpo a Avila despues de tres años, poco más o menos, estaba entero, salvo un poco maltratado el pico de la nariz, y la conocí como si estuviera viva; y con mi propia mano toqué en la planta de un pié y se hundió la carne y se tornó a levantar, como si estuviera viva, y que el olor de todo el cuerpo era bueno, pero vehementemente, que encendia el cerebro de los que cerca estaban, y que desde lejos era más suave el dicho olor, y que por la parte del hombro por donde habian cortado el brazo, que habia quedado en Alba, estaba tan fresca la carne, y el unto a par de ella, como pudiera estar de una persona, que de repente hubieran cortado un brazo.

## VI

Declaración de la venerable Ana de San Bartolomé, acerca de la muerte de SANTA TERESA.

Estándola yo teniendo en mis brazos, con esta ansia de su vida, vino sobre ella una luz y majestad tan grande, que me divertí a mirarla, y dijéronme que venían por su alma,

que si yo quería que se quedase. Yo dije que no, aunque lo sentía.

Espiró toda llena de gloria.

#### MUERTE DE SANTA TERESA

El señor Yepes describela en estos términos:

“Pidió el Sacramento de la Extremaunción con que el alma se acaba de fortalecer y dar un baño en la sangre del Cordero, para con más libertad juntarse con él y gozarle enteramente. Recibió este Sacramento con gran reverencia, a las nueve de la noche, el mismo día que era víspera de San Francisco; mientras le ungían su cuerpo en la forma que la Iglesia tiene de costumbre, ella ayudaba a decir los Salmos, y respondía a las oraciones y preces, que allí se dicen.

”En recibiendo este beneficio (que eslo muy grande para aquella hora), volvió a dar gracias de nuevo a Nuestro Señor, porque la habia hecho hija de la Iglesia, casi con las mismas palabras y gozo que antes: llegóse entonces el padre vicario Provincial, y preguntóle, que si Dios le llevaba de esta enfermedad, si gustaria llevasen su cuerpo a Avila, o se quedase en Alba. A esto respondió como que le daba pesadumbre aquella pregunta, y dijo: “¿Tengo yo de tener cosa propia? ¿Aquí no me darán un poco de tierra?” Mostrando entonces la que siempre habia sido maestra de la pobreza: cuán desapropiada y desasida

estaba de todo en aquella hora. En toda aquella noche padeció grandes dolores, repitiendo de cuando en cuando sus versos acostumbrados; y a las siete de la mañana del día siguiente (qué fué a los 4 de octubre) se echó de un lado a la manera que pintan a la Magdalena, con un crucifijo en la mano (que tuvo siempre en la mano, hasta que le quitaron para enterrarla), el rostro encendido, con grandísimo sosiego y quietud se quedó absor-ta toda en Dios, y enajenada con la novedad de lo que se le comenzaba a descubrir, y alegre con la posesión, que casi comenzaba ya a gozar, de lo que tenia deseado. Estuvo de esta manera sin mover pie ni mano por espacio de catorce horas, que fué hasta las nueve de la noche de aquel mismo día."

FIN







Precio: 5 pesetas

Published in Spain



JOSE MARIA  
SALAVERRIA

RETRATO  
DE  
SANTA  
TERESA

G 19627

S. A.